

**OSWALD SPENGLER**  
**AÑOS DECISIVOS**  
**ALEMANIA Y LA EVOLUCIÓN**  
**HISTÓRICA UNIVERSAL**

**Traducción de Denes Martos**

**Edición Original: 1933**  
**Edición Electrónica: 2009**

## INDICE

### INTRODUCCIÓN

#### El Horizonte Político

1. Alemania no es una isla
2. El miedo a la realidad
3. La paz engañosa 1871/1914

#### Las Guerras Mundiales y las Potencias Mundiales

4. La época de las guerras mundiales
5. Lo que Metternich entendía por caos
6. La economía es más poderosa que la política. Origen de la catástrofe económica.
7. La transformación de los ejércitos y pensamientos estratégicos.
8. Nuevas potencias
9. Los Estados Unidos y la revolución.

#### La Revolución Mundial Blanca

10. La »revolución desde abajo«. La época de los Gracos en Roma.
11. No económica sino urbana: disolución de la sociedad
12. Propiedad, lujo y riqueza
13. La lucha de clases comienza alrededor de 1770
14. Tipología del demagogo
15. La revolución blanca actualmente triunfante: La crisis económica mundial desde 1840, deseada por los líderes del proletariado.
16. La victoria del trabajo masivo inferior sobre el de dirección
17. Hacia 1900 la economía blanca ya estaba socavada.
18. La lucha de clases no ha terminado

#### La Revolución Mundial de Color

19. Las dos revoluciones: lucha de clases y lucha de razas
20. El cansancio de los pueblos blancos: esterilidad

*Sujetas a los destinos del mundo tejen las Normas.  
Nada pueden cambiar ni anudar.  
RICARDO WAGNER, Sigfrido.*

## **Introducción**

Nadie podía anhelar más que yo la revuelta nacional de este año. Desde el primer día odié la sucia revolución de 1918 como una traición de la parte inferior de nuestro pueblo a la parte fuerte e intacta que se alzó en 1914 porque quería y podía tener un futuro. Todo lo que desde entonces he escrito sobre política ha estado orientado contra los poderes que, con ayuda de nuestros enemigos, se habían atrincherado en la cumbre de nuestra miseria y de nuestro infortunio para hacer imposible ese futuro. Cada línea debía contribuir a su caída y espero que así haya sido. Algo tenía que sobrevenir, en cualquier forma, para liberar los más profundos instintos de nuestra sangre, si es que habíamos de participar con la palabra y con la acción en las futuras decisiones del acontecer mundial y no ser tan sólo sus víctimas. El gran juego de la política mundial no ha terminado. Recién ahora se arriesgan las mayores apuestas. Para cada uno de los pueblos actualmente vivos es una cuestión de grandeza o de aniquilamiento. Pero los acontecimientos de este año nos dan la esperanza de que esta cuestión todavía no está definitivamente resuelta para nosotros, de que volveremos a ser en algún momento – como en la época de Bismarck – sujeto, y no tan sólo objeto de la historia. Las décadas que vivimos son tremendas – es decir: terribles y desgraciadas. Grandeza y felicidad son dos cosas distintas y no tenemos posibilidad de elegir. Ninguno de los hombres que hoy viven en cualquier parte del mundo será feliz; pero para muchos será posible recorrer el trayecto de los años según una voluntad personal, en grandeza o en insignificancia. Por otra parte, quien sólo pretenda comodidad, no merecerá existir.

Con frecuencia, el que actúa no ve lejos. Es impulsado sin conocer el objetivo real. Si lo viese, quizás se resistiría porque la lógica del destino nunca se ha dado por enterada de los deseos humanos. Pero con mucha mayor frecuencia sucede que se extravía porque se ha formado una imagen falsa de lo que hay en él y a su alrededor. La gran tarea del historiador es comprender los hechos de su tiempo y, partiendo de ellos, presentir, interpretar y describir el futuro que vendrá, lo queramos o no. Sin una crítica creadora, anticipadora, admonitoria y directriz no es posible una época del nivel de conciencia de la actual.

No amonestaré ni adularé. Me abstengo de todo juicio de valor en relación con las cosas que recién han empezado a surgir. Un acontecimiento puede ser evaluado realmente sólo cuando ya constituye un lejano pasado y los éxitos o fracasos definitivos han llegado a ser hechos consumados desde hace tiempo; o sea: después de décadas. Hasta finales del siglo pasado no fue posible una

comprensión madura de Napoleón. Ni siquiera nosotros podemos tener todavía una opinión definitiva sobre Bismarck. Sólo los hechos son firmes; los juicios oscilan y cambian. Y, por último, un gran acontecimiento no necesita que sus contemporáneos lo valoren. La historia misma lo juzgará cuando ya ninguno de los que en él participaron esté con vida.

Pero hay algo que ya hoy puede decirse: la conmoción nacional de 1933 ha sido algo tremendo y seguirá siéndolo a los ojos del futuro por el ímpetu elemental, suprapersonal, con el que se produjo y por la disciplina espiritual con la se hizo. Fue algo total y completamente prusiano, como el levantamiento de 1914 que transformó los espíritus en un instante. Los soñadores alemanes se levantaron tranquilos, con impresionante naturalidad, y le abrieron un camino al futuro. Pero precisamente por ello, quienes participaron de la conmoción actual deben tener en claro que eso no fue una victoria, y no lo fue porque faltaron los adversarios. Ante la violencia del levantamiento desapareció inmediatamente todo lo que todavía actuaba y todo lo actuado. Fue una promesa de victorias futuras que todavía tienen que ser conquistadas en difíciles combates y a las que sólo se le ha abierto un espacio. Los dirigentes han asumido toda la responsabilidad y tienen que saber, o tendrán que aprender, lo que ello significa. Es una tarea llena de tremendos peligros y no se plantea en el interior de Alemania, sino afuera, en el mundo de las guerras y las catástrofes, donde sólo la gran política tiene la palabra. Alemania está, más que ningún otro país, entretrejida en el destino de todos los demás países; menos que ningún otro puede ser gobernada como si fuese algo en sí. Y, además, ésta no es la primera revolución nacional de la historia – Cromwell y Mirabeau fueron antes –, pero sí es la primera que se cumple en un país políticamente impotente y en una situación muy peligrosa. Esto aumenta hasta lo inmensurable la dificultad de lo que hay para hacer. Las tareas, todas ellas, están tan sólo planteadas, apenas comprendidas y sin resolver. No hay tiempo ni motivo para la embriaguez y el sentimiento del triunfo. ¡Ay de quienes confundan la movilización con la victoria! Un movimiento acaba de iniciarse, no de lograr su objetivo, y las grandes cuestiones de la época no han cambiado en nada por ello. Son cuestiones que no incumben solamente a Alemania sino al mundo entero y no son de estos años sino de todo un siglo. Para los entusiastas, el peligro está en ver a la situación de un modo demasiado sencillo. El entusiasmo no es compatible con objetivos que se ubican más allá de generaciones enteras. Pero con objetivos como éstos comienzan las verdaderas decisiones de la historia

Esta toma del poder [\[1\]](#) se ha realizado en medio de un torbellino de fortaleza y debilidad. Y me preocupa verla celebrada diariamente con tanto estrépito. Sería más acertado dejar esto para un día de éxitos verdaderos y definitivos, esto es, de política exterior. Es que no hay otros. Cuando se hayan logrado, los hombres del momento, los que dieron el primer paso, estarán muertos quizá hace rato; quizás queden olvidados y denigrados hasta que una posteridad cualquiera recuerde su importancia. La historia no es sentimental, y ¡ay de quien sea sentimental consigo mismo!

En todo proceso que comienza de esta manera existen muchas posibilidades de las que rara vez tienen plena conciencia los participantes. Puede anquilosarse en principios y teorías, sucumbir en la anarquía política, social y económica, o volver sin resultados al principio. Así, en el París de 1793, se sentía claramente *que ça changerait*. A la embriaguez de los primeros días, que con frecuencia arruinó posibilidades venideras, sigue por regla un desengaño y la inseguridad respecto del «próximo paso». Llegan al poder elementos que consideran como objetivo el disfrute del poder y desean eternizar un estado de cosas que es tolerable sólo por un instante. Ideas correctas resultan exageradas por los fanáticos hasta quedar anuladas. Lo que al principio prometía grandes cosas acaba en tragedia, o en comedia. Debemos considerar sobriamente y a tiempo estos peligros, para ser más inteligentes que alguna generación del pasado. Pero si aquí ha de echarse el fundamento perdurable de un gran futuro sobre el que las próximas generaciones podrán edificar, entonces no será posible lograrlo sin la continuidad efectiva de antiguas tradiciones. Lo que de nuestros padres llevamos en la sangre – ideas sin palabras – es lo único que promete tener persistencia en el futuro. Lo que hace años describí como «prusianismo» es importante – acaba de dar un buen resultado justo ahora – y no lo es una especie cualquiera de «socialismo». Necesitamos una educación orientada a una actitud prusiana; como la que tuvimos en 1870 y en 1914 y que duerme como permanente posibilidad en el fondo de nuestras almas. Y esto sólo puede lograrse a través del ejemplo viviente y la autodisciplina moral de un estamento dirigente; no mediante muchas palabras o por la fuerza. Para poder servir a una idea es preciso dominarse a uno mismo, hay que estar dispuesto a hacer sacrificios íntimos por convicción. El que confunde esto con la presión intelectual de un programa no sabe de qué estamos hablando aquí. Con ello, retorno al libro *Prusianismo y socialismo*, con el que en 1919 comencé a señalar esta necesidad moral sin la cual no es posible construir nada duradero. A todos los demás pueblos del mundo el pasado les ha forjado un carácter. Nosotros no hemos tenido un pasado educativo y por ello tenemos que empezar por despertar, desarrollar y educar el carácter que está en nuestra sangre en estado embrionario.

A este objetivo está consagrado también esta obra, cuya primera parte presento aquí. [21](#) Hago lo que siempre he hecho: no doy la imagen de una expresión de deseos del porvenir y menos aún un programa para su realización como ahora está moda entre los alemanes, sino un cuadro claro de los hechos tal como son y tal como serán. Veo más lejos que otros. No veo tan sólo grandes posibilidades, sino también grandes peligros, su origen y quizá el medio de evitarlos. Y cuando nadie tiene el valor de ver y decir lo que ve, yo quiero hacerlo. Tengo un derecho a la crítica, porque a través de ella he señalado una y otra vez lo que ha de suceder, porque sucederá. Se ha iniciado una serie decisiva de hechos. Nada de lo que llega a ser un hecho es revocable. Ahora tenemos que seguir avanzando en esa dirección; ya sea que la hayamos querido, o no. Sería miope y cobarde negarse. Lo que el individuo no quiera hacer, se lo hará la historia. Pero el aceptarlo presupone una comprensión. A ella ha de servir este libro. Es una advertencia acerca de peligros. Siempre hay peligros. Todo el que obra está en peligro. La vida misma es peligro. Pero quien ha vinculado el destino de Estados y

naciones a su destino particular tiene que enfrentarse a los peligros viendo con claridad. Y para ver es quizá para lo que se necesita el mayor valor.

Este libro nació de una conferencia – «Alemania en peligro» – que pronuncié en 1929 en Hamburgo sin hallar demasiada comprensión. En noviembre de 1932 me puse a desarrollarlo, siempre ante la misma situación de Alemania. El día 30 de enero de 1933 [3] estaba ya impreso hasta la página 106. Nada he modificado luego en él, pues no escribo para los próximos meses ni para el año próximo, sino para el futuro. Lo que es correcto no puede ser anulado por un acontecimiento. Sólo he cambiado el título para evitar interpretaciones equivocadas. La toma del Poder por los nacionalistas no es un peligro; los peligros ya existían, en parte desde 1918 y en parte desde mucho tiempo atrás, y perduran porque no pueden ser superados por un acontecimiento singular que necesita una evolución adecuada y prolongada a través de años enteros para enfrentarlos con eficacia. Alemania está en peligro. Mi temor por Alemania no han disminuido. La victoria de marzo fue demasiado fácil para abrirle los ojos a los vencedores sobre la magnitud, el origen y la duración del peligro. Nadie puede saber a qué clase de formas, situaciones y personalidades conduce esta conmoción ni qué reacciones externas adversas tendrá por consecuencia. Toda revolución empeora la situación política exterior de un país, <>y tan sólo para estar a la altura de ella hacen falta estadistas de la jerarquía de un Bismarck. Estamos quizá ya cerca de la segunda guerra mundial, con una desconocida distribución de las potencias y con medios y objetivos – militares, económicos y revolucionarios – impredecibles. No tenemos tiempo para limitarnos a cuestiones de política interna. Tenemos que estar «en forma» para todo acontecimiento imaginable. Alemania no es una isla. Si no vemos que el problema más importante precisamente para nosotros es nuestra relación con el mundo, el destino – ¡y qué destino! – pasará sin compasión sobre nosotros.

Alemania es la nación decisiva del mundo, no sólo por su situación en la frontera de Asia, hoy en día el continente más importante en cuanto a la política mundial, sino también porque los <>alemanes son todavía lo suficientemente jóvenes como para vivir íntimamente los problemas de la historia universal, para darles forma y para decidirlos, <>mientras que otros pueblos se han vuelto demasiado viejos y demasiado rígidos para generar algo más que una defensa. Pero también frente a grandes problemas <>el ataque es el que contiene la mayor promesa de victoria.

Esto es lo que he descrito. ¿Logrará el efecto esperado?

München, julio 1933.

OSWALD SPENGLER.

---

# El Horizonte Político

## 1. Alemania no es una isla

¿Qué hombre perteneciente a las razas blancas tiene hoy una visión para lo que sucede a su alrededor en la esfera terrestre; para la magnitud del peligro que se cierne amenazador sobre esta masa de pueblos? No hablo de la multitud, ya sea ilustrada o inculta, de nuestras ciudades; de los lectores de periódicos, del rebaño electoral de los días en que se vota – en el cual hace ya mucho tiempo que no existe diferencia alguna de jerarquía entre electores y elegidos –, sino de las clases dirigentes de las naciones blancas, en la medida en que no han sido aniquiladas; de los estadistas, en la medida en que quedan algunos; de los dirigentes auténticos de la política y de la economía, de los ejércitos y del pensamiento. ¿Hay alguien que vea más allá de estos años, más allá de área geográfica, de su país o incluso del limitado círculo de su actividad?

Vivimos en una época impregnada de fatalidad. Ha despuntado la época histórica más grandiosa, no sólo de la cultura faústica de la Europa occidental y su tremendo dinamismo, sino, precisamente por ella, de toda la historia universal; más grandiosa y terrible que las épocas de César y de Napoleón. ¡Pero qué ciegos están los hombres sobre los cuales se desencadena este tremendo hado, arrastrándolos en su vorágine, elevándolos o aniquilándolos! ¿Quién de ellos ve y comprende lo que con ellos y en torno suyo sucede? Quizá algún anciano sabio chino o hindú que mira en silencio a su alrededor con un pasado intelectual milenario en su espíritu. Pero ¡qué a ras de suelo; qué mezquina y ruinmente pensados se muestran los juicios y las medidas que emergen en Europa occidental y en América! ¿Quién de los habitantes del Oeste medio de los Estados Unidos comprende verdaderamente algo de lo que sucede más allá de Nueva York y de San Francisco? ¿Qué sospecha siquiera un hombre de la clase media inglesa de lo que se prepara en el continente vecino, para no hablar de la provincia francesa? ¿Qué saben todos ellos de la dirección en la que se mueve su propio destino? Surgen entre ellos lemas ridículos, tales como la superación de la crisis económica, la inteligencia de las naciones, la seguridad nacional y la autarquía, para «superar», con la *prosperity* o el desarme, catástrofes que abarcan generaciones enteras.

Pero yo hablo aquí de Alemania, más amenazada que ningún otro país por la tormenta de los hechos, y cuya existencia está en juego en todo el sentido sobrecogedor de la palabra. ¡Qué miopía y qué ruidosa oquedad reinan en ella, qué puntos de vista más provincianos emergen cuando se trata de los más arduos problemas! Se supone que hay que fundar dentro de nuestras fronteras el Tercer Imperio o el Estado soviético; suprimir el ejército o la propiedad, a los dirigentes de la economía o de la agricultura; dar a los Estados particulares la mayor independencia posible o anularlos; dejar actuar de nuevo, como en 1900, a los viejos señores de la industria o la administración o, en fin, hacer una revolución, proclamar la dictadura, para la cual ya se encontrará luego un dictador – cuatro docenas de individuos se sienten hace mucho capaces de serlo – y se supone que todo irá de maravillas.

Pero Alemania no es una isla. Ningún otro país está, en su acción o en su sufrimiento, tan entretelado con los destinos del mundo. Ya su situación geográfica, su carencia de fronteras naturales, la condenan a ello. En los siglos XVIII y XIX Alemania era «Europa central»; en el XX es otra vez, como desde el siglo XIII, un país fronterizo con «Asia», y a nadie necesita más que los alemanes pensar política y económicamente más allá de las fronteras. Todo lo que sucede en la lejanía extiende sus ondas hasta el interior de Alemania.

Pero nuestro pasado se venga: son setecientos años de pequeños Estados, de un lamentable provincialismo sin un hálito de grandeza, sin ideas y sin fines. Es imposible compensarlo en dos generaciones. Y la creación de Bismarck tuvo el grave defecto de no haber educado a la generación inmediata para los hechos de la nueva forma de nuestra vida política. Los hechos se veían pero no se comprendían, ni se lograba una adaptación interior a sus horizontes, a sus problemas y a los nuevos deberes. No se vivía con ellos. Y el alemán medio seguía viendo los destinos de su gran nación como antes, de un modo partidista y particularista, o sea: a ras de suelo, de un modo angosto, tonto. Este pensamiento mezquino comenzó cuando dos emperadores de la dinastía de los Hohenstaufen, con sus miras sobre el Mediterráneo y la Hansa que había reinado desde el Escalda a Nowgorod, sucumbieron frente a otras potencias de cimientos más firmes a consecuencia de la falta de un apoyo político en el interior. Desde entonces el alemán se encerró en innumerables patrias diminutas y en intereses de campanario, midió la historia del mundo con el criterio de esos horizontes y soñó, hambriento y miserable, con un imperio en las nubes; sueño para el que se inventó el nombre de «idealismo alemán». A este pensamiento mezquino, interno de Alemania, pertenece aún lo que en materia de ideales y utopías políticas ha brotado en el suelo pantanoso del Estado de Weimar; de él se derivan todas las imágenes alternativas, internacionales, comunistas, pacifistas, ultramontanas, federales y «arias», el *Sacrum Imperium*, el Estado soviético o el Tercer Imperio. Todos los partidos piensan y hablan como si Alemania estuviera sola en el mundo. Las asociaciones obreras no ven más allá de las zonas industriales. Siempre odiaron la política colonial porque no entraba en el esquema de la lucha de clases. En su limitación doctrinaria no comprenden, o no quieren comprender, que el imperialismo económico de la época alrededor de 1900 constituía, precisamente

para el obrero, una precondition para su existencia puesto que aseguraba la salida de los productos y la importación de materias primas, cosa que el trabajador inglés había comprendido ya mucho antes. La democracia alemana adora el pacifismo y el desarme fuera de las fronteras del poder francés. Los federales quisieran transformar el país, pequeño ya de por sí, en un haz de Estados enanos de estilo caduco y dar con ello a las potencias extranjeras la oportunidad de empujarlos a unos contra otros.

Y los nacionalsocialistas creen que pueden darse el lujo de ignorar al mundo que se les opone y construir sus castillos en el aire sin crear una reacción, quizás callada pero muy palpable, en el extranjero.

## **2. El miedo a la realidad**

A todo esto se añade el miedo general a la realidad. Nosotros, los «carapálidas», lo sentimos todos, aun cuando sólo muy raramente – y nunca la mayoría – tengamos conciencia de ese miedo. Es la debilidad psíquica del hombre tardío de las culturas superiores, aislado en sus ciudades del cultivo de la tierra materna y con ello de la vivencia natural del destino, el tiempo y la muerte. Se ha hecho demasiado despierto, se ha acostumbrado a la perpetua meditación sobre el ayer y el mañana y no soporta lo que ve y tiene que ver forzosamente: la marcha implacable de las cosas, el azar sin sentido, la historia real con su tránsito sin piedad a través de los siglos. En todo lo cual el individuo, con su minúscula vida privada, está irrevocablemente insertado desde que ha nacido en un lugar determinado. Esto es lo que el individuo quisiera olvidar, rebatir y negar. Huye de la historia y busca refugio en la soledad, en sistemas imaginarios ajenos al mundo; en una fe cualquiera o en el suicidio. Grotesco avestruz, esconde la cabeza bajo esperanzas, bajo ideales o bajo un optimismo cobarde: es así, pero no debería ser así; por lo tanto es de otra forma. El que canta de noche en el bosque lo hace por miedo. Por el mismo miedo declama hoy su supuesto optimismo la cobardía de las ciudades. No se soporta ya la realidad. Los hechos resultan sustituidos por una expresión de deseos – a pesar de que la historia nunca se ha preocupado por los deseos de los hombres. Y los deseos van desde la Jauja de los niños pequeños hasta la paz mundial y el paraíso obrero de los adultos.

Si es ciertamente muy poco lo que sabemos del futuro – sólo la forma general de los hechos venideros y su avance a través del tiempo pueden ser deducidos por comparación con otras culturas –, no es menos seguro que las fuerzas motrices del futuro no son otras que las del pasado: la voluntad del más fuerte, los instintos sanos, la raza, la voluntad de posesión y de poder. Por sobre ello flotan, ineficaces, los sueños que siempre serán sueños: justicia, felicidad y paz.

Para la mayoría, en nuestra cultura y desde el siglo XVI, a todo ello ha venido a añadirse la imposibilidad cada vez mayor de lograr una visión abarcativa de los acontecimientos y las situaciones de la gran política y la gran economía para comprender – no digamos ya dominar – los poderes y las tendencias que en ellos

actúan. Los estadistas auténticos son cada vez más raros. La mayor parte de lo que en la historia de estos siglos se hizo, y no simplemente ocurrió, ha sido hecho por improvisados y aficionados que tuvieron suerte. Aunque, en todo caso, pudieron confiar en los pueblos, cuyo instinto les dejó hacer. Recién hoy este instinto se ha hecho tan débil y tan fuerte la crítica parlanchina nacida de una alegre ignorancia, que existe un creciente peligro de que un verdadero estadista, conocedor de las cosas, no sea ya ni siquiera instintivamente aceptado o tolerado a regañadientes, sino impedido de hacer lo que hay que hacer por la resistencia de todos los que pretenden saberlo mejor. Lo primero pudo comprobarlo Federico el Grande; lo segundo fue casi el destino de Bismarck. Sólo las generaciones posteriores, y aun ni siquiera ellas, pueden apreciar la grandeza y las creaciones de tales líderes. Pero lo que importa es que el presente se limita a la ingratitud y a la incomprensión, y no desarrolla una acción opuesta. Los alemanes son especialmente grandes en desconfiar de los actos creadores, en criticarlos y frustrarlos. La experiencia histórica y la fortaleza de la tradición, tal como alientan en la vida inglesa, se les escapan por completo. ¡El pueblo de los poetas y los pensadores está en vías de convertirse en un pueblo de charlatanes y agitadores! Todo verdadero estadista es impopular, por el miedo, la cobardía y el desconocimiento de sus contemporáneos; pero incluso para comprender esto hay que ser más que un «idealista».

Actualmente estamos todavía en la edad del racionalismo que empezó en el siglo XVIII y que en el XX se precipita hacia su fin. Todos nosotros somos sus criaturas, lo sepamos o no y lo queramos o no. El concepto de «racionalismo» es familiar a todos; pero, ¿quién sabe todo lo que abarca? Es el orgullo del espíritu urbano desarraigado, no guiado ya por ningún instinto fuerte, que mira altanero y con desprecio al pensamiento pletórico de sangre de otrora y a la sabiduría de las viejas razas campesinas. Es de la época en que todo el mundo sabe leer y escribir y por ello pretende hablar de todo y entenderlo todo mejor. Este espíritu está poseído por los conceptos, los nuevos dioses de esta época, y critica al mundo: el mundo no vale nada; podemos hacerlo mejor; ¡pongamos, pues, manos a la obra y formulemos el programa de un mundo mejor! No hay nada más fácil cuando se tiene ingenio. Ya se realizará luego por sí solo. Entretanto llamamos a esto el «progreso de la Humanidad». Tiene un nombre, luego existe. Quien lo duda es un ser limitado, un reaccionario, un hereje y, sobre todo, un hombre sin virtud democrática. ¡Quitémosle de en medio! De este modo, el miedo a la realidad ha sido vencido por la soberbia intelectual, por la presunción nacida de la ignorancia de todas las cosas de la vida, de la pobreza de alma, de la falta de respeto y, por último, de la tontería que le da la espalda al mundo, pues no hay nada más tonto que la inteligencia urbana carente de raíces. En los escritorios y en los clubs ingleses se la llamaba *common sense*; en los salones franceses, *esprit*, y en los estudios de los catedráticos alemanes, la razón pura. El chato optimismo del filisteo de la Ilustración empieza a no temer ya a los hechos elementales de la historia pero sí a despreciarlos. Todo sabiendo quiere incluirlos en su sistema ajeno a la experiencia; hacerlos conceptualmente más perfectos de lo que realmente son y saberlos subordinados a su pensamiento; porque no los vive ya, sino que se limita a conocerlos. Esta tendencia doctrinaria a la teoría por falta de

experiencia o, mejor, por falta de capacidad para percibir, se manifiesta literariamente en un infatigable proyectar utopías y sistemas políticos, sociales y económicos, y prácticamente en un furor de organizar que se ha convertido en un fin en sí abstracto, y cuya consecuencia son las burocracias que sucumben en un girar en punto muerto o bien en destruir ordenes vivientes. En el fondo, el racionalismo no es más que crítica y el crítico es lo contrario del creador: analiza y sintetiza, pero la concepción y el nacimiento le son ajenos. Por eso su obra es artificial e inanimada y mata cuando tropieza con una vida real. Todos estos sistemas y organizaciones han nacido sobre el papel, son metódicos y absurdos, y viven sólo sobre el papel. Esto comienza en los tiempos de Rousseau y de Kant, con ideologías filosóficas que se pierden en lo genérico; se convierte en el siglo XIX en construcciones científicas con métodos físicos y darwinistas – sociología, economía política, concepción materialista de la historia –, y se extravía en el siglo XX en la literatura de las novelas tendenciosas y los programas partidarios.

Pero no nos engañemos; el idealismo y el materialismo pertenecen por igual a este fenómeno. Ambos son completamente racionalistas; Kant no menos que Voltaire, Novalis tanto como Proudhon, los ideólogos de la guerra de la independencia lo mismo que Marx y la concepción materialista de la historia en el mismo grado que la idealista. Poco importa que su «sentido» y su «finalidad» se conciban como el progreso, la tecnología, la «libertad» y la «felicidad de las mayoría» o en el florecimiento del arte, la poesía y el pensamiento. En ambos casos pasa inadvertido que, en la historia, el destino depende de poderes muy diferentes, más robustos. La historia de los hombres es la historia de las guerras. De los pocos historiadores de categoría ninguno ha llegado a ser popular, y, de los estadistas, Bismarck llegó a serlo cuando ya de nada podía servirle.

Pero, al igual que el idealismo y el materialismo, también el romanticismo es una manifestación de presunción racionalista por falta de sentido de la realidad. Estas tendencias, en última instancia y en el fondo, son afines y será difícil hallar en un romántico, sea político o social, la frontera entre estas orientaciones del pensamiento. En todo materialista de alguna importancia se oculta un romántico. Se desprecia, por supuesto, el espíritu frío, chato y metódico de los demás; pero se lo posee en cantidad suficiente como para incurrir en la misma presunción con los mismos medios. El romanticismo no es indicio de instintos fuertes, sino de un intelecto débil que se odia a sí mismo. Estos románticos son todos infantiles; son hombres que han permanecido demasiado tiempo siendo niños, o nunca dejaron de serlo. No tienen fuerza para la autocrítica pero sufren perpetuas inhibiciones, producto de la oscura conciencia de su debilidad personal, y se hallan impulsados por la idea enfermiza de transformar una sociedad que les resulta demasiado viril, demasiado sana y demasiado sobria. No, desde luego, con cuchillos y pistolas como en Rusia, sino con noble palabrerío y teorías poéticas. ¡Ay de ellos si no poseen dotes artísticas suficientes como para al menos auto-sugerirse la fuerza creadora que les falta! Pero también en este aspecto son afeminados y débiles: no pueden crear una gran novela, o una tragedia cabal y mucho menos una filosofía robusta y completa. Sólo producen lirismos etéreos sin forma interior, esquemas anémicos e ideas fragmentarias, que resultan ajenas e incluso hostiles al mundo

hasta el absurdo. Pero así fueron también los eternos «adolescentes» de 1815 con sus levitas y sus pipas a la antigua alemana, Jahn y Arndt inclusive; el mismo Stein no pudo dominar su gusto romántico por los viejos órdenes estatales lo bastante como para hacer un uso diplomático exitoso de su gran experiencia práctica. Fueron ciertamente heroicos y nobles, y estaban en todo momento dispuestos a ser mártires; pero hablaban demasiado de la esencia alemana y demasiado poco de ferrocarriles y de convenios aduaneros. Por eso, para el porvenir real de Alemania, no fueron más que un obstáculo. ¿Ha oído Usted alguna vez el nombre del gran Friedrich List, que se suicidó en 1846 porque nadie comprendió ni apoyó sus previsores objetivos políticos que consistían en la construcción de una economía nacional alemana? Sin embargo, todos conocían los nombres de Arminio y de Thusnelda.

Y justamente esos mismos eternos adolescentes han retornado hoy. Inmaduros, sin experiencia alguna ni voluntad de acumularla, pero escribiendo y hablando hasta por los codos sobre política; entusiasmados con los uniformes y las insignias; llenos de una fanática fe en cualquier teoría. Existe un romanticismo social del comunismo exaltado, un romanticismo político, que le otorga categoría de hecho a las cifras electorales y a la embriaguez de los discursos de mitin. Y existe un romanticismo económico que, sin conocimiento alguno de las formas internas de la economía real, corre en pos de teorías monetarias provenientes de cerebros enfermos. Estos románticos se sienten a gusto sólo en la masa, porque en ella pueden multiplicarse, anesthesiando con ello el oscuro sentimiento de su propia debilidad. Y a esto le llaman superación del individualismo.

Y son, como todos los racionalistas y todos los románticos, más sentimentales que una canción callejera. Ya el *Contrato Social* y los «derechos del hombre» provienen de la época de la sensiblería. Del otro lado, Burke, como estadista auténtico que era, acentuaba – y con plena razón – que ellos, al otro lado del Canal, defendían sus derechos no como hombres, sino como ingleses. Lo cual se basaba en un pensamiento práctico y político; no en un racionalismo surgido de la indisciplina de los sentimientos. Pues el sentimentalismo trasnochado – que preside todas las corrientes teóricas de estos dos siglos tales como el liberalismo, el comunismo, el pacifismo y todos los libros, discursos y revoluciones – es fruto de la indisciplina psíquica, de la debilidad personal y de la falta de esa disciplina que otorga una antigua y severa tradición. Es un sentimentalismo «burgués» o «plebeyo», en la medida en que estos términos constituyen insultos. Ve las cosas humanas, la historia y el destino político y económico desde abajo, pequeña y mezquinamente, desde el respiradero del sótano, desde la calle, el café de literatos o la asamblea popular, no desde lo alto y tomando distancia. Toda clase de grandeza, todo lo que sobresale, impera o es superior le es odioso. En realidad, para este sentimentalismo la actividad constructiva consiste en demoler todas las creaciones de la cultura, del Estado y de la sociedad hasta el nivel de las gentes pequeñas; un nivel más allá del cual no se extiende comprensivamente su pobre percepción. Sólo esto es hoy popular y demagógico, pues en boca de todo racionalista y de todo romántico «pueblo» no significa la nación plena de forma, estructurada por el destino en el largo curso de los tiempos, sino aquella parte de

la masa informe que cada uno siente igual a sí, desde el «proletariado» hasta la «humanidad».

Este reinado del espíritu urbano desarraigado llega hoy a su fin. Como última forma de comprender las cosas tal como son aparece el escepticismo, la duda fundamental acerca del sentido y del valor de la reflexión teórica, de su capacidad de deducir algo y de producir prácticamente algo. Es el escepticismo bajo la forma de la gran experiencia histórica y fisonómica, de la visión insobornable de los hechos, del verdadero conocimiento de los hombres que enseña cómo el hombre ha sido y es, y no cómo debería ser; es el escepticismo del pensamiento histórico genuino, que muestra – entre otras cosas – con cuanta frecuencia ya existieron épocas similares de crítica omnipotente y cuán en vano transcurrieron; escepticismo que enseña respeto por los hechos del acontecer mundial que son y continúan siendo en esencia enigmas que sólo podemos describir y no explicar, y que pueden ser dominados prácticamente sólo por hombres de raza fuerte – hombres que son hechos históricos en sí mismos – y no por programas y sistemas sentimentales. Este duro conocimiento histórico de los hechos, tal como comienza a aparecer en el siglo actual, resulta insoportable para las naturalezas blandas e indisciplinadas. Odian a quien los descubre y lo acusan de pesimista. Está bien; pero este pesimismo fuerte, al que pertenece ese desprecio por los hombres que ha sido propio de todos los grandes realizadores quienes conocían bien a los seres humanos, es algo totalmente distinto del pesimismo cobarde de las almas mezquinas y cansadas que le temen a la vida y no soportan la visión de la realidad. La vida por ellas esperada, esa vida de felicidad y de paz, sin riesgos y ampliamente cómoda, es aburrida, senil. Además, no es realizable; sólo puede ser imaginada. Contra este hecho, contra la realidad de la historia, se estrella toda ideología.

### **3. La paz engañosa 1871/1914**

En cuanto a la situación actual del mundo, todos corremos el peligro de verla en forma equivocada. Desde la guerra civil norteamericana (1865), la guerra franco-prusiana (1870) y la época victoriana hasta 1914, ha reinado en los pueblos blancos un estado tan inverosímil de tranquilidad, seguridad y existencia pacífica sin problemas como es inútil intentar hallarlo en ningún otro siglo. Quienes lo han vivido o han oído hablar de ello a otros, sucumben constantemente a la inclinación de considerarlo normal; a interpretar el confuso presente como una perturbación de ese estado natural y a desear que las cosas «vuelvan, por fin, a encaminarse». Pero no sucederá tal cosa. Aquello no volverá. No se conocen las causas que trajeron consigo ese estado de cosas, imposible a la larga: el hecho de que los ejércitos permanentes y en constante aumento hicieron tan imprevisibles las consecuencias de una guerra que ningún estadista se atrevió a provocarla; el hecho de que la economía técnica llevó un ritmo febril que tenía que hallar rápidamente un fin porque se apoyaba sobre condiciones que desaparecían

rápidamente, y por último el hecho de que, por ambas circunstancias, los difíciles problemas no resueltos de la época iban siendo continuamente aplazados y transferidos a los hijos, y a los hijos de estos hijos como fatal herencia de las generaciones venideras, hasta que se dejó de creer en su existencia a pesar de que amenazaban con creciente tensión desde el futuro.

Muy pocos soportan una larga guerra sin corromperse espiritualmente; nadie soporta una larga paz. Esta época de paz desde 1870 a 1914 y su recuerdo ha convertido a todos los hombres blancos en insaciables, desmedidos e incapaces de soportar la desgracia. Podemos ver sus consecuencias en las ideas y en las exigencias utópicas con las que aparecen hoy todos los demagogos – exigencias a la época, a los Estados, a los partidos y, sobre todo, a «los demás» – sin mencionar siquiera los límites de lo posible ni los deberes, los esfuerzos o los sacrificios.

Esta paz demasiado prolongada sobre un suelo convulsionado por una excitación creciente, ha sido una herencia terrible. Ningún estadista, ningún partido, apenas algún pensador político se encuentra hoy lo bastante seguro como para decir la verdad. Todos mienten; todos se suman al coro de la multitud ignorante y malcriada que quiere pasarlo mañana tan bien como ayer o aún mejor, aunque los estadistas y los dirigentes de la economía deberían conocer mejor la terrible realidad. ¡Pero qué clase de líderes tenemos hoy en el mundo! Este optimismo cobarde y deshonesto anuncia todos los meses el «retorno» de la coyuntura y la *prosperity* ni bien un par de especuladores alcistas hacen subir pasajeramente las cotizaciones; promete el fin de la desocupación ni bien un centenar de obreros encuentra trabajo en algún lado y, sobre todo, declama el logro del «acuerdo» entre las naciones ante la menor decisión de la Sociedad de Naciones, ese enjambre de parásitos veraneantes en las orillas del lago de Ginebra. Y en todas las reuniones y en todos los periódicos resuena la palabra “crisis” como expresión de una perturbación pasajera del bienestar, con lo cual se miente y se oculta que se trata de una catástrofe de proporciones incalculables, que es la forma normal en la que se producen los grandes cambios de la Historia.

Es que vivimos en una época tremenda. Es la más grande que la cultura de Occidente haya vivido y vivirá jamás, la misma que la antigüedad vivió desde Canas hasta Accio, la misma desde la cual resplandecen los nombres de Aníbal, Escipión, Graco, Mario, Sila y César. La guerra mundial fue para nosotros tan sólo el primer rayo y el primer trueno surgidos de la nube tormentosa que se cierne amenazadora sobre este siglo. El orden del mundo se halla hoy en transformación desde sus cimientos, como antaño por el naciente *Imperium Romanum*, y no cuentan ni la voluntad ni los deseos de «la mayoría», ni serán tampoco contadas las víctimas que toda decisión de esta clase exige. ¿Pero quién lo comprende así? ¿Quién lo soporta? ¿Quién considera que tiene la suerte de participar en ello? La época es grandiosa, pero tanto más pequeños son los hombres. No soportan ya la tragedia, ni sobre el escenario ni en la realidad. Miserables y fatigados, quieren el *happy end* de las baratas novelas de entretenimiento. Pero el destino, que los ha arrojado a estas décadas, los agarra por el cuello y hace con ellos lo que tiene que

hacerse, lo quieran o no. La seguridad cobarde de finales del siglo anterior ha terminado. La vida peligrosa, la verdadera vida de la Historia, vuelve por sus derechos. Todo ha entrado en movimiento. Ahora cuenta sólo el hombre que arriesga algo, que tiene el valor de ver y tomar las cosas como son. Vendrá – no: ya ha llegado – la época en la que ya no hay lugar ni para espíritus delicados ni para ideales endebles. La barbarie primitiva, que a través de siglos enteros ha yacido oculta y encadenada bajo el rigor formal de una cultura superior, resurge ahora que la cultura está acabada y empieza la civilización; reaparece esa sana alegría guerrera de la fuerza propia, tan despreciada por la época cebada de literatura del pensamiento racionalista; retorna aquel instinto vigoroso de la raza que ya no quiere vivir bajo la presión de la masa de libros leídos y de los ideales impresos sino de otro modo. En las nacionalidades de la Europa occidental vive aún bastante de esto y también en las praderas americanas y más allá, en la gran planicie del Norte de Asia, donde crecen los conquistadores del mundo.

¿Es esto «pesimismo»? Quien así lo sienta, ¿necesitará, pues, la mentira piadosa o el velo de los ideales y las utopías para protegerse de la visión de la realidad y quedar liberado de ella? Es muy posible que, en el siglo actual, la mayoría de los hombres blancos se halle en este caso; pero, ¿y en los siguientes? Los antepasados de esta mayoría, por la época de la emigración de los pueblos y de las Cruzadas, eran muy distintos. Despreciaban una conducta semejante calificándola de cobardía. De esta cobardía ante la vida nacieron, en el mismo estadio histórico de la cultura india, el budismo y las orientaciones afines que ahora empiezan a ponerse de moda entre nosotros. Es muy posible que en este sentido se halle en vías de formación una tardía religión del Occidente; quizá bajo un ropaje cristiano y quizá no; ¿quién sabe? La «renovación» religiosa que reemplaza al racionalismo como cosmovisión cuenta por cierto con la posibilidad de la génesis de nuevas religiones. Las almas fatigadas, cobardes y seniles quieren huir de esta época y refugiarse en cualquier cosa que, por lo maravilloso de sus doctrinas y sus costumbres, las acune en el olvido mejor de lo que manifiestamente pueden hacerlo hoy las Iglesias cristianas. El *credo quia absurdum* está de nuevo en auge. Pero la profundidad del desconuelo universal – un sentimiento que es tan antiguo como el discurrir sobre el cosmos mismo – el lamento por lo absurdo de la historia y por la crueldad de la vida no provienen de las cosas mismas sino del pensarlas en forma enfermiza. Este desconuelo constituye un juicio que aniquila el valor y la fuerza del espíritu propio. Una visión profunda del mundo no tiene por qué estar forzosamente inundada de lágrimas.

Hay un sentimiento nórdico del universo – desde Inglaterra hasta el Japón – lleno de alegría precisamente por lo difícil del destino humano. Se le desafía para vencerlo. Y se sucumbe orgullosamente cuando resulta ser más fuerte que la voluntad propia. Tal fue la concepción de los viejos fragmentos auténticos del Mahabharata que cuentan del combate entre Kurus y Pandus; la de Hornero, Píndaro y Esquilo; la de la poesía heroica germánica y la de Shakespeare; la de algunos poemas del Shuking chino y la del ciclo de los samurais japoneses. Es la concepción trágica de la vida, no extinguida aún hoy, que experimentará en el porvenir un nuevo florecimiento y lo ha experimentado ya en la guerra mundial.

Por eso es que todos los máximos poetas de todas las culturas nórdicas han sido trágicos; y la tragedia, más allá de la balada y la epopeya, fue la forma más profunda de este valiente pesimismo. Quien no puede vivir ni soportar ninguna tragedia no puede ser tampoco una figura de envergadura mundial. El que no vive la historia tal como realmente es: trágica, impregnada por el destino – por lo que resulta sin sentido, objetivo ni moral a los ojos de los adoradores del utilitarismo – ése no está tampoco en condiciones de hacer historia. Aquí es dónde se separan el *ethos* superior y el inferior de la existencia humana. La vida del individuo no es importante para nadie más que para él mismo. Lo que importa es si quiere sustraerla de la historia o sacrificarla por ella. La historia no tiene nada que ver con la lógica humana. Una tempestad, un terremoto, un río de lava, que aniquilan vidas sin seleccionarlás, son afines a los acontecimientos elementales y no planificados de la historia universal. Y aunque algunos pueblos sucumban, o ardan y se derrumben viejas ciudades de envejecidas culturas, la tierra continuará girando tranquilamente alrededor del sol y las estrellas seguirán su camino.

El hombre es un animal depredador. Lo repetiré siempre. Todos los supuestos virtuosos y todos los moralistas sociales que pretenden estar o llegar más allá de esto no son más que animales de presa con los dientes rotos que odian a los otros por los ataques que ellos mismos muy sabiamente evitan. Obsérvenlos: son demasiado débiles para leer un libro sobre guerras pero se agolpan en la calle cuando ha sucedido un accidente para excitar sus nervios con la sangre y el griterío; y cuando ni siquiera se animan a esto, lo gozan en las películas y en las revistas ilustradas. Cuando califico al hombre de animal depredador, ¿a quién ofendo con ello? ¿Al hombre – o al animal? Los grandes animales de presa son criaturas nobles de especie perfecta y sin la hipocresía de la moral humana nacida de la debilidad.

Gritan: “¡Nunca más una guerra!” – pero quieren la lucha de clases. Se escandalizan cuando se ejecuta a un asesino, pero gozan a escondidas al enterarse del asesinato de un adversario político. ¿Qué han objetado ante las matanzas de los bolcheviques? No; la lucha es el hecho primordial de la vida, es la vida misma, y ni siquiera el más lamentable pacifista consigue desterrar por completo de su alma el placer que despierta. Por lo menos teóricamente, desea combatir y aniquilar a todos los adversarios del pacifismo.

Cuanto más profundamente penetremos en el cesarismo del mundo fáustico, más claramente se decidirá quién está destinado éticamente a ser sujeto y quién a ser objeto del acontecer histórico. El triste cortejo de los reformadores del mundo que desde Rousseau ha trotado a través de estos siglos – dejando tras de sí en el camino, como único monumento conmemorativo de su existencia, montañas de papel impreso – ha llegado a su fin. Los césares ocuparán su lugar. La gran política como arte de lo posible, alejada de todo sistema y de toda teoría, como la maestría de regir los hechos en calidad de conocedor, de gobernar el mundo como un buen jinete conduce a su caballo con la presión de los muslos, recobra sus eternos derechos.

Por eso no quiero hacer aquí más que mostrar en qué situación histórica se encuentran Alemania y el mundo, y cómo esta situación se deriva necesariamente de la historia de siglos pasados para ir inevitablemente a ciertas formas y soluciones. Es destino.

Puede negarse; pero al negarlo se niega uno a sí mismo.

# Las Guerras Mundiales y las Potencias Mundiales

## 4. La época de las guerras mundiales

La «crisis mundial» de estos años, como la misma expresión demuestra, es concebida de un modo demasiado chato, ligero y simple, según el punto de vista, los intereses y el horizonte del espectador. Se la considera como una crisis de la producción, del desempleo, de la moneda, de las deudas de guerra y las reparaciones, de la política exterior o interior o, sobre todo, como consecuencia de la guerra mundial, la cual, según en opinión popular, habría podido ser evitada con una mayor honradez y una mayor habilidad diplomáticas. Se habla, mirando sobre todo de reojo a Alemania, acerca del belicismo y la culpa por la guerra. Naturalmente, si Ivolsky, Poincaré y Grey hubieran podido sospechar el estado actual de sus países, habrían renunciado al propósito de conseguir el resultado político deseado mediante el cerco ya puesto alrededor de Alemania con una guerra cuyas operaciones estratégicas iniciales comenzaron en 1911 en Trípoli y en 1912 en los Balcanes. Pero, ¿acaso una renuncia así habría detenido, siquiera por una década, la violenta descarga de la tensión, no sólo política, quizá con otra distribución distinta y menos grotesca de las potencias? Los hechos son siempre más fuertes que los hombres, y el círculo de lo posible es siempre, aun para un gran estadista, mucho más reducido de lo que el profano piensa. ¿Y qué hubiera cambiado históricamente con ello? La forma y el ritmo de la catástrofe, pero no la catástrofe misma. Ésta fue el final inevitable de un siglo de evolución occidental que, desde Napoleón, se dirigía hacia él con creciente agitación.

Hemos ingresado en la era de las guerras mundiales. La misma comienza en el siglo XIX y se extenderá a través de todo el actual y, probablemente, del siguiente. Significa la transición del mundo de los Estados del siglo XVIII al *Imperium mundi*. Corresponde a los dos terribles siglos entre Canas y Accio que, partiendo de la forma del conjunto de Estados helenísticos – con Roma y Cartago incluidas –

condujeron al *Imperium Romanum*. Así como éste abarcaba la esfera de la civilización antigua y sus irradiaciones – el mundo mediterráneo –, el *Imperium mundi* será por un tiempo no determinable el destino del globo terrestre. El imperialismo es una idea, sean o no concientes de ella sus portadores y ejecutores. En nuestro caso es posible que no llegue jamás a realizarse plenamente, que sea estorbada por otras ideas que cobren vida fuera del mundo de los pueblos blancos; pero late, como tendencia hacia una gran forma histórica, en todo lo que hoy sucede,

Vivimos hoy en una «época intermedia». El mundo de Estados del Occidente fue en el siglo XVIII una construcción de estilo estricto, como las creaciones coetáneas de la música y la matemática. Fue una forma de carácter distinguido, no sólo en su existencia sino también en sus actos y opiniones. En todas partes imperó una antigua y poderosa tradición. Había convenciones distinguidas sobre la manera de gobernar, sobre la oposición, sobre las relaciones diplomáticas y bélicas de los Estados entre sí, sobre el admitir la derrota y sobre las exigencias y las concesiones en los tratados de paz. El honor desempeñaba aún un papel indiscutido. Todo ocurría ceremoniosa y cortésmente, como en un duelo.

Desde el momento en que Pedro el Grande funda en Petersburgo un Estado de formas occidentales, la palabra «Europa» comienza a penetrar en el lenguaje cotidiano de las naciones occidentales y por consiguiente, como de costumbre, a deslizarse inadvertida en el pensamiento político práctico y en la tendencia histórica. Hasta entonces había sido un término académico de la ciencia geográfica a la que el trazado de mapas había hecho progresar desde el descubrimiento de América. Es muy característico que, instintivamente, no se considerase parte de Europa al Imperio Otomano, que por aquél entonces todavía era una verdadera gran potencia y poseía toda la península de los Balcanes y parte del sur de Rusia. Y Rusia misma no contaba, en el fondo, más que como el gobierno de Petersburgo. ¿Cuántos de los diplomáticos occidentales de aquél tiempo conocían Astracán, Nishnij Novgorod o incluso Moscú y los incorporaban íntimamente a «Europa»? La frontera de la cultura occidental se mantuvo siempre allí donde la colonización alemana se había detenido.

En esta «Europa» Alemania constituía el centro; no era un Estado, sino un campo de batalla para los verdaderos Estados. En él se decidía, con sangre alemana en gran parte, a quién habrían de pertenecer la India, África del Sur y Norteamérica. Al Este se extendían Rusia, Austria y Turquía. Al Oeste, España y Francia, los imperios coloniales declinantes a los que la Inglaterra insular le había arrebatado la primacía: a los españoles, definitivamente en 1713, y a los franceses desde 1763. Inglaterra llegó a ser la potencia directora en este sistema, y no sólo como Estado sino también como estilo. Se hizo riquísima en comparación con el «continente» – Inglaterra no se consideró nunca como parte integrante de «Europa» –, y empleó esa riqueza en reclutar soldados, marineros y Estados mercenarios enteros que defendían, a cambio de subsidios, los intereses de la isla.

A finales del siglo España había dejado de ser hacia tiempo una gran potencia y Francia estaba destinada a seguir su suerte. Ambos pueblos estaban envejecidos y gastados, orgullosos, pero fatigados, orientados hacia el pasado, sin una verdadera ambición – que no debe confundirse con vanidad – de desempeñar también en el porvenir un papel creativo. Si los planes de Mirabeau en 1789 hubieran tenido éxito, habría nacido una monarquía constitucional relativamente duradera que se habría contentado, en esencia, con la tarea de satisfacer las apetencias rentistas de los burgueses y los campesinos. Bajo el Directorio existió la probabilidad de que el país, resignado y harto de todos los ideales, se diese por satisfecho con cualquier clase de gobierno que le garantizase la tranquilidad exterior e interior. Fue entonces que llegó Napoleón, un italiano que había elegido a París como base de sus objetivos de poder, y creó dentro de sus ejércitos ese último tipo de francés que durante todo un siglo ha mantenido aún a Francia en pie de gran potencia: valeroso, elegante, jactancioso, rudo, poseído por la alegría de matar, saquear y destruir; con un ímpetu sin finalidad, sólo por el ímpetu mismo, de tal forma que todas sus victorias, a pesar de un inaudito derramamiento de sangre, no le han procurado a Francia la menor ventaja permanente. Este tipo de francés conquistó con ello tan sólo la fama; ni siquiera el honor. En el fondo, se trataba de un ideal jacobino que, frente al ideal girondino de los pequeños rentistas y los burgueses, nunca consiguió la mayoría pero sí siempre el poder. Con él ingresan a la política, sustituyendo las formas distinguidas del *ancien régime*, formas francamente plebeyas: la nación como masa inarticulada, la guerra como movilización de masas, la batalla como derroche de vidas humanas, los tratados brutales de paz, la diplomacia de las trampas leguleyas carente de buenas maneras. Pero Inglaterra necesitó de toda Europa y de toda su riqueza propia para destruir esta creación de un solo hombre, la cual sobrevivió, sin embargo, como idea. En el Congreso de Viena venció de nuevo el siglo XVIII sobre la nueva época. A eso, desde entonces, se lo llamó «conservador».

Fue sólo una victoria aparente, cuyo resultado estuvo constantemente en tela de juicio durante todo el siglo. Metternich, cuya visión política – dígame lo que se quiera en cuanto a su persona – penetraba más hondamente en el futuro que la de ningún estadista posterior a Bismarck, lo vio así con implacable claridad: «Mi pensamiento más secreto es que la vieja Europa está en los comienzos de su fin. Decidido a hundirme con ella, sabré cumplir con mi deber. Por otro lado, la nueva Europa está aún en formación; entre el fin y el principio habrá un caos.» Sólo para evitar por el mayor tiempo posible este caos nació el sistema del equilibrio de las grandes potencias, iniciado con la Santa Alianza entre Austria, Prusia y Rusia. Se concertaron tratados, se buscaron alianzas y se celebraron Congresos para evitar en lo posible toda conmoción en una «Europa» política que no la hubiera soportado. Y cuando, a pesar de todo, estallaba una guerra entre las potencias, las neutrales se armaban inmediatamente para, llegada la paz, mantener el equilibrio a pesar de los pequeños desplazamientos de fronteras. De ello, el ejemplo clásico es la guerra de Crimea. Sólo tuvo éxito una nueva construcción política: Alemania, la creación personal de Bismarck, se convirtió en una gran potencia y precisamente en el centro del sistema de las antiguas. En este simple hecho reside el germen de una tragedia ineludible. Pero mientras reinó Bismarck –

y reinó en Europa más que Metternich en su momento – nada cambió en el conjunto político. Europa estaba encerrada en si misma y nadie se mezclaba en sus asuntos. Las potencias mundiales eran, sin excepción, potencias europeas y el miedo a que este estado de cosas terminara (lo que Bismarck llamaba *le cauchemar des coalitions* se relaciona con esto) orientaba la diplomacia de todas las naciones participantes.

Sin embargo y a pesar de todo, ya en 1878 la época se hallaba madura para la primera guerra mundial. Los rusos estaban ante Constantinopla; Inglaterra quería intervenir; Francia y Austria, también; la guerra se habría extendido en el acto a Asia y África y quizá a América, pues la amenaza enderezada contra la India desde el Turquestán, la cuestión del dominio sobre Egipto y el canal de Suez y los problemas planteados en China, complicaban la situación, y detrás de todo ello latía la competencia iniciada entre Londres y Nueva York, la cual no había olvidado las simpatías inglesas por los Estados del Sur en la Guerra de Secesión. Sólo la superioridad personal de Bismarck aplazó hacia el porvenir la decisión relacionada con las grandes cuestiones de poder – una decisión inviable por caminos pacíficos – pero al precio de que, desde ese momento, en lugar de guerras verdaderas, surgiera una competencia armamentista previendo guerras posibles. Apareció una nueva forma de guerra bajo la superación recíproca en cantidad de soldados, de cañones, de inventos y de disponibilidades financieras, que fue llevando la tensión hasta lo intolerable. Y precisamente por entonces, sin que la Europa de la época de Bismarck se diese cuenta, el Japón, bajo Mutsuhito (1869), comenzó a transformarse en una gran potencia al estilo europeo, con ejército, táctica e industria de armamentos, y los Estados Unidos sacaron las consecuencias de la guerra civil de 1861-65, en la que el elemento de los colonos y los plantadores había sucumbido al del carbón, la industria, los Bancos y las Bolsas: el dólar comenzó a desempeñar un papel en el mundo.

Desde finales de siglo se hace clarísima la decadencia de este sistema de Estados, aunque no para los estadistas dirigentes, entre los cuales no hay ya ni uno solo de alguna importancia. Todos se agotan en las combinaciones, alianzas y acuerdos habituales; todos confían, durante el tiempo de su gestión, en la calma exterior representada por los ejércitos permanentes y todos piensan en el porvenir como en una prolongación del presente. Y por todas las ciudades de Europa y Norteamérica resuena el griterío triunfal festejando el «progreso de la Humanidad», demostrado diariamente por la longitud de los ferrocarriles y de los editoriales periodísticos, por la altura de las chimeneas de las fábricas, por las cifras electorales de los partidos radicales, por el brillo de las planchas de acero de los acorazados y por los paquetes accionarios depositados en las cajas de caudales. Fue una algarabía triunfal que ahogó el estampido de los cañones americanos contra los buques españoles en Manila y en la Habana; incluso tapó el de los nuevos obuses con los cuales los hombrecitos amarillos, mimados y admirados por la tonta Europa, le demostraron sobre cuán débiles fundamentos se asentaba su superioridad técnica y a Rusia, que mantenía sus ojos puestos sobre su frontera occidental, le recordaron con gran énfasis la existencia del Asia.

En todo caso, Rusia tenía precisamente por entonces buenos motivos para ocuparse de «Europa». Era seguro que Austria Hungría no sobreviviría al emperador Francisco José – o bien lo haría apenas – y surgía el interrogante en cuanto a la forma en que habría de realizarse el nuevo ordenamiento de aquellos vastos dominios y de si tal reordenamiento sería posible sin una guerra. Dentro del Imperio danubiano, además de distintos planes y tendencias incompatibles entre sí, estaban las ideas de los vecinos esperanzados y, más allá de ellas, estaban las expectativas de las demás potencias que deseaban un conflicto en ese lugar para perseguir en otra parte sus propios objetivos. El sistema de Estados de Europa, como unidad, llegaba a su fin y la guerra mundial, aplazada en 1878, amenazaba con estallar por los mismos problemas y en el mismo lugar. Así transcurrió 1912.

Entretanto, el mencionado sistema comenzó a tomar una forma que aún perdura y que recuerda el *Orbis terrarum* de los siglos helenísticos y romanos: en el centro se hallaban por entonces los antiguos Estados-ciudades de los griegos, romanos y cartagineses, y a su alrededor se ubicaba el círculo de territorios «fronterizos» que suministraba los ejércitos y el dinero para las decisiones de ese centro. De la herencia de Alejandro Magno procedían Macedonia, Siria y Egipto; de la de Cartago, África y España. Roma había conquistado la Italia septentrional y meridional y César añadió las Galias. La lucha por quién habría de organizar y regir el futuro Imperio fue sostenida, desde Aníbal y Escipión hasta Antonio y Octavio, con los medios de los grandes territorios fronterizos. Y de la misma forma evolucionaron las circunstancias en las últimas décadas anteriores a 1914. Una gran potencia de estilo europeo era un Estado que mantenía en armas, en suelo europeo, a unos cuantos centenares de miles de hombres. Poseía dinero y material suficientes para, llegado el caso, multiplicar esa cantidad por diez en un período de tiempo determinado y dominaba en otras partes del mundo amplios territorios marginales que – con sus puntos de apoyo para las flotas, sus tropas coloniales y una población de productores de materias primas y consumidores de productos – constituían el fundamento de la riqueza y, con ello, la fuerza de choque militar de la metrópoli. El África occidental francesa y del Asia rusa representaron, en cierto modo, la forma actualizada del *Empire* inglés mientras que, en Alemania, la incapacidad de los ministros y los partidos había dejado pasar durante décadas enteras la ocasión de fundar en el África central un gran imperio colonial que, en caso de guerra y aun sin enlace con la metrópoli, habría constituido un poder y, en todo caso, habría impedido el alejamiento total del mar. Del apresurado afán de dividir el mundo aun disponible en esferas de intereses resultaron los graves roces entre Inglaterra y Rusia, en Persia y en el golfo de Tshili; entre Inglaterra y Francia en Fashoda, entre Francia y Alemania en Marruecos, y entre todas estas potencias en China.

Por todas partes había motivos para una gran guerra que, con diferente distribución de los adversarios, se hallaba constantemente a punto de estallar. En el caso de Fashoda y en el conflicto ruso-japonés, entre Rusia y Francia de un lado e Inglaterra y Japón de otro; hasta que, en 1914, se desarrolló de una forma totalmente insensata. La última tentativa de decidir al antiguo modo y sobre suelo alemán las grandes cuestiones lejanas fue, por parte del todo el mundo, un cerco

a Alemania como «Imperio del Medio». Algo sin sentido en cuanto al fin y al lugar. Se hubiera logrado de inmediato una situación totalmente distinta, con otros fines y un desenlace diferente, si se hubiese conseguido atraer oportunamente a Rusia a una paz separada con Alemania, lo cual hubiera traído consigo obligadamente la ubicación de Rusia del lado de las potencias centrales. En la forma en que ocurrió, la guerra fue un fracaso inevitable, pues los grandes problemas están hoy tan sin resolver como entonces y no podían ser resueltos por la asociación de enemigos naturales como Inglaterra y Rusia, Japón y Norteamérica.

Esta guerra marca el fin de todas las tradiciones de la gran diplomacia cuyo último representante había sido Bismarck. Ninguno de los deplorables estadistas actuales comprende ya los deberes de su cargo ni la situación histórica de su país. Más de uno lo ha confesado después de haber sido arrastrado, perplejo y sin resistencia, por el curso de los acontecimientos. El fenómeno «Europa» llegó así a su fin de una maneta tonta e indigna.

¿Quién fue aquí el vencedor y quién el vencido? En 1918 se creía saberlo y al menos Francia mantiene obstinadamente su opinión porque no le está permitido abandonar espiritualmente *la revanche* que es su última idea en cuanto a su existencia política como gran potencia. ¿Pero Inglaterra? ¿O incluso Rusia? ¿Acaso en todo esto se habrá representado en dimensiones históricas lo que relata Kleist en su novela «El Duelo»? [\[4\]](#) ¿Ha sido «Europa» la vencida? ¿O lo fueron las potencias de la tradición? En realidad, ha nacido una nueva forma del mundo, como precondition de futuras decisiones que irrumpirán con tremenda fuerza. Rusia ha sido espiritualmente reconquistada por Asia y es discutible que el *Empire* inglés tenga todavía su centro de gravedad en Europa. El resto de «Europa» se encuentra entre Asia y América – entre Rusia y Japón al Este y Norteamérica y los *dominions* ingleses al Oeste. En el fondo, «Europa» hoy en día está constituido tan sólo por Alemania, que vuelve a adquirir su antigua categoría de potencia fronteriza contra «Asia»; por Italia, que será una potencia mientras Mussolini viva y que logrará quizá en el Mediterráneo su mayor base para ser una verdadera potencia mundial; y por Francia, que se considera nuevamente dueña de Europa y a cuyas instituciones políticas pertenecen la Sociedad de Naciones en Ginebra y el grupo de los Estados del sureste. Pero todos éstos son quizá, o probablemente, fenómenos pasajeros. La transformación de las formas políticas del mundo marcha rápidamente hacia adelante, y nadie puede imaginar cuál será dentro de unas cuantas décadas el aspecto de los mapas de Asia, África e, incluso, América,

## 5. Lo que Metternich entendía por caos

Lo que Metternich entendía por caos y quería mantener alejado de Europa por el mayor tiempo posible con su actividad resignada e infecunda, orientada tan sólo a la conservación de lo existente, no era tanto el derrumbe de ese sistema de Estados y el equilibrio de las potencias, como el derrumbe paralelo en las distintas naciones de la propia soberanía del Estado; una soberanía que desde entonces, incluso como concepto, se ha perdido a los efectos prácticos. Lo que hoy reconocemos como «orden» y fijamos en constituciones «liberales» no es más que una anarquía hecha costumbre. La llamamos democracia, parlamentarismo o soberanía popular; pero de hecho no es sino la simple ausencia de una autoridad consciente de su responsabilidad; es la inexistencia de un Gobierno y, con ello, de un verdadero Estado.

La historia humana en la edad de las culturas superiores es la historia de los poderes políticos. La forma de esta historia es la guerra. También la paz forma parte de ella. Es la continuación de la guerra con otros medios: por parte de los vencidos es la tentativa de libertarse de las consecuencias de la guerra por medio de tratados y, por parte del vencedor, es la tentativa de perpetuar dichas consecuencias. Un Estado es el «estar en forma» de una unidad nacional, por él constituida y representada, para poder hacerle frente a guerras reales y posibles.

Cuando este «estar en forma» es muy vigoroso, posee ya por sí mismo el valor de una guerra victoriosa ganada sin armas, sólo por el peso del poder disponible. Cuando es débil, equivale a una derrota constante en las relaciones con otras potencias. Los Estados son unidades puramente políticas, unidades de un poder que actúa hacia afuera. No están ligados a unidades de raza, idioma o religión, sino que se ubican por encima de ellas. Cuando coinciden o pugnan con tales unidades, su fuerza se hace, por regla, menor – nunca mayor – a consecuencia de la contradicción interna. La política interior existe tan sólo para asegurar la fuerza y la unidad de la exterior. Allí donde persigue fines distintos, particulares, comienza la decadencia, el estar «fuera de forma» del Estado.

Al «estar en forma» por parte de una potencia como Estado entre Estados pertenece, sobre todo, el vigor y la unidad de la conducción, del gobierno, de la autoridad, sin la cual el Estado de hecho no existe. Estado y Gobierno son la misma forma, ya sea como existencia o como actividad. Las potencias del siglo XVIII estaban en forma, rigurosamente determinada por la tradición dinástica, cortesana y social y ampliamente idéntica con ella. El ceremonial, el tacto de la buena sociedad, las maneras distinguidas de actuar y tratar son tan sólo una expresión visible de ello. También Inglaterra estaba «en forma»: su situación insular substituía rasgos esenciales del Estado y en el Parlamento gobernante existía una forma plenamente aristocrática y muy eficaz, fijada por viejos usos, de tratar los asuntos. Francia llegó a la revolución no porque «el pueblo» se alzara contra el absolutismo, que allí no existía ya, ni tampoco por la miseria y las deudas de la nación, mucho mayores en otras, sino porque la autoridad estaba en vías de disolución. Todas las revoluciones comienzan con la desintegración de la soberanía del Estado. Una revuelta callejera no puede tener ese efecto. Se

produce sólo como consecuencia de esa desintegración. Una república moderna no es más que la ruina de una monarquía que se ha abandonado a si misma.

Con el siglo XIX, las potencias pasan de la forma del Estado dinástico a la del Estado nacional. Pero ¿qué significa esto? Naciones, esto es: pueblos cultos, existían ya desde mucho tiempo atrás. En general, coincidían también con el área de poderío de las grandes dinastías. Estas naciones eran ideas en el sentido en que Goethe habla de la idea de su existencia: constituían la forma interior de una vida significativa que, inconsciente e inadvertidamente, se concreta en cada hecho y en cada palabra. Pero «*la nation*» en el sentido de 1789 fue un ideal racionalista y romántico; la imagen de una expresión de deseos con una tendencia manifiestamente política, por no decir social. Esto ya nadie puede distinguirlo en esta época superficial. Un ideal es el resultado de una reflexión, un concepto o una tesis, que ha de ser formulada para «tener» el ideal. A consecuencia de ello, pronto se convierte en una frase hecha que se emplea sin darle ya contenido mental alguno. En cambio, las ideas carecen de palabras. Rara vez, o nunca, emergen en la conciencia de sus portadores y apenas pueden ser formuladas en palabras por los demás. Tienen que ser sentidas en la imagen del acontecer y descritas en sus realizaciones. No se dejan definir. No tienen nada que ver con deseos ni con fines. Son el oscuro impulso que adquiere forma en algo viviente y tiende a realizarse en una dirección a manera de destino, más allá de la vida individual. Es la idea de lo Romano, la idea de las Cruzadas, la idea fáustica de la aspiración al infinito.

Las verdaderas naciones son ideas, incluso todavía hoy. Pero lo que el nacionalismo quiere decir desde 1789 se caracteriza ya por confundir la lengua materna con el lenguaje escrito de las grandes ciudades en el que cada uno aprende a leer y escribir; esto es: con el lenguaje de los periódicos y las revistas que ilustran a todo ciudadano sobre el «derecho» de la nación y sobre su necesaria liberación de cualquier cosa. Las verdaderas naciones son, como todo cuerpo viviente, de rica articulación interna; por su mera existencia constituyen ya una especie de orden. Pero el racionalismo político entiende por «nación» la libertad de, y la lucha contra, todo orden. Nación equivale, para él, a masa amorfa y sin estructura, sin dueño ni finalidad. A esto lo llama soberanía del pueblo. Es característico que se olvide del pensamiento y el sentimiento del campesinado; desprecia los usos y costumbres de la auténtica vida popular a la cual pertenece muy especialmente el respeto por la autoridad. Es que no conoce respeto alguno. Conoce sólo principios procedentes de teorías. Sobre todo el principio plebeyo de la igualdad, esto es: la sustitución de la odiada calidad por la cantidad y de la envidiada capacidad por el número. El nacionalismo moderno substituye el pueblo por la masa. Es por completo revolucionario y urbano.

Lo más funesto de todo es el ideal del gobierno del pueblo «por sí mismo». Un pueblo no puede gobernarse a sí mismo, como tampoco mandarse a sí mismo un ejército. Tiene que ser gobernado, y así lo quiere también mientras posee instintos sanos. Pero lo que se quiere decir con eso del «gobierno del pueblo» es algo muy distinto: el concepto de la representación popular adquiere inmediatamente el

papel principal en cada uno de esos movimientos. Llegan personas que autodenominan «representantes» del pueblo y se ofrecen como tales. Pero se proponen «servir al pueblo»; lo que quieren es servirse del pueblo para fines propios, más o menos sucios, entre los cuales la satisfacción de la vanidad es el más inocente de todos. Combaten a los poderes tradicionales para ocupar su lugar. Combaten el orden del Estado porque el Estado impide el tipo de actividad que realizan. Combaten toda clase de autoridad porque no quieren ser responsables ante nadie y ellos mismos huyen de toda responsabilidad. Ninguna constitución contiene una instancia ante la cual tengan que justificarse los partidos políticos. Combaten, sobre todo, la forma cultural lentamente crecida y madurada del Estado, porque no la poseen íntimamente – como sí la poseía la “buena sociedad”, la *society* del siglo XVIII – y perciben, por lo tanto, como coerción lo que no lo era para el hombre culto. De este modo nace la «democracia» del siglo, que no es forma, sino ausencia de forma en todo sentido y por principio. Nacen así también el parlamentarismo como anarquía constitucional y la república como negación de toda clase de autoridad.

De este modo, los Estados europeos perdieron tanto más la forma cuanto más «progresivamente» fueron gobernados. Éste fue el caos que movió a Metternich a combatir a la democracia sin distinción de orientaciones – tanto a la romántica de las guerras de independencia como a la racionalista de los asaltantes de la Bastilla, reunidas luego en 1848 – y a ser igualmente conservador frente a todas las reformas. Desde entonces, en todos los países se formaron partidos políticos; esto es, aparte de idealistas individuales se constituyeron grupos de políticos profesionales de dudoso origen y más que dudosa moral: periodistas, abogados, corredores de Bolsa, literatos, funcionarios partidarios. Gobernaron representando a sus intereses. Los monarcas y los ministros habían sido siempre responsables ante alguien, por lo menos ante la opinión pública. Sólo estos grupos no tenían que rendir cuentas ante nadie. La prensa, nacida como órgano de la opinión pública, servía ya desde mucho tiempo atrás a quien la pagaba. Las elecciones, otrora expresión de esa opinión pública, llevaban a la victoria al partido detrás del cual se congregaban los poseedores de dinero más importantes. Si a pesar de todo existía aún una especie de orden estatal, de gobierno escrupuloso y de autoridad, era por los restos de las formas del siglo XVIII que se conservaban en figura de la monarquía, por muy constitucional que fuera, y por los restos que subsistían en los cuerpos de oficiales, en la tradición diplomática y, en Inglaterra, en los antiquísimos usos del Parlamento, sobre todo de la Cámara Alta y en sus dos partidos. A ellos se deben todos los logros estatales obtenidos a pesar de los parlamentos. Si Bismarck no hubiera podido apoyarse en su rey habría sucumbido en el acto frente a la democracia. El diletantismo político, cuya palestra eran los parlamentos, veía consecuentemente también con desconfianza y odio a estos poderes tradicionales. Los combatió a fondo sin considerar las consecuencias externas. De este modo la política interior llegó a ser en todas partes un ámbito que, rebasando ampliamente su verdadera importancia, atrajo forzosamente la actividad de todos los estadistas experimentados haciendo que en él derrocharan su tiempo y sus energías. Por esta política interior se olvidó, y se quiso olvidar, el sentido original de la conducción del Estado que es la dirección de la política

exterior. Éste es el estado intermedio anarquista que hoy se llama democracia y que, desde la destrucción de la soberanía monárquica del Estado por parte del racionalismo político plebeyo, conduce a un cesarismo futuro que hoy comienza a anunciarse en silencio con tendencias dictatoriales y que está destinado a reinar sin límites sobre las ruinas de la tradición histórica.

## **6. La economía es más poderosa que la política. Origen de la catástrofe económica.**

Entre las señales más graves de la decadencia de la soberanía del Estado se cuenta el hecho de que, durante el curso del siglo XIX llegó a predominar la impresión de que la economía es más importante que la política. De las personas que hoy intervienen de algún modo en las decisiones, no hay apenas una que rechace resueltamente tal afirmación. No sólo se considera al poder político como un elemento más de la vida pública cuya misión principal – cuando no la única – es servir a la economía, sino que se espera que la política se someta por completo a los deseos y a los criterios de la economía y, finalmente, que sea capitaneada por los directores de la economía. Así ha sucedido realmente en amplia escala y el resultado de ello es algo que nos enseña la historia contemporánea.

En realidad, en la vida de los pueblos la política y la economía son inseparables. Son, como no puedo dejar de repetir, dos aspectos de la misma vida, pero pasa con ellos lo que con el mando de un buque y la consignación de su carga. A bordo, la primera persona es el capitán, no el comerciante al que pertenece la mercadería cargada. Si hoy predomina la impresión de que la dirección de la economía es el elemento más poderoso, es porque la dirección política ha sucumbido a la anarquía partidista y no merece ya el nombre de verdadera dirección, y porque, por consiguiente, la dirección económica parece sobresalir. Pero cuando, después de un terremoto, entre las ruinas queda en pie una sola casa, esto no quiere decir que esa casa era la más importante. En la Historia, mientras la misma transcurrió «en forma» y no de un modo tumultuoso y revolucionario, el dirigente económico no ha sido jamás el dueño de las decisiones. Se adaptó a las consideraciones políticas y las sirvió con los medios que tenía a su alcance. Aunque la teoría materialista enseñe lo contrario, sin una política fuerte no ha habido nunca, en ningún lado, una economía fuerte. Adam Smith, el fundador de esa teoría, consideró la vida económica como si fuese la auténtica vida humana y el hacer dinero como el sentido de la historia, y solía calificar a los estadistas de animales dañinos. Pero justamente en Inglaterra no fueron comerciantes y fabricantes, sino políticos auténticos como los dos Pitt, los que – con una magnífica política exterior y muchas veces contra la exaltada oposición de los economistas miopes – convirtieron la economía inglesa en la primera del mundo. Fueron estadistas puros los que llevaron la lucha contra

Napoleón hasta el borde de la ruina económica, porque veían más allá del balance del año siguiente: a la inversa de lo que sucede hoy en día. En la actualidad, debido a la insignificancia de los estadistas dirigentes, personalmente interesados casi todos en negocios particulares, el hecho es que la economía interviene decisivamente en las resoluciones. Pero ahora ya se trata de la economía. en su totalidad: no son sólo los Bancos y los grupos económicos, con o sin disfraz partidario, sino también aquellos grupos orientados al aumento de los salarios y a la disminución del trabajo que se llaman partidos obreros. Y esto último es la consecuencia necesaria de lo primero. Ésa es la tragedia de toda economía que quiere auto-asegurarse políticamente. También esto comenzó en 1789 con los girondinos que quisieron convertir los negocios de la burguesía pudiente en el sentido de la existencia de los poderes del Estado, cosa que luego, bajo Luis Felipe, el rey burgués, pasó a ser en gran medida un hecho consumado. La sospechosa consigna de «*Enrichissez-vous*» se ha convertido en moral política. Ha sido demasiado bien comprendida y seguida, y no sólo por el comercio y la industria y por los políticos mismos, sino también por la clase asalariada que por aquél entonces – 1848 – también se aprovechó de las ventajas del derrumbe de la soberanía del Estado. Con ello adquiere una tendencia económica la larvada revolución de todo el siglo que terminó recibiendo el nombre de democracia y que se enfrentó periódicamente al Estado mediante revueltas masivas, con elecciones o barricadas, y con «representantes del pueblo» que en el parlamento obligan ministros a renunciar y niegan aumentos de presupuesto. Sucedió también en Inglaterra, donde la teoría librecambista del manchesterianismo fue aplicada por las *Trade Unions* a la práctica de comerciar con la mercancía «trabajo»; algo que Marx y Engels desarrollaron luego teóricamente en el Manifiesto comunista. Con esto se completa ya la suplantación de la política por la economía; el Estado termina sustituido por el mostrador, los diplomáticos por los dirigentes de las organizaciones obreras. Es en esto y no en las consecuencias de la guerra mundial que yacen los gérmenes de la catástrofe económica actual. La misma no es, con toda su gravedad, más que una consecuencia del derrumbe del poder del Estado.

La experiencia histórica hubiera debido servir de advertencia al siglo. Sin la garantía de una dirección estatal orientada hacia una política de poderío ninguna empresa económica ha logrado realmente jamás sus objetivos. Es un error argumentar en contrario las expediciones de saqueo de los vikingos con las que se inicia el dominio marítimo de los pueblos occidentales. El objetivo de los vikingos era, evidentemente, el botín – si formado por territorios, personas o tesoros, es una pregunta que viene en segundo término. Pero la nave era un Estado de por sí; y el plan de navegación, el mando supremo y la táctica, eran auténtica política. Allí donde el barco se convirtió en flota se fundaron en seguida Estados y precisamente con gobiernos de manifiesta soberanía, como en Normandía, Inglaterra y Sicilia. La Hansa alemana habría seguido siendo una gran potencia económica si Alemania misma hubiera llegado a serlo políticamente. Desde que terminó esa poderosa alianza de ciudades – cuya protección política nadie entendió como misión de un Estado alemán – Alemania quedó excluida de las grandes combinaciones económicas mundiales del Occidente. Sólo en el siglo

XIX volvió a intervenir en ellas, y no por esfuerzos privados sino tan sólo por la creación política de Bismarck que fue la precondition para el escalamiento imperialista de la economía alemana.

El imperialismo marítimo, esa expresión del impulso fáustico hacia el infinito, comenzó a adquirir formas de gran envergadura cuando, en 1453, la conquista de Constantinopla por los turcos cerró políticamente los caminos económicos de Asia. Este fue el motivo profundo del descubrimiento de la ruta marítima de las Indias orientales por los portugueses y del descubrimiento de América por los españoles, detrás de quienes estaban las grandes potencias de la época. Las motivaciones impulsoras en lo individual fueron la ambición, el placer por la aventura, el combate y el peligro, la sed de oro; pero no los «buenos negocios». Las tierras descubiertas tenían que ser conquistadas y dominadas; tenían que fortalecer el poder de los Habsburgos en las combinaciones europeas. El Imperio en el que no se ponía el sol era una construcción política; el resultado de una excelente conducción del Estado y sólo en esa medida fue un campo propicio para éxitos económicos. No fue diferente cuando Inglaterra conquistó la primacía, no por su fuerza económica, inexistente al principio, sino por el inteligente gobierno de la nobleza, fuese ésta *torie* o *whig*. Inglaterra se hizo rica gracias a las batallas, no gracias a la contabilidad y a la especulación. Por eso el pueblo inglés – por muy «liberal» que haya sido al hablar y al pensar – fue, sin embargo y en la práctica, el más conservador de Europa. Conservador en el sentido de mantener todas las formas de poder del pasado, hasta en sus más mínimos detalles ceremoniales, aunque causaran risa y a veces desprecio. Mientras no se vislumbrara una forma nueva más fuerte Inglaterra conservó todas las antiguas: los dos partidos, la manera en que el Gobierno se mantenía independiente del Parlamento en sus decisiones, la Cámara Alta y la realeza como factores de sensatez en situaciones críticas. Este instinto ha salvado una y otra vez a Inglaterra, y si hoy se extingue, su extinción significará no sólo la pérdida de su posición política mundial, sino también de la económica. Mirabeau, Talleyrand, Metternich y Wellington no entendían nada de economía. Lo cual es, desde luego, criticable. Pero peor hubiera sido que un especialista en Economía tratara de hacer política en lugar de ellos. Recién cuando el imperialismo queda en manos de mercaderes económicos y materialistas, cuando cesa de constituir una política de poderío, recién entonces decae rápidamente desde el interés de quienes conducen la economía hasta el ámbito de la lucha de clases de quienes ejecutan el trabajo. De este modo se desintegran las grandes economías nacionales y arrastran consigo a las grandes potencias hacia el abismo.

## **7. La transformación de los ejércitos y pensamientos estratégicos.**

Desde 1789, los ejércitos permanentes del siglo XIX constituyen el fenómeno de consecuencias más numerosas de la revolución «nacional». Los ejércitos profesionales de los Estados dinásticos fueron substituidos por ejércitos de masas basados en el servicio obligatorio. Esto, en última instancia, respondió a un ideal jacobino: la *levée en masse* de 1792 se correspondió con la nación entendida como una masa que había de ser organizada en perfecta igualdad sustituyendo así a la antigua nación articulada en estamentos. Que luego, en medio de los ataques de estas masas uniformadas, surgiera algo totalmente distinto: un entusiasmo magnífico, bárbaro y nada teórico por el peligro, por el dominio y por la victoria; que apareciera lo que quedaba de raza sana, lo que de heroísmo nórdico alentaba aún en aquellos pueblos, eso constituyó una experiencia que no tardaron en hacer los apasionados por los «derechos del hombre». La sangre fue nuevamente más fuerte que el espíritu. El teórico entusiasmo por el ideal del «pueblo en armas» había tenido un objetivo muy diferente al de la liberación de estos instintos elementales. Había apuntado a algo más consciente y más racionalista; también en Alemania y sobre todo después de las guerras de liberación dónde terminó impulsando las revoluciones de 1830 y 1848. Estos ejércitos, «*en los que no había diferencia alguna entre altos y bajos; ricos y pobres*», debían ser una copia de la nación futura, en la que todas las diferencias de rango, fortuna y capacidad quedarían suprimidas de algún modo. Este era el pensamiento secreto de muchos de los voluntarios de 1813, pero también el de la Joven Alemania literaria (Heine, Herwegh, Freiligrath) y de muchos hombres de la Paulskirche (como Uhland). Para ellos, lo decisivo era el principio de la igualdad inorgánica. Las personas del nivel de Jahn y de Arndt no sospecharon que había sido la igualdad la que, en las matanzas de septiembre de 1792, había hecho resonar por vez primera el grito de «*¡Vive la nation!*»

Todos pasaron por alto un hecho fundamental: el romanticismo de las canciones populares mencionaba sólo del heroísmo de los soldados comunes. Pero el valor interno de estos ejércitos – al principio constituidos por meros principiantes en la profesión bélica – su espíritu, su disciplina, su preparación, dependía de las cualidades del cuerpo de oficiales, y su «estar en forma» reposaba por completo sobre las tradiciones del siglo XVIII. Incluso entre jacobinos una tropa vale moralmente tanto como el oficial que la ha educado con su ejemplo. En Santa Elena, Napoleón reconoció que no habría sido vencido si – además del magnífico material de los soldados de sus ejércitos – hubiese podido disponer de un cuerpo de oficiales como el austriaco, en el que se mantenían vivas aún las tradiciones caballerescas de fidelidad, honor y disciplina silenciosa y abnegada. Si estos cuadros de mando vacilan en sus opiniones y en su comportamiento, o si renuncian a desempeñar su papel como en 1918, cualquier regimiento valeroso se convierte instantáneamente en un rebaño cobarde e indefenso.

Dada la rápida descomposición de las formas de poder en Europa pareció necesitarse un milagro para que este medio de poder consiguiera resistir. Y, sin embargo, así fue. Los grandes ejércitos han sido el elemento más conservador del siglo XIX. Ellos – y no la monarquía debilitada, ni la nobleza, ni incluso la Iglesia – mantuvieron en pie la forma de la autoridad del Estado contra las tendencias

anarquistas del liberalismo. «*Lo que surgirá de los escombros no lo puede hoy saber nadie. Se ha alzado, no sólo en Austria sino en toda Europa tan duramente apremiada, un elemento de fuerza: los ejércitos permanentes. Desgraciadamente, este elemento es sólo conservador y no creador; y precisamente lo que importa es crear*»; escribía Metternich en 1849. Todo esto dependía exclusivamente de las firmes opiniones del cuerpo de oficiales, transmitidas por ellos a sus hombres. Allí donde en 1848 y después hubo motines y sublevaciones, la culpa residió en la inferioridad moral de los oficiales. Generales politizados, que pretendieron derivar de su rango militar la facultad y el derecho a formular juicios de estadista para tratar de actuar en consecuencia, los ha habido siempre; tanto en España y en Francia como en Prusia y en Austria. Pero el cuerpo de oficiales en su conjunto se prohibió a sí mismo y en todas partes una opinión política propia. Sólo los ejércitos, no las coronas, resistieron en 1830, 1848 y 1870.

Los ejércitos fueron también los que, desde 1870, evitaron la guerra, pues nadie se atrevió ya a poner en movimiento un poder tan enorme, por miedo a sus incalculables efectos. Con ello, hicieron viable ese anormal estado de paz de 1870 a 1914 que hoy nos hace casi imposible juzgar acertadamente la situación presente. En lugar de las guerras inmediatas surgió la guerra mediata bajo la forma de un constante incremento de los preparativos bélicos, del ritmo del armamentismo y los inventos técnicos; una guerra en la que también hubo victorias, derrotas y acuerdos de paz pasajeros. Pero esta forma de conducir la guerra en forma solapada presupone una riqueza nacional como sólo las naciones con una gran industria la han desarrollado. Consistía en gran parte en esa industria misma, en la medida en que representaba un capital, y tenía por premisa la existencia del carbón sobre el que descansaba la industria. Para hacer la guerra hace falta dinero; pero más dinero todavía hace falta para la preparación de una guerra. De este modo, la misma gran economía industrial se convirtió en un arma; cuanto más productiva era, tanto más decisivamente aseguraba el éxito de antemano. Cada alto horno, cada fábrica de maquinaria fortalecía la preparación para la guerra. Las perspectiva de una operación militar exitosa dependían cada vez más de la posibilidad de disponer de una cantidad ilimitada de material, sobre todo de municiones. Sólo muy lentamente se fue adquiriendo conciencia de este hecho. Todavía en las negociaciones de la paz de 1871, Bismarck le otorgaba valor tan sólo a puntos estratégicos como Metz y Belfort y ninguno a los yacimientos minerales de Lorena. Pero todo cambió cuando después se descubrió, tal como realmente existía, *toda* la relación entre la economía y la guerra, entre el carbón y los cañones. Una economía robusta llegó a ser la premisa decisiva para el desarrollo de la guerra. Por consiguiente, la economía exigió la hegemonía y los cañones comenzaron a entrar cada vez más al servicio del carbón. A esto se agregó la decadencia de la idea del Estado como consecuencia de la difusión del parlamentarismo. La economía – desde el trust al sindicato – comenzó a cogobernar y a codeterminar con su “sí” y su “no” los objetivos y los métodos de la política exterior. La política colonial y de ultramar se convirtió en una lucha por los mercados y las fuentes de materias primas para la industria; entre ellas, y cada vez más especialmente, por los yacimientos de

petróleo. Pues el petróleo comenzó a combatir al carbón y a suplantarlo. Sin los motores a petróleo no habrían habido automóviles, aeroplanos, ni submarinos.

En la misma dirección se transformó la preparación para la guerra marítima. Todavía al iniciarse la guerra civil norteamericana los buques mercantes armados equivalían casi a los buques de guerra coetáneos. Tres años más tarde, el tipo de navío Señor de los mares era ya el acorazado. De estos buques de guerra fueron surgiendo, con una construcción frenéticamente rápida, tipos cada vez más grandes y más fuertes; cada uno de los cuales quedaba anticuado al cabo de dos años. Surgieron las fortalezas flotantes de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX; máquinas enormes que, debido a su consumo de carbón, se iban haciendo cada vez más dependientes de puntos de apoyo en la costa. La antigua competencia por la primacía entre el mar y la tierra comenzó de nuevo a inclinarse en cierto sentido hacia la tierra. El que poseía los puntos de apoyo para la flota, con sus muelles y sus reservas de material, dominaba el mar independientemente de la fuerza de sus escuadras. El *Rule Britannia* reposaba, en última instancia, en la cantidad de colonias inglesas; colonias que existían para los buques y no a la inversa. Esta fue, de allí en adelante, la importancia de Gibraltar, Malta, Aden, Singapur, las Bermudas y muchos otros puntos de apoyo estratégicos similares. Se perdió de vista el sentido de la guerra en la batalla naval decisiva. Se trató de anular a la flota enemiga excluyéndola de las costas. Nunca hubo en el mar nada que correspondiera a los planes de operaciones de los Estados Mayores, y estas flotas de guerra no han librado jamás realmente una batalla decisiva. La discusión teórica sobre el valor de los *dreadnoughts* después de la guerra ruso-japonesa se centró precisamente en que el Japón había construido el tipo, pero no lo había experimentado. También en la guerra europea los barcos de guerra permanecieron quietos en los puertos. Podrían no haber existido. Tampoco la batalla del Skagerrak fue más que tan sólo un asalto; la oferta de una batalla que la flota inglesa eludió lo mejor que pudo. Casi todos los grandes barcos que en los últimos cincuenta años han sido retirados de servicio por anticuados no han disparado nunca un tiro contra un adversario equiparable. Y hoy, la evolución del arma aérea plantea la cuestión de si no habrá pasado ya definitivamente la época de los acorazados. Quizá no queda ya más que la guerra corsaria.

Durante la guerra mundial y en tierra firme se produjo una transformación completa. Los ejércitos de masas nacionales, desarrollados hasta el último límite de sus posibilidades – un arma que, en contraposición a la flota de guerra, fue verdaderamente «agotada» – acabaron en las trincheras. Hasta la capitulación, en ellas se llevó a cabo, con asaltos y salidas, el asedio de Alemania. La cantidad venció a la calidad y la mecánica a la vida. El número puso fin a aquella rapidez que Napoleón introdujo en la táctica, evidente sobre todo en la campaña de 1805 que en solo quince días le llevó a través de Ulm hasta Austerlitz, y que fue superada luego, entre 1861-65, por los americanos con el empleo de los ferrocarriles. Sin los ferrocarriles, que le hicieron posible a Alemania el desplazamiento de ejércitos enteros entre los frentes del Este y el Oeste, la guerra no habría podido ser lo que fue en cuanto a su forma y duración.

En la historia universal existen dos grandes revoluciones del arte de la guerra provocadas por un súbito incremento de la movilidad. La primera se desarrolló en los siglos siguientes al año 1000 AC cuando en algún lugar de las vastas llanuras entre el Danubio y el Amur surgió el caballo de silla. Los ejércitos montados fueron muy superiores a la infantería [5](#) . Podían surgir y desaparecer substrayéndose al ataque y a la persecución. Fue en vano que, desde el Atlántico al Pacífico, los pueblos agregasen a su infantería una caballería: la primera estorbaba los movimientos de la segunda. Y también fue inútil que, tanto el Imperio romano como el chino, se rodeasen de fosos y murallas, de las cuales la Gran Muralla china atraviesa aún hoy en día la mitad de Asia y el *limes* romano acaba de ser descubierto en el desierto Sirio-arábigo. No era, posible llevar a cabo la concentración de los ejércitos detrás de estas murallas con la rapidez exigida por los ataques imprevistos. Los mundos chino, indio, romano, árabe y occidental, con sus poblaciones de campesinos sedentarios, sucumbieron siempre, con anonadado espanto, a los partos, a los hunos, a los escitas, a los mongoles y a los turcos. Parecería ser que la vida agrícola y la vida a caballo no se compadecen espiritualmente. Incluso las hordas de Genghis Khan debieron sus victorias a su mayor rapidez.

La segunda transformación la estamos viviendo hoy mismo: es la substitución del caballo por el «caballo de fuerza» de la tecnología fáustica. Hasta la primera guerra mundial, justamente los antiguos y famosos regimientos de caballería de la Europa occidental aparecían, más que ninguna otra arma, con una aureola de orgullo caballeresco, espíritu aventurero y heroísmo. A través de siglos enteros fueron los verdaderos vikingos de la nación. Representaban la vocación militar auténtica y la vida militar genuina mucho más que la infantería del servicio militar obligatorio. Pero su porvenir es hoy ya más oscuro. Van siendo relevados por los aviones y las escuadrillas de tanques. Con ello, la movilidad rebasa las posibilidades orgánicas y entra de lleno en las inorgánicas de la máquina; aunque, por decirlo así, de la máquina individual que, al contrario del fuego redoblado impersonal de las trincheras, plantea de nuevo grandes metas al heroísmo personal.

Pero hay otro hecho que interviene aún más profundamente en el destino de los ejércitos que esta opción entre la masa y la movilidad, y que necesariamente terminará con el principio del servicio militar como deber general nacional, dominante en el Siglo pasado. Hasta 1914 la decadencia de la autoridad, la suplantación del Estado por el partido, esto es: la anarquía progresiva, se había detenido ante el ejército. Mientras un cuerpo de oficiales permanente pudo educar a tropas rápidamente renovadas, se conservaron los valores éticos del honor militar, la fidelidad y la obediencia silenciosa, el espíritu de Federico el Grande, de Napoleón y de Wellington, o sea: del siglo XVIII. Lo cual constituyó un gran elemento de estabilidad. Este elemento no comenzó a quebrantarse sino hasta que las necesidades de la guerra obligaron a confiar a oficiales muy jóvenes, rápidamente formados en la retaguardia, el mando de hombres mayores que ellos y que llevaban años enteros en campaña. También en este aspecto la prolongada paz de 1870 a 1914 detuvo una evolución que había de producirse con la

decadencia progresiva del «estar en forma» de las naciones. La tropa, y con ella las clases inferiores del cuerpo de oficiales – que veían el mundo desde abajo porque no eran jefes por vocación íntima sino a consecuencia de necesidades pasajeras – adquirieron una opinión propia sobre posibilidades políticas. Opinión que incluía reflexiones acerca de cómo hacerla triunfar y que, como es obvio, fue importada desde fuera del ejército, proveniente del enemigo o de los partidos radicales de la propia nación, a través de la propaganda o de las células subversivas. Con ello, el elemento anárquico penetró en el ejército; la única institución que hasta entonces había sabido mantenerlo a distancia. La infiltración continuó luego en los cuarteles de todos los ejércitos permanentes. A esto hay que agregar que durante cuarenta años, tanto el hombre sencillo del pueblo como el político profesional y el jefe de partido radical, temían y sobrestimaban la acción – desconocida aún – de los ejércitos modernos tanto contra otros ejércitos como contra alzamientos y rebeliones. En consecuencia, apenas si consideraban como algo real la posibilidad de ofrecerles resistencia. Antes de la guerra, los partidos socialdemócratas habían abandonado ya hacía rato la idea de hacer la revolución y la conservaban en sus programas sólo como letra muerta. Una compañía bastaba para tener en jaque a millares de civiles exaltados. Pero la guerra demostró cuán escasa es la efectividad de una tropa, incluso nutrida y provista de artillería pesada, contra nuestras ciudades de piedra cuando éstas son defendidas casa por casa. El ejército regular perdió su aureola de invencible en las revoluciones. Hoy todo recluta obligado a alistarse piensa de un modo distinto que antes de la guerra. Y con ello ha perdido la conciencia de ser un mero objeto del poder que ostenta el mando. Dudo mucho que, por ejemplo en Francia, sea aún posible una movilización general incluso contra un enemigo peligroso. ¿Qué sucederá si las masas se sustraen al servicio militar? ¿Y cuál puede ser el valor de tales tropas cuando no se sabe qué tan avanzada está su descomposición moral ni con qué fracción de hombres se puede contar realmente?

Éste es el fin del servicio militar obligatorio que tuvo como punto de partida el entusiasmo nacional por la guerra en 1792 y el principio de ejércitos voluntarios de soldados profesionales agrupados alrededor de un caudillo popular o al servicio de un gran fin. En todas las culturas – recuérdese la sustitución del ejército romano de campesinos reclutados por ejércitos mercenarios desde la época de Mario y las consecuencias subsiguientes – éste es el camino hacia el cesarismo. En el fondo, es el alzamiento de la sangre, de la raza no agotada, de la primitiva voluntad de poder, contra los poderes materialistas del dinero y del espíritu, contra las teorías anarquistas y la especulación que las utiliza, desde la democracia hasta la plutocracia.

Desde finales del siglo XVIII estas potencias materialistas y plebeyas han recurrido consecuentemente a medios bélicos por completo distintos, más adecuados a su pensamiento y a su experiencia. Junto a los ejércitos y a las flotas, destinados cada vez más a fines por completo ajenos a las naciones mismas y correspondientes sólo a los intereses financieros de grupos particulares (la denominación de «guerra del opio» ilustra esto drásticamente) se desarrollaron métodos de estrategia económica que condujeron, muchas veces «en plena paz»

a batallas, victorias y acuerdos de paz puramente económicos. El soldado auténtico – un Moltke por ejemplo – despreciaba estos métodos y subestimaba seguramente su acción. En cambio, tanto mejor supieron apreciarlos los estadistas «modernos» quienes, de acuerdo con su origen y su disposición, pensaban en primer lugar económicamente y sólo después – quizás – políticamente. La disolución progresiva de la soberanía del Estado por el parlamentarismo ofrecía la posibilidad de aprovechar en este sentido los órganos del poder estatal. Así sucedió, sobre todo en Inglaterra, que a mediados del siglo XIX se había convertido por completo en una «nación de *shopkeepers*». La potencia enemiga no había de ser sometida militarmente, sino arruinada económicamente como competidora; pero conservada como consumidora de las mercaderías inglesas. Ésa ha sido la meta del imperialismo «liberal» librecambista desde Robert Peel. Napoleón concibió el bloqueo continental como un medio puramente militar porque no disponía de ningún otro contra Inglaterra. En el continente no hizo sino crear nuevas dinastías, mientras que Robert Peel fundaba colonias comerciales y plantaciones en sitios lejanos. Pero Inglaterra no emprendió la guerra de 1914 por Francia, ni siquiera por Bélgica, sino «por el *weekend*», para terminar, de ser posible y de una vez para siempre, con Alemania como competidora económica. En 1916 empezó, junto con la guerra militar, la guerra económica siendo que la misma debía ser continuar luego de que la primera llegara, necesariamente, a su fin. Desde ese momento, los objetivos de la guerra se buscaron cada vez más decididamente en esa dirección. El tratado de Versalles no habría de fundar una era de paz, sino regular de tal modo la distribución del poder que el objetivo propuesto pudiera ser asegurado en todo momento con nuevas exigencias y medidas. De aquí la entrega de las colonias y de la flota mercante; la confiscación de los depósitos bancarios, las propiedades y las patentes en todos los países; la secesión de regiones industriales como la Alta Silesia y el territorio del Sarre; la instauración de la república de la que se esperaba, con razón, la muerte de la industria a manos de las organizaciones obreras, omnipotentes ya; y por último, las reparaciones, que, al menos a juicio de Inglaterra, no debían significar una indemnización de guerra sino una carga permanente sobre la economía alemana hasta lograr su agotamiento.

Pero con ello comenzó, muy contra la esperanza de las potencias que dictaron el tratado, una nueva guerra económica, en la que hoy nos encontramos y que forma una parte muy considerable de la presente «crisis económica mundial». La distribución del poder en el mundo había quedado completamente transformada con el fortalecimiento de los Estados Unidos y su alta finanza y con la nueva figura de Rusia. Los adversarios y los métodos cambiaron. La guerra que hoy se desarrolla con medios económicos y que en un futuro se designará quizás con el nombre de segunda guerra mundial, ha traído consigo formas completamente nuevas: la ofensiva económica bolchevique; el plan quinquenal; el ataque de los dólares y los francos a la libra; las inflaciones dirigidas desde Bolsas extranjeras y encaminadas a la destrucción de fortunas nacionales enteras; la autarquía de las economías nacionales que continuará quizás hasta el aniquilamiento de la exportación adversaria y, por tanto, de su economía de las condiciones de existencia de grandes naciones; los planes Dawes y Young como tentativas de

grupos financieros para obligar a Estados enteros a realizar trabajos forzados en beneficio de unos cuantos Bancos. En el fondo, se trata de salvar la capacidad vital de la nación propia mediante el aniquilamiento de las otras. Es la lucha de los naufragos sobre la quilla del bote volcado. Y cuando todos los demás medios se agoten, volverán a entrar en vigor los más antiguos y primitivos: los medios militares; la potencia mejor armada obligará a la más débil a cesar en su defensiva económica, a capitular y a desaparecer. Los cañones son, en último término, más fuertes que el carbón. No es posible prever cual será el desenlace de esta guerra económica; pero lo seguro es que, al final de todo, con el apoyo de ejércitos profesionales voluntarios, y por lo tanto confiables, bien instruidos y dotados de gran movilidad, se le restaurarán sus derechos históricos al Estado como autoridad y se hará retroceder a la economía a una segunda línea, que es el lugar que le corresponde.

## 8. Nuevas potencias

En esta época de transición, de la forma ausente «entre las épocas», que probablemente no ha llegado aún al máximo de la confusión y de las estructuras efímeras, se diseñan muy débilmente nuevas tendencias que apuntan más allá de ella, a un lejano futuro. Comienzan a constituirse, a estructurarse y a ubicarse los poderes destinados a desarrollar la lucha final por el dominio de nuestro planeta, y de ellos sólo uno puede dar, y dará, su nombre al *Imperium mundi* si un terrible destino no lo aniquila antes de llegar a su plena constitución. Están en vías de formación naciones de una nueva especie. No son como las de hoy: sumas de individuos coordinados, del mismo idioma; ni tampoco son como eran las de otros tiempos; como cuando, en el Renacimiento, una pintura, una batalla, un rostro, una idea, una clase de actitud moral y de opinión eran seguramente reconocidos, por su estilo y por su espíritu, como italianos a pesar de que ni siquiera existía un Estado italiano en absoluto. Las naciones fáusticas de finales del siglo XX serán afinidades electivas de hombres con igual sentimiento de la vida, con iguales imperativos de una fuerte voluntad y, evidentemente, con el mismo idioma, sin que el dominio del mismo los caracterice o los delimite. Hombres de raza fuerte; no en el sentido del actual dogma racial, sino en el mío, que apunta a los instintos vigorosos, de los cuales forma parte también una superior visión para las cosas de la realidad; instintos que hoy, en las grandes ciudades y entre los escribas de libros, no se pueden distinguir ya del «ingenio» de la simple inteligencia; hombres que se sientan nacidos para ser señores y llamados a serlo. ¿Qué importa el número? Sólo ha tiranizado al siglo pasado, genuflexo ante las cantidades. Un hombre significa mucho frente a una masa de almas esclavas, de pacifistas y de utopistas que ansían la tranquilidad a cualquier precio, incluso al de la «libertad». Es el tránsito, desde el *populus romanus* de la época de Aníbal, a los

representantes de la «romanidad» en el siglo I, parte de los cuales, como Mario y Cicerón, ni siquiera fueron «romanos».

Parece que la Europa occidental ha perdido su significado regulador; pero, salvo en política, esto es tan sólo una apariencia. La idea de la cultura fáustica ha nacido en Europa. Tiene en ella sus raíces y ganará en ella la última batalla de su historia o perecerá rápidamente. Las decisiones, cualquiera que sea el lugar en que ocurran, ocurren por Occidente, por su espíritu desde luego; no por su dinero ni por su felicidad. Pero, de momento, el poder se ha desplazado a los territorios fronterizos, al Asia y a América. En el Asia reside el poder sobre el «interior terrestre» más grande del globo. En América – los Estados Unidos y los *dominions* ingleses – está el poder sobre los océanos históricos unidos por el canal de Panamá. Sin embargo, ninguna de las potencias mundiales de estos días está lo suficientemente firme como para que pueda decirse con seguridad que dentro de cien años o de cincuenta seguirá siendo una potencia. Ni siquiera si seguirá existiendo.

¿Qué es, hoy en día, una potencia de gran envergadura? Una construcción estatal o similar a un Estado, con una dirección que tiene objetivos políticos mundiales y probablemente también los medios para concretarlos, sean cuales fueren los medios sobre los cuales se apoya: ejércitos, flotas, organizaciones políticas, créditos, grupos bancarios o industriales poderosos con intereses comunes y, por último, y sobre todo, una fuerte posición estratégica en la esfera terrestre. A todas estas potencias se las puede designar con los nombres de ciudades que albergan millones de almas y en las que se concentra su poder y su espíritu. Frente a ellas, países y pueblos enteros no son más que «provincias».

Ahí está, ante todo, «Moscú», enigmático e indescifrable para el pensamiento y el sentimiento occidental, factor decisivo para Europa desde 1812, cuando estatalmente aun pertenecía a ella, y para el mundo entero desde 1917. La victoria de los bolcheviques significa históricamente algo muy distinto de lo que significa desde el punto de vista sociopolítico o económico-teórico. El Asia reconquista a Rusia después que Europa se la había anexionado a través de Pedro el Grande. Con ello, el concepto de Europa desaparece de nuevo del pensamiento práctico de los políticos, o debería desaparecer si tuviésemos políticos de envergadura. Pero ésta «Asia» es una idea, y una idea que tiene futuro. Comparado con ella, la raza, el idioma, las costumbres populares y la religión en sus formas actuales resultan irrelevantes. Todo ello puede transformarse, y se transformará, fundamentalmente. Lo que hoy existe allí es tan sólo la nueva especie de vida imposible de definir en palabras; una nueva especie de vida que no tiene conciencia de sí misma y con la cual está preñada una gran tierra que se halla en vías de dar a luz. Querer definir el futuro, fijarlo, introducirlo en un programa, supone confundir la vida con una frase sobre ella; es lo que hace el bolchevismo reinante que no tiene suficiente conciencia de su origen europeo occidental, nacionalista y urbano.

La población de este máximo «territorio interior» de la tierra es inatacable desde afuera. La extensión es un poder, político y militar, jamás vencido aún. Así lo experimentó ya Napoleón. ¿De qué le sirve al enemigo la ocupación de territorios, por grandes que sean? Para quitarle toda eficacia, incluso a la tentativa de una ocupación así, los bolcheviques han desplazado cada vez más hacia el Este el centro de gravedad de su sistema. Las regiones industriales de importancia política han sido establecidas todas al Este de Moscú, en su mayor parte al Este de los Urales hasta el Altai y al Sur hasta el Cáucaso. Toda la región al Oeste de Moscú, la Rusia blanca y Ucrania – que fue un día, desde Riga hasta Odessa, la más vitalmente importante del imperio zarista – forma hoy un fantástico glacis contra «Europa», y podría ser entregada sin que el sistema se viniese al suelo. Pero con ello ha perdido todo sentido una ofensiva desde el Oeste. Golpearía en el vacío.

El régimen bolchevique no es un Estado en nuestro sentido, como lo fue la Rusia de Pedro el Grande. Se compone – como Kiptchak, el reino de la «horda dorada» en la época mongol – de una horda soberana, llamada partido comunista, con sus cabecillas, con un Khan omnipotente, y con una masa alrededor de cien veces más numerosa, sometida e indefensa. De verdadero marxismo tiene muy poco, salvo en los nombres y en los programas. En realidad, lo que existe allí es un absolutismo tártaro que agita y saquea al mundo sin respetar fronteras, excepto las de la prudencia. Es un absolutismo astuto, cruel, con el asesinato como medio cotidiano de gobierno y con la posibilidad a cada instante de ver surgir a un Gengis-Khan que arrolle a Asia y a Europa.

El ruso auténtico ha conservado un sentimiento nómada de la vida, al igual que el chino del Norte, el manchú y el turcomano. La patria no es para él la aldea, sino la llanura infinita, la madrecita Rusia. El alma de este paisaje infinito le mueve a peregrinar sin meta alguna. La «voluntad» falta. El sentimiento germánico de la vida tiene una meta que ha de ser conquistada, una tierra lejana, un problema, un Dios, poder, fama o riqueza. Aquí, familias de campesinos, de artesanos y de obreros van de una región a otra, de una fábrica a otra, sin necesidad, sólo siguiendo el impulso interior. Ninguna medida violenta de los *soviets* ha podido impedirlo, a pesar de que hace totalmente imposible la formación de una estirpe de fuerzas laborales expertas y vinculadas a la obra. Ya en este aspecto fracasa la tentativa de crear y mantener, sin colaboración extranjera, una economía de tipo europeo occidental.

¿Pero acaso el programa comunista se sostiene todavía en serio, esto es, como ideal al que se han sido sacrificados millones de hombres y por el cual pasan hambre y viven en la miseria otros muchos millones? ¿O es tan sólo un medio de lucha extraordinariamente eficaz para defenderse de la masa sometida, sobre todo de los campesinos, y para atacar al odiado mundo no-ruso, que tiene que ser desintegrado antes de ser derribado? Lo cierto es que las cosas no cambiarían mucho si un buen día, por razones de eficacia política, se abandonase el principio comunista. Los nombres cambiarían: las ramas administrativas de las organizaciones económicas se llamarían corporaciones, los comisarios formarían

consejos de administración y los comunistas mismos serían accionistas. Por lo demás, la forma capitalista occidental existe allí desde hace ya mucho tiempo.

Pero esta potencia no puede hacer una guerra externa, ni en Oriente ni en Occidente, salvo por medio de la propaganda.<sup>[6]</sup> El sistema, con sus rasgos europeo-occidentales racionalistas, procedentes todavía del mundo literario subterráneo de San Petersburgo, es demasiado artificial para ello. No sobreviviría a una derrota, ya que ni siquiera sobreviviría a una victoria. Frente a un general victorioso, la burocracia moscovita estaría perdida. La Rusia soviética sería sustituida por alguna otra Rusia y la horda reinante sería probablemente degollada. Pero con ello sólo quedaría vencido el bolchevismo de estilo marxista; el bolchevismo nacional-asiático crecería, sin trabas y en forma gigantesca. ¿Es, en absoluto, confiable el ejército rojo? ¿Es utilizable? ¿Cuáles son las cualidades profesionales y morales del «cuerpo de oficiales»? Lo que se muestra en los desfiles de Moscú son sólo los regimientos más distinguidos, formados por comunistas de toda confianza, la verdadera guardia personal de los dueños del poder. De las provincias llegan constantemente noticias de conspiraciones sofocadas. Y los ferrocarriles, los aviones y las industrias del armamento, ¿están realmente a la altura de una prueba rigurosa?

Lo cierto es que la conducta rusa en Manchuria y los pactos de no agresión con el Occidente delatan la decisión de evitar a toda costa un enfrentamiento militar. Los demás medios, la destrucción económica del adversario por medio del comercio – y sobre todo la revolución, concebida, no como fin ideal sino como arma, tal como fue empleada en 1918 por Inglaterra y Francia contra Alemania – son menos peligrosas y más eficaces. En cambio, el Japón goza de una situación muy firme. Por mar es casi inatacable a causa de las cadenas de islas cuyos estrechos pasos pueden ser cerrados con campos de minas, submarinos y aviones, de manera que el mar de China no sea accesible a ninguna flota extranjera. Además, el Japón se ha asegurado en Manchuria un territorio continental de extraordinario porvenir económico – la soja ha destruido ya hoy la rentabilidad de la palma de coco y de aceite en el mar del Sur y en el África occidental – con una población que aumenta en forma prodigiosa y cuyas fronteras definitivas son todavía muy imprecisas. La menor tentativa, por parte de los bolcheviques, de actuar militarmente contra este desplazamiento del poder conduciría a la toma de Vladivostok, de la Mongolia oriental y, probablemente, de Pekín. La única acción contraria práctica es la revolución roja en China; pero, desde la fundación del Kuomintang, la revolución roja ha sucumbido una y otra vez a los ataques «capitalistas», esto es: al soborno de los generales y de ejércitos enteros. Pueblos antiquísimos de *fellahs*, como los hindúes y los chinos, no pueden volver jamás a desempeñar un papel independiente en el mundo de las grandes potencias. Podrán cambiar de amo, expulsar a uno – quizás a Inglaterra de la India – para sucumbir inmediatamente ante otro; pero ya nunca producirán una propia forma interior de existencia política. Están ya demasiado viejos, petrificados y gastados para ello. Incluso la conformación de su rebelión actual, con todos sus objetivos, – libertad, igualdad, parlamento, república, comunismo, etc. – ha sido, sin excepción alguna, importada de Europa occidental y de Moscú. Estos pueblos constituyen objetos y elementos

de combate para otras potencias extranjeras, y sus territorios pueden servir de campo de batalla para decisiones ajenas; aunque, precisamente por ello, pueden llegar a tener una importancia extraordinaria, si bien pasajera.

Indudablemente, Rusia y Japón han considerado las posibilidades que aquí se presentan y trabajan en silencio, con medios que el «blanco» no conoce ni percibe. ¿Pero acaso la posición del Japón es hoy tan firme como en la época de su guerra con Rusia? Por entonces reinaba el antiguo, orgulloso, noble y valiente estamento señorial de los samurais, que se cuenta entre lo mejor que el mundo entero posee en materia de «raza». Pero hoy se oye ya hablar de partidos radicales, huelgas, propaganda bolchevique y ministros asesinados. ¿Acaso este magnífico Estado, ha traspasado ya la cumbre de su existencia y está envenenado por las formas de decadencia democrática marxista de los pueblos blancos, precisamente ahora que la lucha por el océano Pacífico entra en su fase decisiva? Si poseyera aún su antigua fuerza ofensiva, ésta, unida a su incomparable situación estratégica en el mar, le daría talla suficiente para resistir toda combinación hostil. Pero ¿en quién puede pensarse seriamente como adversario? En Rusia, desde luego que no; ni tampoco en ninguna potencia de la Europa occidental. En ninguna otra área se hace tan patente como en ésta la rapidez con que todos estos Estados van perdiendo su antigua categoría política. Hace apenas veinte años atrás, Port Arthur, Weihaiwei y Kiauchou estaban ocupados, y se hallaba en progreso el reparto de China en esferas de intereses de potencias occidentales. El problema del Pacífico fue un día un problema europeo. Hoy, ni siquiera Inglaterra se atreve a emprender el desarrollo de Singapur, planeado desde hace décadas. Singapur hubiera debido ser un poderoso punto de apoyo de la flota inglesa ante la eventualidad de complicaciones en Oriente. Pero ¿podría hoy sostenerse contra el Japón y Francia si ésta deja libre el camino a través de la Indochina? Más si Inglaterra renuncia a su antigua situación en aquellos mares y abandona así a Australia a la presión japonesa, Australia se separará del Imperio y se agregará a Norteamérica. Norteamérica es el único enemigo serio; pero ¿cuál es su fuerza marítima en aquellos lugares, a pesar del canal de Panamá? San Francisco y Hawai están demasiado lejos para constituir puntos de apoyo de la flota contra el Japón; las Filipinas apenas puede conservarlas, y el Japón posee en la América latina posibles aliados contra Nueva York, aliados cuya importancia no disminuye en nada por el hecho que no se hable de ellos.

## **9. Los Estados Unidos y la revolución.**

¿Son los Estados Unidos una potencia que tiene porvenir? Observadores superficiales, antes de 1914 y después de una visita de un par de semanas hablaban de posibilidades ilimitadas. La nueva «sociedad» de la Europa occidental posterior a 1918, mezcla de esnobismo y vulgaridad, alaba el americanismo

tildándolo de joven y vigoroso, muy superior a nosotros y sencillamente ejemplar. Pero confunde los récords y los dólares con la fuerza espiritual y la profundidad de la nacionalidad, imprescindibles cuando se quiere ser una potencia duradera; confunde el deporte con la salud y la inteligencia mercantil con el espíritu. ¿Qué es el americanismo «cien por cien»? ¿Una existencia colectiva adaptada a las normas del término medio inferior, una pose primitiva, o una promesa para el futuro?

Lo cierto es que, por ahora, en Norteamérica no existe ni un verdadero pueblo ni un verdadero Estado. ¿Pueden ambos surgir aún a consecuencia de los embates de un duro destino, o lo impide el tipo del hombre colonial cuyo pasado espiritual estaba en otro lado y ha muerto? El americano, igual que el inglés, no habla de Estado, ni de patria, sino de *this country* (este país). En realidad, se trata de un territorio inmenso y de una población de tramperos trashumantes que van de ciudad en ciudad a la caza del dólar, desaprensivos y sin obligaciones, pues la ley existe tan sólo para quien no es lo bastante astuto o lo suficientemente poderoso como para despreciarla,

La analogía con la Rusia bolchevique es mucho mayor de lo que se cree. Existe la misma vasta extensión territorial que excluye todo ataque enemigo exitoso del exterior y, con ello, imposibilita la percepción de un verdadero peligro nacional. Ello hace que el Estado se vuelva superfluo; pero la otra consecuencia es que impide también la aparición de un pensamiento auténticamente político. La vida se estructura de un modo exclusivamente económico y carece, por lo tanto, de profundidad; tanto más, cuanto que le falta el elemento de la auténtica tragedia histórica, de ese gran destino que a través de los siglos ha profundizado y educado el alma de los pueblos occidentales. La religión, que originalmente fue de un severo puritanismo, se ha convertido en una especie de entretenimiento obligatorio y la guerra se convirtió en el nuevo deporte. Y también, tanto aquí como allá, existe la misma dictadura de la opinión pública, – preestablecida ya sea por los partidos políticos o por la sociedad – dictadura que se extiende a todo lo que en Occidente se deja abandonado a la voluntad individual: el coqueteo y la concurrencia a la iglesia, los zapatos y los cosméticos, los bailes de moda y las novelas de moda, el pensamiento, la comida y las diversiones. Todo es igual para todos. Hay un tipo establecido de americano, y sobre todo de americana, estrictamente reglamentado en cuanto a apariencia física, vestimenta y espíritu; y quien se rebela contra la norma, quien se atreve a criticarla públicamente, cae bajo la proscripción general, lo mismo en Nueva York que en Moscú. Por último, existe en Norteamérica una forma casi rusa de socialismo de Estado o capitalismo de Estado, representada por la masa de los *trusts* que, al igual que las administraciones económicas rusas, regulan y dirigen hasta en sus detalles la producción y el consumo. Son los verdaderos dueños del país, tanto en Norteamérica como en Rusia. Es la voluntad de poderío fáustica, pero traducida de lo orgánicamente desarrollado a lo mecánico inanimado. El imperialismo del dólar – que se extiende por toda América hasta Santiago y Buenos Aires, y procura hundir y excluir en todas partes la economía de la Europa occidental, sobre todo la inglesa – equivale, con su encauzamiento del poder político en

tendencias económicas, exactamente al imperialismo bolchevique. Y el lema de «Asia para los asiáticos» corresponde en lo esencial y por completo a la interpretación actual de la doctrina Monroe respecto de la América latina: toda América para el poder económico de los Estados Unidos. Éste es el sentido último de la fundación de repúblicas «independientes» como Cuba y Panamá, de la intervención en Nicaragua y del derrocamiento de presidentes incómodos por medio del poder del dólar extendido hasta el extremo Sur.

Pero esta «libertad», sin Estado y sin ley, de una vida orientada sólo a lo económico, tiene un reverso. Ha surgido de ella una potencia marítima que comienza a ser más fuerte que Inglaterra y que domina dos océanos. Tiene constituidas posesiones coloniales: Filipinas, Hawai e islas en las Indias occidentales. Los intereses comerciales y la propaganda inglesa arrastraron al país cada vez más profundamente hacia la guerra mundial hasta que lograron su participación militar. Pero con ello los Estados Unidos se convirtieron en un elemento director de la política mundial – lo sepan y lo quieran, o no – y ahora tienen que aprender a pensar y a actuar en el interior y en el exterior como un Estado político, o desaparecerán en su forma actual. No hay retirada posible. ¿Tiene el «yankee» la talla necesaria para esta difícil misión? ¿Representa una forma de vida indestructible, o no es más que una moda del ropaje físico, espiritual y psíquico? ¿Cuántos de los habitantes del país no pertenecen interiormente en absoluto al tipo anglosajón dominante? Dejando de lado los negros, en los veinte años anteriores a la guerra no inmigraron ya sino pocos alemanes, ingleses y escandinavos; pero sí quince millones de polacos, rusos, checos, eslavos balcánicos, judíos orientales, griegos, asiáticos, españoles e italianos. Esta masa inmigratoria no se ha disuelto ya en el americanismo y forma un proletariado extranjero que piensa distinto, que es muy prolífico y que tiene su centro de gravedad en Chicago. Estas personas también quieren la lucha económica libre y sin leyes, pero la interpretan de un modo diferente.

No hay, es cierto, un partido comunista. Pero tampoco lo había en el imperio zarista como organización con fines electorales. En cambio, sí hay, tanto allí como en Rusia, un hampa poderosa de características casi dostoyewskianas, con fines de poder propios y métodos propios de disgregación y de negocios. El hampa, a consecuencia de la corrupción inveterada de los órganos administrativos y de seguridad y sobre todo por el contrabando de alcohol que ha intensificado al extremo la desmoralización sociopolítica, alcanza hasta a las clases muy acomodadas de la sociedad. Incluye la delincuencia profesional y las sociedades secretas del género del ku-klux-klan. Comprende negros, chinos y elementos desarraigados de todos los linajes y razas europeas, y posee organizaciones muy eficaces, antiguas ya en parte, del orden de la camorra italiana, de las guerrillas españolas y de los nihilistas rusos de antes de 1917 y los chekistas de después. Los linchamientos, los secuestros y los atentados, los asesinatos, robos e incendios son medios de propaganda político-económica de efectividad comprobada desde hace ya mucho tiempo. Sus cabecillas, del tipo de Jack Diamond y Al Capone, poseen villas y automóviles y disponen de cuentas bancarias que superan a las de muchos *trusts* e incluso a las de algunos Estados

de mediana importancia. En los territorios muy vastos y escasamente poblados, las revoluciones tienen necesariamente otra forma que en las capitales de la Europa occidental. Así lo demuestran constantemente las repúblicas latinoamericanas. En ellas no existe un Estado fuerte que tenga que ser derrocado luchando contra un ejército de antiguas tradiciones; pero tampoco un Estado que garantice el orden por el respeto que impone su sola existencia. Lo que en estos lugares se llama *government* puede disolverse súbitamente en la nada con gran rapidez. Ya antes de la guerra hubo muchas ocasiones en las que, ante una huelga, los *trusts* defendieron sus propiedades con fortificaciones y puestos de ametralladoras propios. En el «país de la libertad», lo único que existe es la decisión de los hombres libres de valerse por sí mismos – el revólver en el bolsillo del pantalón es un invento americano – pero tal decisión está tan libremente al alcance de los que poseen como de los demás. Hace poco, los granjeros de Iowa sitiaron un par de ciudades y amenazaron con dejarlas morir de hambre si no les compraban sus productos a un precio humanamente digno. Hace pocos atrás se habría tenido por loco a quien hablara de revolución refiriéndose a ese país. Hoy, tales ideas están a la orden del día. ¿Qué harán las masas de desocupados – compuestas, repito, en su mayor parte por individuos que no son «americanos al cien por cien» – cuando sus fondos de subsidios se agoten por completo y ya no exista una ayuda del Estado por no existir un Estado organizado con estadísticas precisas y una verificación honrada de los verdaderos necesitados? ¿Recordarán la fuerza de sus puños y su comunidad de intereses económicos con el mundo del hampa? Y las clases superiores, espiritualmente primitivas y que sólo piensan en el dinero, cuando tengan que luchar contra este tremendo peligro ¿demostrarán tener fuerzas morales latentes que conduzcan a la real edificación de un Estado y a la disposición espiritual de sacrificar por él vidas y propiedades en lugar de concebir a la guerra sólo como una forma de ganar dinero, tal como lo han hecho hasta ahora? ¿O predominarán, a pesar de todo, los intereses económicos particulares de algunos sectores y conducirán, como ya sucedió en 1861, a la división del país en Estados distintos; acaso el Nordeste industrial, las comarcas agrícolas del Este medio, los Estados negros del Sur y el territorio más allá de las Montañas Rocallosas?

Dejando aparte al Japón que sólo desea llevar a cabo sus planes imperialistas en el Asia oriental y hacia Australia sin que nadie le estorbe, hay una sola potencia que lo haría todo y consentiría en hacer toda clase de sacrificios para promover una tal desmembramiento: Inglaterra. Ya lo hizo una vez, llegando muy cerca de la declaración de guerra. Fue en los años 1862 a 1864, durante la guerra de Secesión, cuando en los puertos británicos se construían o se compraban barcos de guerra y corsarios para los Estados del Sur. Estos barcos, armados y dotados de tripulación en aguas europeas – el «Alabama» incluso con marineros de guerra británicos – incendiaron y hundieron los barcos mercantes de los Estados del Norte dondequiera que los encontraron. Por entonces, Inglaterra era aún señora indiscutida de los mares. Ésa fue la única razón por la que el Gobierno de Washington no se atrevió a la guerra. La «libertad de los mares» fue sencillamente la libertad inglesa para comerciar, y no otra cosa. Esto terminó en 1918. Inglaterra, que en el siglo XIX fue el mostrador del mundo, ya no es hoy lo bastante rica como

para ir a la cabeza en el ritmo de la construcción de buques y su poder no alcanza ya a impedir por la violencia que otros la sobrepasen. El presentimiento de esta frontera histórica fue uno de los motivos de la guerra contra Alemania, y el mes de noviembre de 1918 fue probablemente el último espacio de tiempo, demasiado breve, en el que esta potencia de otrora pudo permitirse la ilusión de una gran victoria. Pero, aparte de la creciente inferioridad en la construcción de naves de guerra, el concepto del dominio de los mares ha cambiado fundamentalmente, como acabamos de exponer. Además de los submarinos, los aviones han llegado a ser un arma superior, y con ello, el *Hinterland* se ha hecho más importante que las costas y los puertos. Frente a las escuadrillas de bombardeo francesas, Inglaterra ha cesado de ser estratégicamente una isla. Con el navío de guerra pesado, la Inglaterra dueña del mar se hunde en el pasado.

Pero la nación inglesa tampoco es ya, ni en su espíritu ni en su raza, lo bastante fuerte, joven y sana como para combatir confiadamente esta tremenda crisis. Inglaterra está fatigada. Todavía en el siglo XIX tuvo que dar demasiada sangre valiosa por sus posesiones a través de la emigración a sus *dominions* blancos y por los efectos destructores del clima en las colonias de color. Y, sobre todo, a Inglaterra le falta la base racial de una vigorosa clase campesina. La clase superior de germanos y celtas, – no hay diferencias entre ellos – dominante desde la época de los normandos, está ya totalmente gastada. Por todas partes, la masa de la población primitiva, a la que erróneamente se la llama celta<sup>[7]</sup>, va ocupando con su sentido «francés» de la vida, la posición dominante y, por ejemplo, ya ha transformado la antigua forma oligárquica y aristocrática del gobierno parlamentario en la forma continental y anárquica de las sucias luchas partidistas. En su *Forsythe Saga* Galsworthy describió con profunda comprensión y dolor la tragedia de esta agonía. Con ello, el ideal rentista ha vencido económicamente al imperialismo capitalista. Se conserva todavía una parte importante de la pasada riqueza; pero falta el impulso de conquistar riquezas nuevas. La industria y el comercio van quedando poco a poco obsoletos en cuanto a sus métodos, sin que exista una energía creadora capaz de generar, según el ejemplo americano y el alemán, formas nuevas. El espíritu emprendedor agoniza y la generación joven, en su espíritu, en su moral y en su cosmovisión, ha caído desde las alturas a las que la calidad de la sociedad inglesa había ascendido en el siglo pasado, de un modo que no tiene parangón en el mundo entero. La vieja consigna: *England expects everyman to do his duty* (Inglaterra espera de toda persona que cumpla con su deber) que, antes de la guerra, todo joven inglés de buena familia, en Eton y Oxford, sentía dirigida personalmente a sí mismo, se pierde hoy en el viento. Los jóvenes juegan con problemas bolcheviques y hacen del erotismo un deporte, y consideran al deporte como profesión y contenido de la vida. Los hombres de la generación anterior, que ocupaban ya altos puestos al estallar la guerra, son los únicos que se preguntan, preocupados y desesperados, quién defenderá después de ellos el ideal de la *Greater Britain*.<sup>[8]</sup> En su «Emperador de América», Bernard Shaw ha sugerido que «algunos» preferirían librar un combate desesperanzado contra el predominio de América antes que rendir las armas. ¿Pero cuántos quedarán de estos «algunos» dentro de diez o veinte años? En el Estatuto de Westminster de 1931 Inglaterra se ha puesto a sí misma en completo pie de

igualdad con los *dominions* blancos dentro del marco de la *Commonwealth of Nations*. Ha renunciado a la primacía y se ha aliado con estos Estados sobre la base de intereses comunes, sobre todo en cuanto a la necesidad de protección por parte de la flota inglesa. Pero mañana mismo, Canadá y Australia pueden volverse, sin sentimentalismo alguno, hacia los Estados Unidos si consideran que sus intereses – por ejemplo, como naciones blancas frente al Japón amarillo – estarían mejor protegidos por los norteamericanos. Más allá de Singapur, Inglaterra no ocupa ya su posición de otrora y, si pierde la India, tampoco su posición en Egipto y en el Mediterráneo tendrá ya sentido alguno. Para servir los intereses ingleses, la diplomacia inglesa del viejo estilo intenta en vano movilizar, como antaño, al continente contra América – como frente de deudores – y contra Rusia – como frente contra el bolchevismo. Pero esto es ya diplomacia de anteayer. La mismo tuvo en 1914 su último, fatal, éxito. ¿Y qué pasaría si, ante la última convulsión del ultra-tradicionalista orgullo inglés, América y Rusia se ponen de acuerdo? Esto no está fuera de lo posible.

Frente a tales fenómenos en los que se concentra sombrío y amenazador – quizá para siglos enteros – el destino del mundo, los países románicos tienen una importancia tan sólo provincial. Incluso Francia, cuya capital está en vías de convertirse en una curiosidad histórica, como Viena y Florencia, o como Atenas en la época romana. Mientras la antigua nobleza de sangre celta y germana – cuyos árboles genealógicos se remontaban a la época de las grandes invasiones y las Cruzadas – tuvo en sus manos a la gran política, aproximadamente hasta Luis XIV, Francia tuvo grandes objetivos, como las mismas Cruzadas y las fundaciones coloniales del siglo XVII. Pero el pueblo francés sólo ha odiado siempre a aquellos de sus vecinos que se hacían poderosos, porque los éxitos de esos vecinos herían su vanidad: a los españoles, a los ingleses y, sobre todo, a los alemanes; tanto en el Estado de los Habsburgos como en el de los Hohenzollern. Contra ellos el ancestral odio creció hasta la insensatez a partir de la fracasada «venganza por Sadowa». El pueblo francés nunca consiguió pensar en las lejanías del espacio y del tiempo; no lo consiguió ni en política ni en filosofía, y ha satisfecho siempre su aspiración a la *gloire* tan sólo con la anexión o la devastación de territorios fronterizos. ¿Qué francés auténtico se entusiasma realmente por las gigantescas posesiones del África occidental, excepto algunos militares de alto rango y algunos financieros parisinos? ¿O por Indochina? ¿Y qué les importa la misma Alsacia-Lorena una vez que la han «reconquistado»? Después del hecho, Alsacia-Lorena ha perdido para ellos todo encanto.

La nación francesa se disocia en forma cada vez más nítida en dos elementos por completo distintos espiritualmente. El uno, por lejos más numeroso, es el elemento «girondino»; el francés provinciano, apasionado por un ideal rentista, el campesino y el burgués. Estas personas no desean más que la tranquilidad de un pueblo que se vuelto cansado y estéril en la mugre, la avaricia y el embotamiento. Basta un poco de dinero, de vino y de *amour*, y ya no quieren ni oír hablar de gran política, de ambición económica, ni de lucha por fines vitales importantes. Pero, por encima de ellos y en lenta disminución, está la clase jacobina que rige desde 1792 los destinos del país y que ha bautizado al nacionalismo de cuño francés con el

nombre de Chauvin, el personaje de una vieja comedia de 1831. Esta clase se compone de oficiales, de industriales, de los altos empleados de la administración pública rigurosamente centralizada por Napoleón, de los periodistas de la Prensa parisina, de los diputados sin distinción de partidos ni programas (ser diputado constituye en París un negocio privado, no un asunto de partido) y de algunas poderosas organizaciones, tales como las logias y las asociaciones de ex combatientes. Desde hace un siglo a esta clase la dirige y la aprovecha secretamente la alta finanza internacional parisina que paga la Prensa y las elecciones. El chauvinismo es, desde hace ya mucho tiempo, un negocio en gran escala.

El imperio de esta clase superior reposa hoy sobre el miedo, anónimo pero auténtico, que la provincia le tiene a cualquier peligro político exterior y a una nueva desvalorización del ahorro; un miedo que mantiene la Prensa parisina y la forma hábil en que se organizan las elecciones. Pero este estado de ánimo representa, todavía por muchos años, un peligro para todas las naciones vecinas; tanto para Inglaterra e Italia como para Alemania. Fue aprovechado en 1914 por Inglaterra y Rusia para sus fines, y todavía hoy es un instrumento que se encuentra a disposición de cualquier estadista hábil de un país extranjero. La figura de Chauvin va elevándose lentamente hasta la antítesis del Don Quijote español, y su tremenda ridiculez ya arranca sonrisas en medio mundo. Es el bravucón envejecido que, después de muchas aventuras heroicas, con el montón de oro más grande del mundo a sus espaldas, armado hasta los dientes y colgándose todas las piezas de armadura posibles, rodeado de sirvientes fuertemente armados e implorando el auxilio de todos sus amigos de ayer, espía temblando por la ventana de su casa convertida en fortaleza y se pone frenético cuando ve a cualquier vecino portando apenas un arma. Tal es el final de la *grande nation*. Su heredera en la área del Mediterráneo y en el África del norte será quizá la creación de Mussolini, si éste logra conservarla bajo su dirección el tiempo suficiente para que adquiera la firmeza y la consistencia espiritual necesarias.

De ninguna de estas potencias puede hoy decirse si subsistirá aún en su forma actual hacia mediados del actual siglo. Inglaterra puede quedar limitada a su isla y América puede derrumbarse. El Japón y Francia, las únicas naciones que saben hoy lo que vale un ejército fuerte, pueden caer en manos de déspotas comunistas. Las posibilidades futuras de Rusia no son, en parte, ni siquiera conjeturables. Pero la situación actual está dominada por la oposición entre Inglaterra y Rusia en Oriente y entre Inglaterra y América en Occidente. En ambos casos, Inglaterra retrocede económica, diplomática, militar y moralmente, y gran parte de las posiciones perdidas ya no puede ser reconquistada de ningún modo, ni siquiera con una guerra. ¿Significa esto acaso una elección forzosa entre la guerra y la capitulación? ¿O ni siquiera esa elección se le ofrece ya al que sucumbe? La mayoría de los anglosajones a ambas orillas del Atlántico se creen ligados por la sangre y la tradición de un modo demasiado firme como para que se les pueda forzar en este terreno a una decisión. Pero la fe en que la sangre es más densa que el agua ha soportado mal la prueba en Inglaterra y en Alemania. El odio entre

hermanos ha sido siempre más fuerte que el odio a los extraños, y es precisamente aquél odio el que puede crecer de repente, por pequeños motivos, hasta convertirse en una pasión que no permite ya la retirada.

Éste es el aspecto del mundo que rodea a Alemania. En esta situación, una nación sin caudillo y sin armas, empobrecida y desgarrada, no tiene siquiera asegurada la mera existencia. Hemos visto asesinar a millones de hombres en Rusia y los hemos visto morir de hambre en China. Para el resto del mundo todo ello no fue más que una noticia periodística olvidada al día siguiente. Nadie de afuera perdería la calma si en algún lugar de la Europa occidental sucediese algo todavía peor. Sólo las amenazas asustan; ante los hechos consumados el hombre se resigna pronto. Sean individuos o pueblos los que mueren, no dejan un vacío detrás de sí. Ante esta situación, nosotros, los alemanes, no hemos producido más que griterío en torno de ideales partidistas y las riñas vulgares por ventajismos de grupos profesionales y rincones provinciales. Pero la renuncia a la política mundial no protege de las consecuencias de la misma. En los años en que Colón descubrió América y Vasco de Gama halló la ruta marítima de las Indias orientales, cuando el mundo europeo occidental comenzó a extender su poderío y su riqueza por la esfera terrestre, a petición de los comerciantes ingleses se clausuró el *Stahlhof* de Londres<sup>[9]</sup>. Con este último símbolo de la pasada gran potencia hanseática desaparecieron de los océanos los buques mercantes alemanes, porque no había una bandera alemana que pudiera ondear en sus mástiles. De este modo, Alemania quedó convertida en un mero país, demasiado pobre para una gran política. Tuvo que guerrear con dinero ajeno y al servicio de ese dinero; y guerreó por míseros harapos de su propio territorio, arrancados por un Estado enano a otro. Las grandes decisiones lejanas no fueron tenidas en cuenta ni comprendidas. Por política se entendió algo tan deplorable y pequeño que sólo hombres de muy mezquino carácter quisieron ocuparse de ella. ¿Volverá a ser así ahora, en las décadas decisivas? ¿Habremos de ser devorados por los acontecimientos como soñadores, fantasiosos y camorrones, sin dejar tras de nosotros algo que culmine nuestra historia con cierta grandeza? La partida de dados en la que se juega el dominio del mundo acaba de empezar. Se jugará hasta el final entre hombres fuertes. ¿No deberían estar los alemanes entre ellos?

## La Revolución Mundial Blanca

### 10. La »revolución desde abajo«. La época de los Gracos en Roma.

Tal es el aspecto de la era de las guerras mundiales en cuyos comienzos nos hallamos ahora. Pero en el trasfondo emerge el segundo elemento de la tremenda convulsión: la revolución mundial. ¿Qué quiere? ¿En qué consiste? ¿Cual es el significado profundo de ese concepto? La totalidad de su contenido se comprende hoy tan poco como el sentido histórico de la primera guerra mundial que acabamos de dejar atrás. No se trata de la amenaza a la economía mundial por parte del bolchevismo de Moscú, como creen algunos; ni tampoco de la «liberación» de la clase trabajadora, como opinan otros. . Éstas son sólo cuestiones superficiales. Ante todo, esta revolución no es tan sólo una amenaza; estamos ya plenamente en ella y no desde ayer u hoy, sino desde hace más de un siglo. Entrecruza la lucha »horizontal« entre Estados y naciones, con la lucha vertical entre las clases dirigentes de los pueblos blancos y las demás; y en el trasfondo ya ha comenzado la segunda parte, mucho más peligrosa, de esta revolución: el ataque contra los blancos en general por parte de la masa conjunta de la población de color del planeta que va lentamente adquiriendo conciencia de su comunidad.

Esta pugna no se desarrolla tan sólo entre los distintos estratos de personas sino, más allá, entre los estratos de la vida espiritual y hasta en el hombre individual. Aunque no lo percibamos, casi todos llevamos dentro esta discrepancia entre el sentir y el pensar. Por eso son tan pocos los que llegan a darse clara cuenta del lado en que están realmente. Pero precisamente este hecho demuestra la necesidad interior de decidir esa toma de posición, que va mucho más allá del deseo personal y de la acción personal. Poco se gana aquí con los eslóganes nacidos del pensamiento acorde con la moda dominante: bolchevismo, comunismo, lucha de clases, capitalismo y socialismo. Con estos términos todo el mundo cree que la cuestión está delimitada de un modo preciso pero ello es porque no es capaz de ver la profundidad de las cosas. Lo mismo sucedió en todas las culturas pasadas cuando éstas llegaron a la misma etapa, por poco que sepamos de ello en detalle.

Pero de la antigüedad sabemos bastante. La culminación del movimiento revolucionario se ubica en la época que se extiende desde Tiberio y C. Graco hasta Sila; pero la lucha contra la clase dirigente y contra toda su tradición comenzó un siglo entero antes con C. Flaminio, cuya ley agraria del año 232 ha sido acertadamente señalada por Polibio (11, 21) como el comienzo de la desmoralización de la masa popular. Esta evolución resultó sólo pasajera interrumpida y desviada por la guerra contra Aníbal, a cuyo término ya se incorporaron esclavos al «ejército de ciudadanos». Desde el asesinato de los dos Gracos – y de su gran adversario, Escipión el Joven – los poderes conservadores del Estado, de vieja tradición romana, se desvanecen rápidamente. Mario, procedente del bajo pueblo y ni siquiera oriundo de Roma, formó el primer ejército que no estuvo basado en el servicio militar obligatorio sino integrado por voluntarios adeptos a su persona, e intervino con él sangrienta y brutalmente en las cuestiones interiores de Roma. En gran medida fueron exterminados los

antiguos linajes, en los que se cultivaban desde hacía siglos las dotes del estadista y la conciencia moral del deber, y a los cuales debía Roma su posición como potencia mundial. El romano Sertorio, con las tribus bárbaras de aquel país, intentó fundar un anti-Estado en España y Espartaco sublevó a los esclavos de Italia para destruir al mundo romano. La guerra contra Yugurta y la conspiración de Catilina revelaron la decadencia de los estratos dirigentes, cuyos elementos desarraigados se mostraron en todo momento dispuestos a pedir auxilio tanto al enemigo como al populacho del Foro para defender sus sucios intereses pecuniarios. Salustio tiene plena razón: por el dinero, que la plebe codiciaba tanto como los especuladores acaudalados, se hundieron el honor y la grandeza de Roma, su raza y su idea. Pero – al igual que hoy – esta masa urbana, venida de todos lados, no fue movilizada y organizada desde adentro para conquistar su «derecho» a gobernarse y para lograr su «libertad» venciendo la opresión de las clases dominantes. Fue instrumentada como medio para los fines de políticos comerciantes y revolucionarios profesionales. De estos círculos surgió la «dictadura de abajo» como última consecuencia necesaria de la anarquía democrática radical, tanto entonces como ahora. Polibio, que poseía experiencia de hombre de Estado y una aguda visión de la marcha de los acontecimientos, lo previó así con seguridad treinta años antes de Cayo Graco: *«Cuando ambicionan altos empleos del Estado y no pueden obtenerlos por sus méritos y talentos personales, derrochan dinero, seduciendo y atrayéndose a la masa por todos los medios posibles. La consecuencia es que este arribismo político acostumbra al pueblo a recibir regalos y le infunde un ansia de dinero obtenido sin trabajar. Con ello perece la democracia y es substituida por la violencia y el derecho de los puños. Pues, en cuanto la multitud, acostumbrada a vivir de la propiedad ajena y a fundar la esperanza de su sustento en la fortuna de los demás, encuentra un caudillo ambicioso y decidido, pasa al empleo del poder de sus puños. Y entonces, aglomerándose, asesina, saquea y hace suya la propiedad de los demás, hasta que, totalmente corrompida, cae en poder, de un dictador ilimitado»* ( [110](#) ) . . . *«Pero la verdadera catástrofe será provocada por la masa cuando se estime perjudicada por el ansia de dinero de los unos, en tanto que la ambición de los otros, halagando su vanidad, la induzca a sobreestimarse. Se alzarán furiosos, no prestarán ya oídos más que a la pasión en toda clase de negociaciones y no obedecerán a los que llevan las riendas del Estado; ni siquiera les reconocerán iguales derechos, sino que exigirá en todo y para todo el derecho a decidir. Llegadas las cosas a este punto, el Estado se adornará con los nombres más bellos, los de libertad y el del gobierno del pueblo por sí mismo; pero en realidad habrá recibido la peor forma: la olocracia, la dictadura de la plebe»* [111](#) .

Esta dictadura no es hoy ya tan sólo una amenaza que pende sobre los pueblos blancos, sino que nos hallamos bajo su pleno imperio, y de un modo tan profundo y evidente que ni siquiera lo notamos. La «dictadura del proletariado» – esto es: de sus beneficiarios, de las organizaciones obreras y de los funcionarios de los partidos políticos de todas las tendencias – es un hecho consumado, ya sea porque los gobiernos están formados por ellos o bien porque están dominados por ellos debido al miedo de la «burguesía». Eso fue lo que Mario se propuso; pero fracasó debido a su total carencia de dotes de estadista. Tanto más poseyó su

sobrino César quien puso fin a la terrible era revolucionaria mediante su forma de la «dictadura de arriba», que substituyó la anarquía partidista con la autoridad ilimitada de una personalidad superior; una forma que quedaría para siempre relacionada con su nombre. Su asesinato y las consecuencias del mismo ya no pudieron cambiar nada.. A partir de él, las luchas no fueron ya ni por dinero, ni por la satisfacción del odio social, sino tan sólo por la posesión del poder absoluto.

Lo relatado no tiene nada que ver con la lucha entre el «capitalismo» y el «socialismo». Por el contrario: la clase de los grandes financistas y especuladores, los *equites* romanos – una denominación que desde Mommsen se traduce equivocadamente por "caballeros" – se entendieron siempre muy bien con la plebe y con sus organizaciones, los clubes electorales (*sodalicia*) y las bandas armadas, como las de Milón y Clodio. Financiaron las elecciones, los motines y los sobornos. A cambio, C. Graco les entregó las provincias para su explotación ilimitada y bajo la protección del Estado. En ellas generalizaron la más espantosa miseria con sus depredaciones y sus negocios usurarios, y vendieron como esclavos a los pobladores de ciudades enteras. Además de ello, sobornaron a los tribunales de justicia en los cuales podían así juzgar sus propios delitos y absolverse mutuamente. En reciprocidad, le prometieron de todo a C. Graco; pero lo abandonaron – tanto a él como a sus seriamente pensadas reformas – ni bien tuvieron aseguradas sus propias prerrogativas. Esta alianza entre la Bolsa y el sindicato existe hoy igual que en aquél entonces. Está basada en la evolución natural de tales épocas, porque surge del odio común contra la autoridad del Estado y contra los líderes de la economía productiva, que le ponen límites a la tendencia anarquista de ganar dinero sin esfuerzo. Mario – políticamente un pobre hombre como tantos otros populares jefes de partido – y sus satélites Saturnino y Cinna, no pensaban de un modo diferente al de Graco. Por eso Sila, el dictador del lado nacional, después de tomar Roma por asalto, produjo entre los financistas una terrible carnicería. De la misma, dicha clase no se repuso jamás. Desde César la misma desaparece por completo de la historia como elemento político. Su existencia como poder político se hallaba íntimamente ligada a la época de la anarquía democrática partidista y no la sobrevivió.

## **11. No económica sino urbana: disolución de la sociedad**

Esta revolución, que duró más de un siglo, no tiene esencialmente nada que ver con la "economía». Constituye un largo período de descomposición de la vida total de una cultura, incluyendo a la cultura misma como cuerpo viviente. Se descompone la forma interior de la vida y, con ella, la fuerza de exteriorizarla por medio de obras creadoras – que, en conjunto, constituyen la historia de los Estados, las religiones y las artes – expresándola luego de haber alcanzado el

punto máximo de sus posibilidades. El individuo, con su existencia privada, sigue la marcha de la totalidad. Su acción, su conducta, su voluntad, su pensamiento y su experiencia constituyen necesariamente un elemento, por mínimo que sea, de esta evolución. Si a esto lo confunde con meras cuestiones económicas, ello ya es un signo de la decadencia que se produce también en su interior; ya sea que lo advierta y lo reconozca, o no. Se sobreentiende que también las formas económicas son cultura en el mismo grado que los Estados, las religiones, los pensamientos y las artes. Pero de lo que hoy se habla no es de las formas de la vida económica, que nacen y se extinguen independientemente de la voluntad humana, sino del producto material de la actividad económica que hoy se equipara directamente con el sentido de la cultura y de la historia; siendo que su disminución se interpreta, de un modo completamente materialista y mecanicista, como «causa» y contenido de la catástrofe mundial.

El escenario de esta revolución de la vida, y al mismo tiempo su «territorio» y su expresión, es la gran ciudad, tal como ésta comienza a formarse en la declinación de todas las culturas. En este mundo de piedra y petrificante se aglomera cada vez más el pueblo desarraigado que le resulta sustraído al agro campesino. Es «masa» en un sentido espantoso; es arena humana informe con la que pueden, sin embargo, amasarse productos artificiales y, por tanto, efímeros, como los partidos políticos y las organizaciones diseñadas de acuerdo con programas e ideales, pero en los que se han extinguido las fuerzas del crecimiento natural – impregnado de tradición por la secuencia de las generaciones – y, sobre todo, se ha extinguido en ellos la fertilidad natural de toda vida, el instinto de la perduración de las familias y de las estirpes. La abundancia de hijos, el primer signo de una raza sana, se convierte en algo molesto y ridículo. Es éste el signo más grave del «egoísmo» de los hombres de las grandes ciudades; de estos átomos devenidos en independientes. Este egoísmo no es la antítesis del colectivismo actual; entre ambos no hay ninguna diferencia. Un montón de átomos no está más vivo que un átomo aislado. Es la antítesis del instinto de continuar viviendo en la sangre de los descendientes, en la preocupación creativa por los mismos y en la perduración de su nombre. En lugar de ello, surge en cantidades inverosímiles la inteligencia desnuda, como única maleza del empedrado urbano. Esta inteligencia ya no es la profunda y sobria sabiduría de las viejas estirpes campesinas que se mantiene auténtica mientras perduran las estirpes a las que pertenece. Por el contrario, es el mero espíritu cotidiano, el de los diarios, el de la literatura de ocasión y de los mítines; es el espíritu sin sangre que roe con su crítica todo lo que de cultura auténtica, brotada y crecida, queda aún vivo y en pie.

Es que la cultura es una planta. Cuanto más perfectamente una nación representa a una cultura – a cuyos más nobles logros pertenecen los pueblos cultos mismos – ; mientras más se halle constituida y formada en el estilo de una auténtica cultura, tanto más polifacética será su estructura, organizada por estamentos y jerarquías, con distancias inspiradoras de respeto desde el campesinado arraigado hasta los estratos dirigentes de la sociedad urbana. En esto, la vida y el destino del conjunto están determinados por el nivel de la forma, la tradición, la crianza y la moral; por el grado de superioridad innata de los linajes, los círculos y las personalidades

dirigentes. Una sociedad entendida en este sentido, o bien se mantiene inmune a las clasificaciones racionalistas y las expresiones de deseos; o bien deja de ser. Una sociedad se compone sobre todo de categorías jerárquicas ordenadas y no de «clases económicas». La concepción materialista inglesa, que desde Adam Smith se ha desarrollado con – y a partir del – racionalismo creciente, fue integrada por Marx, hace casi cien años, en un sistema superficial y cínico. No se ha hecho más correcta por haberse impuesto y por dominar en la actualidad el pensamiento, la visión y la voluntad de los pueblos blancos. No es más que un signo de la decadencia de la sociedad. Ya antes de finalizar el presente siglo las personas se preguntarán con asombro cómo fue posible tomar en serio esta valoración de las formas y las jerarquías sociales según la condición de quienes «ofertan» y quienes «demandan» trabajo, o sea: según la cantidad de dinero que el individuo tiene o quiere tener como fortuna, renta o salario; en lo cual lo determinante es la cantidad de dinero, y no a la manera – dependiente de la posición jerárquica social del individuo – en que ese dinero fue ganado y convertido en genuina propiedad. Esta postura es la del proletario y la del «nuevo rico» que, en última instancia pertenecen al mismo tipo de persona; ambos son la misma planta del pavimento de las grandes ciudades, desde el ladrón y el agitador callejero hasta el que especula con Bolsa y con la política partidaria.

Pero «sociedad» implica tener cultura; tener forma hasta en el rasgo más mínimo de la actitud y del pensamiento; forma lograda por una prolongada educación de generaciones enteras en costumbres y cosmovisiones rigurosas que impregnan la existencia conjunta con mil deberes y vínculos nunca formulados en palabras y que sólo rara vez se hacen conscientes, pero que convierten en una unidad viva a todos los hombres que abarca, más allá muchas veces de las fronteras nacionales; tal como lo fue la nobleza de las Cruzadas y la del siglo XVIII. Esto es lo que determina la jerarquía; esto es lo que se llama «tener mundo». Esto es lo que entre las etnias germánicas se designó, ya casi místicamente, con el nombre de *Honor*. Este honor fue una fuerza que impregnó toda la vida de generaciones enteras. El honor personal fue tan sólo el sentimiento de la incondicional responsabilidad del individuo por el honor del estamento, el honor profesional y el honor nacional. El individuo vivía participando de la vida de la comunidad y la existencia de los demás era también, la suya. Lo que la persona hacía arrastraba consigo la responsabilidad de todos, y en aquellos tiempos un hombre no moría tan sólo espiritualmente cuando se deshonraba, cuando su sentido del honor o el de los suyos resultaba mortalmente herido, ya sea por su culpa o por culpa ajena. Todo lo que llamamos deber, la precondition de todo derecho auténtico, la sustancia básica de toda costumbre noble, procede del honor. El campesinado tiene su honor como lo tiene todo oficio; como lo tienen el comerciante, el oficial, el funcionario y las antiguas estirpes de los príncipes. Quien no lo tiene, quien «no le da valor» al hecho de ser considerado decente, tanto por criterio propio como por el de sus pares, ése es «infame». Ésta es la diferencia entre la nobleza, tal como la entiende toda sociedad auténtica, y la pobreza, la falta de dinero, como la entiende la envidia de las personas actuales después de haberse perdido todo sentido para la vida distinguida y para la sensibilidad distinguida y se ha hecho

igualmente plebeyo el comportamiento público de todas las «clases» y de todos los «partidos».

En la antigua sociedad distinguida de Europa occidental – que, en cuanto a excelcitud de vida y exquisitez de las formas, alcanzó hacia fines del siglo XVIII algo que no podía ya ser superado, y que en algunos rasgos incluso comenzaba a ser quebradizo y enfermizo – surgió y creció todavía en los años 40 la exitosa burguesía anglo-puritana cuya ambición fue la de equiparar su estilo de vida al de la alta nobleza y, de ser posible, amalgamarse con ella. En esto, en la continua incorporación de nuevas corrientes de vida humana, se evidencia la fuerza de las antiguas formas desarrolladas de un modo natural.

Los terratenientes de la América del Sur española y de la América del Norte inglesa constituían ya desde mucho atrás una aristocracia conforme al modelo de los Grandes de España y los *Lords* ingleses. La aristocracia norteamericana fue aniquilada en la guerra civil de 1861/65 y sustituida por los *parvenus* de Nueva York y Chicago junto con la soberbia de sus millones. Todavía después de 1870 la nueva burguesía alemana creció dentro del marco de la estricta concepción de vida del oficial y del funcionario prusianos. Pero tal es la premisa de la existencia social: aquello que se eleva a los estratos superiores por sus aptitudes y por su fuerza interior, tiene que ser educado y ennoblecido por el rigor de la forma y la inflexibilidad de la moral a fin de representar y transmitir esa forma de allí en más, en la persona de los hijos y los nietos. Una sociedad viva se renueva incesantemente con sangre preciosa que afluye a ella desde abajo y desde afuera. La fuerza interior de la forma viva se demuestra por su capacidad de recibir, refinar y hermanar, sin volverse insegura. Pero en el momento en que esta forma de la vida deja de ser obvia, en cuanto tan sólo presta oído a la crítica sobre su necesidad, está acabada. Se pierde la percepción de la necesidad de la articulación que le señala a cada tipo de ser humano y a cada tipo de actividad humana su jerarquía en la totalidad; esto es: se pierde la capacidad de percibir la necesaria desigualdad de las partes, propia de toda estructura orgánica. Se pierde la capacidad para asumir la propia jerarquía con la conciencia tranquila y se desaprende el aceptar la subordinación como algo sobreentendido; y por consiguiente, en la misma medida los estratos inferiores desaprenden a prestar esa subordinación y a reconocerla como algo necesario y justificado. También en este ámbito, como siempre, la revolución comienza desde arriba para hacer después lugar a las revueltas de abajo. Los derechos «universales» se han otorgado siempre a quienes nunca pensaron en exigirlos. Pero la sociedad reposa en la desigualdad de los seres humanos. Se trata de un hecho natural. Hay seres vigorosos y hay débiles; existen los llamados a ser caudillos y los totalmente incapaces de serlo; hay creadores y estériles, honrados, perezosos, ambiciosos y conformes. Cada uno tiene su lugar en el ordenamiento del todo. Cuanto más importante es una cultura, cuanto más similar es su estructura al cuerpo de un noble animal o vegetal, tanto mayores son las diferencias de los elementos que la constituyen; las diferencias, no las antítesis, pues éstas se introducen recién de modo racional. A ningún criado eficiente se le ocurriría considerar a un campesino como su igual, y ningún capataz especializado admite que sus peones y

ayudantes lo traten en un tono de igual a igual. Ésta es la percepción natural de las circunstancias humanas. La «igualdad de derechos» es antinatural; constituye el indicio de degeneración que presentan las sociedades que se han vuelto viejas; es el comienzo de su imparable descomposición. Es un dislate intelectual el querer sustituir con algo diferente la estructura de una sociedad que ha crecido a través de los siglos y se ha afirmado por medio de la tradición. No es posible sustituir la vida por otra cosa. A la vida le sigue sólo la muerte.

Y eso es lo que se intenta en última instancia. No hay intención de transformar y mejorar, sino de destruir. En toda sociedad constantemente descienden al fondo los elementos degenerados, las familias gastadas, los miembros decadentes de estirpes altamente capacitadas, los deformes y disvaliosos en cuerpo y alma. Basta con detenerse a ver estos personajes en asambleas, tabernas, manifestaciones y disturbios. De algún modo, todos ellos son malogrados; personas que, en lugar de poseer una raza vigorosa en el cuerpo, a causa de sus vidas fracasadas sólo tienen controversias estériles y venganzas en la cabeza mientras el órgano más importante de sus cuerpos es la boca. Constituyen la escoria de las grandes ciudades, el verdadero populacho; el bajo fondo, en todo sentido, que en todas partes se forma en oposición consciente al gran mundo y al mundo distinguido. Es la bohemia política y literaria; son los nobles degradados como Catilina y Felipe Igualdad, duque de Orleáns; universitarios fracasados, aventureros y especuladores, delincuentes y prostitutas, vagos y débiles mentales, mezclados con un par de tristes soñadores apasionados por cualquier ideal abstracto. Los une el indefinido afán de vengarse por una mala suerte cualquiera que les estropeó la vida, la carencia de todo sentido del honor y del deber, y una desenfrenada avidez por dinero sin trabajo y por derechos sin deberes. De éste ámbito nebuloso surgen los efímeros héroes de todos los movimientos populacheros y los de todos los partidos radicales. Aquí es dónde la palabra “libertad” recibe el sangriento sentido de las épocas que se hunden. Lo que con esa palabra se quiere expresar es la independencia de todos los vínculos que impone la cultura; el desechar toda especie de moral y de forma, el liberarse de todos los hombres cuya actitud en la vida se percibe, con sorda rabia, como superior. La pobreza sobrellevada con orgullo y en paz, el cumplimiento silencioso del deber, la abnegación al servicio de una misión o de una convicción, la grandeza en la aceptación de un destino, la fidelidad, el honor, la responsabilidad y el rendimiento; todo esto es un reproche permanente para los denominados «humillados y ultrajados».

Pues, repitámoslo, lo contrario de «distinguido» no es «pobre», sino «vulgar». El bajo pensar y sentir de este bajo mundo se sirve de la masa desarraigada de las grandes ciudades, insegura ya en todos sus instintos, para alcanzar sus fines y su propio placer de destrucción y venganza. Por eso es que en esta masa desconcertada se inyectan, por medio de constantes discursos y escritos, una «conciencia de clase» y un «odio clasista»; por eso es que se le describen, subvirtiendo su verdadero significado, las clases dirigentes, los «ricos» y los «poderosos», como criminales y explotadores, para que finalmente alguien se ofrezca como salvador y dirigente. Todos los «derechos del pueblo», parloteados

por el racionalismo de arriba y provenientes de conciencias enfermas y mentes inconsistentes, terminan siendo exigidos desde abajo por los «desheredados» como algo obvio. Pero jamás han sido para el pueblo, pues siempre fueron otorgados a quienes ni siquiera habían pensado en exigirlos, como que ni hubieran sabido qué hacer con ellos. De hecho, no había por qué otorgarlos al «pueblo» en absoluto. Es que no estaban destinados al pueblo sino a la basura de los que se autodenominan «representantes del pueblo», con quienes se forma luego la camarilla radicalizada del partidismo que practica en forma profesional la lucha contra los poderes ordenadores de la cultura y somete la masa a su tutela mediante el sufragio, la libertad de Prensa y el terror.

Nace así el nihilismo, el odio subterráneo del proletario contra cualquier especie de forma superior, contra la cultura como concepto abarcador de esas formas superiores y contra la sociedad que es su sustrato y su resultado histórico. Que alguien tenga forma, que la domine, que se sienta bien en ella mientras que el hombre vulgar la siente como una cadena; que el tacto, el gusto y el sentido de la tradición sean cosas que forman parte del patrimonio hereditario de las culturas superiores y presupongan una educación; que haya círculos en los que el sentimiento del deber y la abnegación no sean ridículos sino motivos de distinción, los inunda de una sorda rabia. En épocas pasadas se agazapaba en un rincón y echaba espuma por la boca a la manera de Tersites, [\[12\]](#) pero hoy esa furia se extiende en forma amplia y general como cosmovisión por todos los pueblos blancos. Es que la época misma se ha vuelto «vulgar», y la mayoría de las personas ni siquiera saben hasta qué punto ellas mismas lo son. El trato desconsiderado en todos los Parlamentos; la predisposición generalizada a participar en negocios no muy limpios cuando ofrecen la posibilidad de ganar dinero sin trabajo; la música sincopada y los bailes negroides como expresión psíquica de todos los círculos; el maquillaje de prostituta adoptado por todas las mujeres; la manía de los literatos de ridiculizar en novelas y obras teatrales, en medio del aplauso general, los criterios estrictos de la sociedad distinguida; el mal gusto extendido hasta la alta nobleza y hasta las antiguas familias gobernantes; la tendencia a libertarse de toda obligación social y de toda costumbre antigua; todo ello demuestra que el populacho ha llegado a ser el que impone la moda. Pero mientras arriba las formas distinguidas y las viejas costumbres provocan sonrisas porque ya no se la lleva dentro como imperativos y no se sospecha que se trata de ser o no ser; abajo se desencadena el odio que quiere aniquilarlo todo y envidia todo lo que no es accesible a cualquiera, todo lo que sobresale y tiene que ser, por fin, derrocado. La sensibilidad vulgar se exaspera hasta la brutalidad no sólo ante la tradición y la moral, sino ante toda especie de cultura refinada, ante todo lo que es belleza, gracia, buen gusto en el vestir, seguridad en las formas del trato; ante el lenguaje selecto y la expresión corporal controlada que delata educación y autodisciplina. Un rostro de facciones distinguidas, un pie esbelto que pisa con ligereza y elegancia, contradicen toda democracia. El *otium cum dignitate* [\[13\]](#) en lugar de los espectáculos de boxeo y las carreras de caballos; la maestría en las artes nobles y la poesía antigua; incluso el placer de tener un huerto bien cuidado, con bellas flores y frutas raras; todo ello incita a incendiar, destruir y pisotear. La cultura, en su superioridad, es el enemigo. Porque a sus creaciones no cualquiera

las entiende; porque no todos pueden asimilarlas; porque no están ahí «para todos»; por eso tienen que ser destruidas.

Y en eso consiste la tendencia del nihilismo: no se piensa en educar a la masa para elevarla a la altura de la auténtica cultura; eso es arduo y trabajoso, y quizás falten también para ello ciertas condiciones. Por el contrario: el edificio de la sociedad debe ser achatado hasta ponerlo al nivel de la plebe. Debe imperar la igualdad general: todo debe ser igualmente vulgar. La misma manera de conseguir dinero y de gastarlo en la misma clase de diversiones: *panem et circenses* – no se necesita más, ni se comprende más. La superioridad, las buenas maneras, el buen gusto y cualquier clase de jerarquía innata constituyen un delito. Las ideas éticas, religiosas y nacionales, el matrimonio orientado a tener hijos, la familia y la soberanía del Estado, son cosas pasadas de moda y reaccionarias. El cuadro de las calles de Moscú muestra la meta; pero no hay que engañarse: no es el espíritu de Moscú el que aquí ha vencido. El bolchevismo tiene su hogar en Europa occidental desde que la concepción anglo-materialista del universo, adoptada por los círculos que Voltaire y Rousseau frecuentaron como aplicados alumnos, halló una expresión eficaz en el jacobinismo del continente. La democracia del siglo XIX ya era bolchevismo, sólo que no poseía todavía el coraje de admitir sus últimas consecuencias. Desde la toma de la Bastilla y la guillotina promotora de la igualdad general hasta los ideales y las barricadas de 1848 – el año del Manifiesto comunista – no hay más que un paso; y sólo hay otro desde este último punto al derrocamiento del zarismo de estructura occidental. El bolchevismo no nos amenaza; ya nos rige. Su igualdad es la equiparación del pueblo a la plebe; su libertad es un librarse de la cultura y de su sociedad.

## 12. Propiedad, lujo y riqueza

Por último, de una elevada cultura forma parte – y necesariamente – algo que hace prorrumpir a las personalidades vulgares en delirios de envidia y odio: la propiedad en su sentido original; la antigua y duradera propiedad, heredada de los antepasados o constituida a través de décadas de intenso y abnegado trabajo personal, y cuidada y acrecentada después para los hijos y los nietos. La riqueza no es sólo una premisa, sino, ante todo, la consecuencia y la manifestación de la superioridad, y no sólo por la manera en que fue adquirida, sino también por el talento necesario para estructurarla y emplearla como elemento de una auténtica cultura. Hay que decirlo abiertamente de una vez por todas, aunque sea una bofetada para la vulgaridad de esta época: poseer no es un pecado, sino un talento del cual sólo es capaz una minoría. También la propiedad es el resultado de una larga crianza en el marco de estirpes sobresalientes. A veces, en el caso de los fundadores de familias ascendentes, resulta adquirida mediante una auto-educación basada sobre fuertes cualidades raciales. Casi nunca aparece dada por

una genialidad original, sin la precondition de un ambiente educador y un pasado ejemplarizador. Lo importante no es cuánto se tiene, sino qué se tiene y de qué modo se lo tiene. La mera cantidad como fin en sí misma es vulgar. Se puede querer y tener la propiedad como medio para lograr poderío. En esto consiste la subordinación de los éxitos económicos a los fines políticos y confirma la vieja experiencia de que para hacer la guerra y para gobernar los Estados hace falta dinero. Así lo entendió César cuando conquistó y saqueó las Galias y, en nuestros días, Cecil Rhodes, cuando reunió en sus manos las minas sudafricanas para fundar allí un reino a su gusto personal. Ningún pueblo pobre puede lograr grandes éxitos políticos; y si considera que la pobreza es una virtud y que la riqueza es un pecado, tampoco merece lograrlos. La propiedad es un arma. Tal fue también el sentido último, apenas plenamente consciente, de las expediciones marítimas y terrestres de los germanos: con los tesoros conquistados se construían barcos y se reunía un séquito. Esta voluntad de poder se caracteriza por la generosidad propia de los grandes reyes. Es la antítesis de la codicia y la avaricia, al igual que de la prodigalidad propia de los nuevos ricos y de un afeminado amor al prójimo. Pero aquí no estamos tratando de eso. De lo que hablo es del poseer, en la medida en que ello está integrado a la tradición de una cultura. Significa superioridad intrínseca y diferencia a clases enteras de personas. Para ello no hace falta mucho: una pequeña granja bien atendida, un buen oficio, un pequeño jardín en el que se nota el amor con que es cuidado, el hogar limpio de un minero, un par de libros o de reproducciones de arte antiguo. Lo que importa es que uno transforme tales cosas en un mundo personal; que las impregne con su personalidad. La propiedad auténtica es un alma, y recién en esa medida es cultura auténtica. Estimarla por su valor en dinero es un error o una profanación. Dividirla a la muerte del propietario es una especie de asesinato. Tal fue la concepción alemana de la herencia. De acuerdo con esta idea, la heredad era una unidad indisoluble, impregnada del alma del que hasta su muerte la había administrado; no una cantidad divisible. ¿Pero quién comprende ya esto? ¿Quién tiene hoy todavía ojos y sentido para percibir la diferencia interna, casi metafísica, que existe entre bienes y dinero? Los bienes auténticos son algo a lo que se está íntimamente vinculado, como el guerrero germano con las armas que llevaba consigo a la tumba como propiedad intransferible; como el labrador con el predio en el que trabajaron sus antepasados; como el comerciante del antiguo cuño con la firma comercial que llevaba el nombre de la familia; como el auténtico artesano con su taller y con su oficio. Un bien auténtico es algo cuyo valor su propietario no puede expresar en dinero porque constituye un nexo cuya destrucción le hiere la vida. Por eso la «propiedad» verdadera es siempre inmueble en el más profundo sentido del término. Está adherida al propietario. Consiste de cosas y no está «invertida» en ellas como las simples fortunas determinables sólo de modo cuantitativo y totalmente apátridas en realidad. Por eso las familias en ascenso aspiran siempre a la propiedad territorial como forma primordial de bien inmueble, y las que descienden procuran transformarla en dinero efectivo. También en esto consiste la diferencia entre cultura y civilización. Pero el «dinero» es una abstracción, una simple montón de valores en el sentido del mercado, que se puede estimar sólo matemáticamente en una divisa cualquiera. Su único atractivo reside, por un lado en las múltiples posibilidades de obtenerlo de la noche a la

mañana, desde el juego de azar y el robo con violencia hasta los negocios basados en la política y en la especulación bursátil con cantidades que ni siquiera se tienen y, por el otro, en la posibilidad de derrocharlo en cualquier momento. En esto están de acuerdo los proletarios y los nuevos ricos; y en esto también reside una afinidad interna entre el bolchevismo y el americanismo. Lo que «tiene» un líder partidista radical que ha conseguido hacer dinero, o un especulador en la misma condición, es algo que debe ser ostentado. Los palacios de los jacobinos enriquecidos, de los financieros astutos y de los millonarios norteamericanos hablan un lenguaje claro; y lo mismo sucedía en la antigua Roma donde Marcial, Juvenal y Petronio se burlaban de la exhibición de las masas de dinero ganadas en forma demasiado rápida. Por supuesto, todo lo que se gasta así es en provecho propio; aun cuando se lo gaste en una fundación, se lo derroche, o sea metido paternalmente a otros en el bolsillo: lo esencial es siempre que haya un espectador. Todo el mundo tiene que saberlo; de otro modo no tendría sentido. Se goza en gastar por gastar. Se pretende jugar al Mecenas porque se ha oído hablar de él; pero sólo se consigue ser lo que en Munich se llama un “mosto”, [\[14\]](#)) un ricachón jactancioso, una copia del romano Trimalcio. Las casas se abarrotan de objetos de los que nada se entiende y de los cuales lo único que importa es el precio. Todo el comercio de obras de arte vive hoy de esto, al igual que en tiempos de César. Pero los «despilfarradores» y los «vividores» más insensatos se encuentran, sin embargo, en los tugurios donde se bebe hasta la borrachera y se apuestan las ganancias sucias y los sueldos partidarios; no en las casas burguesas de los antiguos patricios ni en las propiedades rurales de las viejas familias. Pero, como se carece de cultura, de esa tradición del disfrute que sabe hacer mucho de poco y que no se puede adquirir con dinero, la envidia de esta clase de superioridad devora, a pesar de todo, a los hombres de naturaleza vulgar. Habrá que repetirlo constantemente: – sobre todo ahora que en Alemania los revolucionarios «nacionales» adoran, como frailes mendicantes, el ideal de la pobreza y la miseria generalizadas declarando, en un hermoso acuerdo con los marxistas, que toda clase de riqueza es delito y vicio, y se lanzan a la batalla contra todo aquello que posee esa superioridad inherente a los productos de la alta cultura y contra todo lo que sobresale en virtud de una mayor capacidad de adquisición, conservación y utilización de la propiedad, y esto justamente por envidiar estas capacidades que a ellos mismos les faltan por completo – una cultura elevada está indisolublemente unida al lujo y a la riqueza. El lujo, ese moverse en forma natural entre los productos culturales que pertenecen espiritualmente a la personalidad, constituye la precondition que necesitan todas las épocas creadoras; por ejemplo para que surja un gran arte, que hoy ya no existe porque desde el siglo pasado se ha extinguido la verdadera vida artística que siempre se ha desarrollado dentro de la sociedad, entre los concedores y los creadores de obras importantes y no entre los mercaderes de arte, los críticos de arte y los esnobs, el «pueblo» o incluso el «público». Y la riqueza que se concentra en pocas manos y en estamentos dirigentes forma, entre otras cosas, la condición previa que necesita la educación de generaciones enteras de dirigentes por el ejemplo que brinda un ambiente altamente culto, sin el cual no hay vida económica sana ni un desarrollo de los talentos políticos. Un inventor puede ser pobre; pero en un pueblo mendigo su talento no llega a madurar a través de

grandes proyectos y a veces ni siquiera llega a tomar conciencia de que lo posee. Y con las disposiciones políticas y artísticas no sucede algo diferente. Por eso, desde 1648, los alemanes han sido un pueblo de teóricos, poetas y músicos de espaldas al mundo, pues tan sólo para esas actividades no hace falta dinero. Confundieron, y confunden aún hoy en día, las quimeras románticas con la verdadera política, pues estas quimeras no cuestan nada –salvo el éxito. Pero la riqueza es un concepto relativo. Lo que, hacia 1770, en Inglaterra suponía un bienestar mediano, en Prusia hubiera sido concebido como una gran riqueza. Y lo mismo sucede con la pobreza: la nobleza prusiana, en su mejor época, fue pobre y por ello, en contraposición a la inglesa, también fue pobre en talentos políticos ya que, para el desarrollo del talento del estadista, salvo raras excepciones, se necesita la vida en el gran mundo. La nobleza prusiana fue pobre, pero no sintió su condición como pobreza [15]. La falta de una propiedad o una renta considerable no es una desdicha ni una miseria, como que tampoco su posesión supone la felicidad en el sentido usual. El hecho de la pobreza en sí no es una catástrofe; recién cierto razonamiento sobre el hecho, recién el percibir las diferencias como antítesis; en fin, recién la envidia es lo que convierte la pobreza en desdicha. Para que alguien se sienta miserable es preciso que antes le haya sido hecha repulsiva la existencia modesta, y ésta ha sido la misión de los demagogos de todos los tiempos. En la Nuremberg de Alberto Dürero, por poner ejemplo, el hombre sencillo se alegraba sin envidia por la magnificencia de los estamentos superiores. Algo del esplendor de su ciudad natal recaía también sobre él; consideraba que su estilo de vida dependía del mismo y que bajo el estilo de vida de los demás nunca podría sentirse feliz. Precisamente el entendimiento no deformado de los peones de campo y de los obreros manuales es conciente de que la propiedad significa ante todo responsabilidad, dedicación y trabajo. Pero desde el siglo XVIII – desde la hegemonía del pensamiento racionalista acerca de la vida, la historia y el destino humano – la envidia, ajena al trabajador laborioso y capaz por naturaleza, ha sido fomentada en forma metódica precisamente por el submundo de los políticos profesionales democráticos y los escritores de moda como Rousseau, que ganaban dinero o satisfacían sus sentimientos enfermizos con ello. La avidez por la propiedad ajena calificada de robo, sin estimar o considerar siquiera el trabajo y el talento invertido en ella, resulta elevada a la categoría de cosmovisión y tiene por consecuencia una correspondiente política desde abajo.

Recién con ello comienza la revolución social a adquirir una tendencia económica que se manifiesta en teorías subversivas no relacionadas con la organización y los fines de la economía, sino centradas en el valor monetario de sus instalaciones y sus ganancias. Se crean antítesis entre pobres y ricos para iniciar la lucha entre ellos. Se quiere tenerlo «todo», todo lo que existe, todo lo que puede ser convertido en dinero, ya sea repartiéndolo o poseyéndolo en común, y lo que no se puede obtener así, se destruye para que los demás no lo sigan poseyendo. De este sentir y de este pensar – que no es el de los estratos sociales inferiores, sino el de sus autodenominados voceros – ha nacido todo lo que en la antigüedad se llamó reparto equitativo de la riqueza y hoy se llama lucha de clases y socialismo. Es la lucha entre las clases de «arriba» y las de «abajo» de la sociedad, librada entre los conductores de las naciones y los conductores del submundo para

quienes las clases obreras no son más que objetos y medios para fines propios. Frente a esta lucha, la sociedad envejecida sólo ha desarrollado una débil defensa. En cambio, sus enemigos innatos llevan a cabo un ataque sin piedad, y lo harán hasta que el cesarismo emergente no le ponga fin a la dictadura del proletariado; a las tendencias de los Gracos y los Catilinas.

### **13. La lucha de clases comienza alrededor de 1770**

Con esto quedan dadas las condiciones necesarias para describir la revolución «blanca» en toda su amplitud, con sus fines, su duración y su evolución lógica; algo que nadie se ha atrevido a hacer hasta ahora y que quizás tampoco fue posible antes de que dicha revolución entrara, con las consecuencias de la primera guerra mundial, en sus décadas decisivas. El escepticismo, que es la condición necesaria para la visión histórica, para la visión de la historia desde adentro – así como el desprecio a los hombres es la premisa necesaria para su conocimiento profundo – no está en el principio de las cosas.

Esta revolución no comienza con el socialismo materialista del siglo XIX, y mucho menos con el bolchevismo de 1917. Es «permanente» – para usar una de sus expresiones habituales – desde mediados del siglo XVIII. Por entonces, la crítica racionalista, que orgullosamente se autodenominó filosofía de la ilustración, comenzó a dirigir su actividad destructora hacia los hechos de la realidad, hacia el Estado, la sociedad y, por último, hacia las formas orgánicas de la economía; y esto después de haberse dedicado a destruir los sistemas teológicos del cristianismo y la cosmovisión tradicional de las personas cultas que no era sino teología sin la pretensión de construir un sistema. Comenzó a vaciar de contenido histórico los conceptos de pueblo, derecho y gobierno y, de un modo totalmente materialista, convirtió la diferencia entre el pobre y el rico en una antítesis moral esgrimida más como medio de agitación que algo creído en forma sincera. A este ámbito pertenece la Economía política, fundada como ciencia materialista alrededor de 1770 por A. Smith en el círculo de Hartley, Priestley, Mandeville y Bentham, y que se permitió considerar a los hombres como accesorios de la situación económica y «explicar» la historia a partir de los conceptos de precio, mercado y mercancía. De él procede la interpretación del trabajo, no como profesión y contenido de vida, sino como mercadería con la cual comercia el trabajador. En esta concepción está ausente todo lo que le da forma a la historia: todas las pasiones y todos los rasgos creadores de las personalidades y las razas vigorosas; la voluntad orientada hacia el mando, el gobierno, el poder y el botín; el afán de inventar; el odio, la venganza, el orgullo por la fuerza propia y por sus éxitos. Del otro lado, también se olvida la envidia, la pereza y los sentimientos venenosos de los inferiores. Quedan sólo las «leyes» del dinero y del precio, expresadas en estadísticas y curvas gráficas.

Junto a esto se inicia la autoflagelación de la sociedad declinante y exageradamente ingeniosa, que aplaude su propio escarnio: Las *Bodas de Fígaro* del señor «de» Beaumarchais, representadas contra la prohibición del rey en el palacio de Gennevilliers ante la nobleza cortesana sonriente; las novelas del señor «de» Voltaire, [16] devoradas en los círculos más aristocráticos, desde Londres a Petersburgo; los dibujos de Hogarth; los *Viajes de Gulliver*, *Los Bandidos* y *Kabale y Amor* de Shiller, las únicas obras geniales de la poesía revolucionaria que existen, lo demuestran así a través de su público, que de ninguna manera pertenecía a las clases bajas. [17] Lo que se escribía dentro de esos mismos círculos «saturados de ingenio» de la alta sociedad – las cartas de lord Chesterfield, las *Máximas* del duque de Larocheffoucauld, el *Système de la Nature* del barón de Holbach – resultaba ininteligible fuera de su ámbito de origen; aunque más no fuese por su ingeniosa redacción y dejando completamente de lado el hecho que el leer y el escribir no estaba generalizado ni siquiera en las clases medias.

En cambio, los demagogos profesionales del submundo urbano, que sólo sabían lanzar discursos y escribir libelos, comprendieron muy bien que de aquellos escritos podían extraerse excelentes frases para agitar a las masas. En Inglaterra los trastornos comenzaron en 1762 con el caso Wilkes, [18] condenado una y otra vez por ofensas al Gobierno en la Prensa, y una y otra vez elegido miembro de la Cámara Baja. En los mítines y en los motines organizados (*riots*) el grito con el que se exigía la libertad de Prensa, el sufragio general e incluso la República era «Wilkes y libertad». Fue por esa época que Marat escribió, en Inglaterra y para los ingleses, su primer libelo: *The Chains of Slavery* (1774). La sublevación de las colonias americanas (1776), con su Declaración de los Derechos del Hombre y su constitución en república, con sus árboles de la libertad y su puritanismo, partieron, en última instancia, de los movimientos ingleses de aquellos años. [19] A partir de 1779 nacen los clubes y las asociaciones secretas, que invadieron todo el país. Aspiraban a una revolución y enviaron, desde 1790, con los ministros Fox y Sheridan a la cabeza, felicitaciones, cartas y consejos a la Convención y a los jacobinos. Si la plutocracia inglesa dominante no hubiera sido mucho más enérgica que la cobarde corte de Versalles, la revolución hubiera estallado en Londres aún antes que en París. [20] Los clubes parisinos, sobre todo los *feuillants* y los jacobinos, incluyendo sus programas, su ramificación por toda Francia y su táctica de agitación, no son sino copias de los ingleses. Éstos, a su vez, tradujeron el término francés *citoyen* – el título que sus miembros se daban entre sí – por *citizen*; crearon el neologismo *citizeness* y adoptaron el lema «Libertad, Igualdad, Fraternidad», así como la costumbre de calificar a los reyes de tiranos. Desde entonces, ésta ha sido y todavía hoy sigue siendo la forma de preparar las revoluciones. Por aquellos días nació, como medio para ese fin, la demanda «general» de la libertad de prensa y de reunión, esa exigencia central del liberalismo político y la voluntad de liberarse de los vínculos éticos de una antigua cultura, una demanda que no tenía nada de general y sólo era calificada de tal por los charlatanes y los escribas que vivían de ello y querían alcanzar sus objetivos privados con semejante libertad. Pero la vieja sociedad, poseída por el *esprit*; la gente «ilustrada», los burgueses del siglo XIX – es decir: las víctimas de esa

libertad – hicieron de ella un ideal que quedó sustraído a toda crítica dirigida contra su trasfondo. Hoy que tenemos a la vista no sólo las esperanzas del siglo XVIII, sino también las consecuencias del XX, podemos ya por fin hablar sobre ello. Libertad ¿de qué? ¿Para qué? ¿Quién pagó la prensa y la agitación? ¿Quién se benefició con ello? Estas libertades se han revelado en todas partes como lo que son: medios del nihilismo para el achatamiento de la sociedad; medios del submundo para inyectar en la masa de las grandes ciudades aquella opinión – porque opinión propia la masa no tiene – que es la que más éxito promete para lograr este achatamiento. Por eso estas libertades – entre ellas también el sufragio universal – resultan otras vez combatidas, suprimidas y trocadas en su antítesis en el momento mismo en que han cumplido con su función y han puesto el poder en las manos de sus beneficiarios. Fue lo que sucedió tanto en la Francia jacobina de 1793 como en la Rusia bolchevique y en la Alemania de 1918. ¿Cuándo hubo en Alemania más prohibiciones de periódicos: en 1820 o en 1920? [\[21\]](#) La libertad ha sido siempre la de quienes quieren conquistar el poder, no la de quienes quieren suprimirlo.

Este liberalismo activo pasa consecuentemente del jacobinismo al bolchevismo. Y esto no es una contraposición entre el pensamiento y la voluntad. Es la forma temprana y la tardía, el principio y el fin del mismo movimiento. El mismo comienza precisamente alrededor de 1770 con tendencias sentimentales de «política social»: la estructura de la sociedad según estamentos y jerarquías tiene que ser destruida; hay que volver a la «naturaleza», a la horda uniforme; las clases deben ser sustituidas por lo que no es de clase, el dinero y el ingenio, el escritorio y la cátedra, los contables y los escritores; en lugar de la vida plena de forma hay que poner una vida sin formas, sin modales, sin deberes, sin distancia. Sólo alrededor de 1840 se convierte esta tendencia político-social en una tendencia «económica». En lugar de ir contra la gente distinguida ahora se dirige contra la que posee, desde el agricultor al empresario. A los adeptos del movimiento no se les promete ya la igualdad de derechos, sino el privilegio de los que nada poseen; ya no la libertad para todos, sino la dictadura del proletariado de las grandes ciudades, de la «masa obrera». Pero esto no supuso una diferencia en la cosmovisión ya que ésta fue y siguió siendo materialista y utilitaria. Se cambió pura y exclusivamente de método revolucionario. La demagogia profesional movilizó para la lucha de clases otra parte de los pueblos. Al principio, en 1770, se había dirigido en forma insegura a los campesinos y a los trabajadores, tanto en Inglaterra como en Francia. En 1789, los *cahiers* de los diputados del campo y de las pequeñas ciudades que habían de representar el «clamor de la nación», fueron redactados por profesionales del clamor, y ni siquiera fueron comprendidos por la mayoría de los electores. Estos estratos contaban con demasiada tradición arraigada para poder ser incondicionalmente utilizables como medio y como arma. Sin el populacho de los arrabales del Este, el Terror no habría sido posible en París. Se necesitaban los puños siempre presentes de la gran ciudad. No es verdad que se tratara entonces de necesidades «económicas». Los impuestos y las contribuciones eran derechos de soberanía. El sufragio universal debía ser un golpe contra el orden social. De allí el fracaso de la Convención: los campesinos y los artesanos no resultaron un séquito

confiable para los demagogos profesionales. Estos estratos poseían un sentimiento innato de la distancia. Tenían demasiado instinto y demasiado poca inteligencia urbana. Eran laboriosos y habían aprendido algo; y además, querían dejar su granja o su taller a sus hijos. En este ámbito los programas y los lemas no lograron una eficacia duradera.

Sólo alrededor de 1840 encontró la demagogia de Europa occidental, progresista, oradora y escritora en su totalidad [22], un instrumento mejor adaptado a sus fines: la masa desarraigada concentrada en las zonas carboníferas de la Europa septentrional, el tipo del obrero al servicio de la industria. Ya es hora de aclarar algo que ha permanecido totalmente oculto en la niebla de las luchas partidistas: lo que provocó el surgimiento del socialismo no fue la «miseria económica» en la que el «capitalismo» habría sumido al «proletariado». Fue la agitación profesional la que ha creó esta visión «objetivada» de las cosas. Del mismo modo, antes de 1789 había pintado un cuadro absolutamente falso de la miseria de la clase campesina [23], y ello exclusivamente porque esperaba reclutar entre ella su séquito incondicional. Y la burguesía culta y semiculta lo creyó y lo cree aún hoy en día. Desde 1848 la palabra «trabajador» recibió una aureola de santidad, y nadie se detuvo a pensar sobre su sentido y sobre los límites de su empleo. Así, la «clase trabajadora», que no existe en la estructura económica de ningún pueblo – pues ¿qué tienen que ver entre sí el minero, el marinero, el aprendiz de sastre, el metalúrgico, el camarero, el empleado bancario, el peón de campo y el barrendero? – se convirtió en una realidad política, en un partido agresivo que ha dividido a todos los pueblos blancos en dos frentes, uno de los cuales tiene que mantener a un ejército de empleados partidarios, oradores de mitin, periodistas y «representantes del pueblo» y hasta derramar su sangre por los objetivos privados de estas personas. Porque ése es el objeto de su existencia. La oposición de capitalismo y socialismo – palabras que, desde entonces, una enorme literatura se ha esforzado por definir; en vano porque un eslogan no se define – no se deriva de una realidad cualquiera, sino que es tan sólo una construcción provocadora. Marx la *introdujo* en el contexto de la industria inglesa, no la *extrajo* de ella, y para lograrlo tuvo que hacer abstracción de la existencia de todos los hombres que se ocupaban de agricultura, comercio, transporte y administración. Este cuadro de la época fue tan ajeno a la realidad y a sus hombres que incluso teóricamente el Sur se separó del Norte: la frontera sigue aproximadamente la línea Lyon-Milán. En el Mediodía románico – donde no se necesita gran cosa para vivir y se trabaja poco, donde no hay carbón y, por consiguiente, tampoco una gran industria, donde racialmente se piensa y se siente de un modo distinto – se desarrollaron las tendencias anarquistas y sindicalistas, cuya imagen ideal es la disolución de los grandes organismos nacionales en pequeños grupos autárquicos sin Estado, en enjambres de beduinos de la inactividad. En cambio, en el Norte, donde el riguroso invierno exige un trabajo más riguroso y lo hace tanto posible como necesario, donde además de la lucha contra el hambre desde épocas prehistóricas se libra la lucha contra el frío, de la voluntad de poder germánica orientada hacia las grandes organizaciones surgieron los sistemas del comunismo autoritario con su meta final de una dictadura del proletariado impuesta al mundo entero. En el curso del siglo XIX, en las zonas carboníferas de estos países

septentrionales se produjo una concentración de hombres y de riqueza nacional de una magnitud desconocida hasta entonces, y sólo gracias a esto la demagogia logró obtener en ellos y más allá de sus fronteras una fuerza de choque muy diferente. Los altos jornales de los obreros de las fábricas inglesas, alemanas y americanas vencieron a los más bajos de los trabajadores agrícolas meridionales precisamente porque no eran en absoluto «jornales de hambre», y recién a consecuencia de esta superioridad «capitalista» de los recursos a disposición de los partidos fue que el marxismo se impuso a las teorías de Fourier y Proudhon. Hoy la clase trabajadora campesina ha perdido todo interés para estos partidos. Tiene escaso valor como arma para la lucha de clases, aunque más no sea porque no se halla constantemente a disposición en las calles y porque sus tradiciones de propiedad y de trabajo contradicen las intenciones de la teoría, con lo cual termina siendo ignorada por las consignas del programa comunista. Burguesía y proletariado; esto sí penetra fácilmente, y cuanto más simple es el sujeto menos advierte cuántas cosas quedan fuera de este esquema.

Toda demagogia estructura su programa conforme a aquella parte de la nación que espera movilizar para sus fines. En Roma, desde Flaminio a C. Graco, fue la clase campesina itálica que quería tierras para labrarlas. De aquí el reparto de la región gala al sur del Po por el primero y la demanda de reparto del *ager publicus* por parte del segundo. Pero Graco sucumbió porque los campesinos, que habían acudido en masa a Roma para la votación, tuvieron que volver a sus casas para recoger la cosecha. Desde entonces, la demagogia al estilo de los Cinna y los Catilina especuló con los esclavos y, sobre todo, en lugar de apoyarse en los laboriosos jornaleros, se dirigió – como había sucedido antes en las ciudades griegas desde Cleón – al populacho sin oficio y de cualquier procedencia que vagaba por las calles de Roma y quería ser alimentado y divertido: *¡panem et circenses!* Precisamente debido a que a través de todo un siglo se desarrolló una competencia reñida y cada vez más costosa por la conquista de tales masas, éstas crecieron en una proporción tal que todavía después de César constituyeron un constante peligro para el gobierno del imperio mundial. Cuanto más inferior es esta clase de seguidores, tanto más útil resulta. Por eso, desde la *Commune* parisina de 1871 el bolchevismo no ha intentado actuar tanto sobre el trabajador especializado, laborioso y sobrio que piensa en su oficio y en su familia, como sobre la gentuza haragana de las grandes ciudades dispuesta en cualquier momento al asesinato y al saqueo. Por eso es que, en Alemania, desde 1918 hasta los años del gran paro obrero, los partidos obreros gobernantes se han cuidado muy bien de no establecer una diferencia legal entre los desocupados y los vagos. Por aquél entonces, junto con el subsidio a la supuesta desocupación coexistió una escasez de trabajadores, sobre todo en el campo, y nadie trató seriamente de impedirlo. Fueron miles los que abusaron de los subsidios por enfermedad para eludir el trabajo. Al principio, el paro obrero fue literalmente cultivado por el marxismo. Es que el concepto de proletario excluye la alegría producida por el trabajo. Un obrero que sabe hacer algo y que está orgulloso de su producción no se siente proletario. Para el movimiento revolucionario es un estorbo. Tiene que ser proletarizado y desmoralizado para que ese movimiento

pueda aprovecharlo. Éste es el verdadero bolchevismo, en el que esta revolución alcanza su punto culminante; aunque no, y por lejos, su última fase.

El hecho de considerar este bolchevismo como una creación rusa que amenazaría conquistar la Europa occidental caracteriza la superficialidad del pensamiento de todo el mundo «blanco». En realidad, nació en Europa occidental y, por necesidad lógica como última fase de la democracia liberal de 1770 y como último triunfo del racionalismo político, es decir: de la pretensión de dominar la historia con sistemas e ideales literarios. Su primera explosión de gran envergadura fue, después de los combates de junio de 1848, la *Commune* parisina de 1871 que estuvo a punto de conquistar toda Francia [24]. Lo impidió tan sólo el ejército, y también la política alemana que lo apoyó moralmente. Fue entonces – y no en la Rusia de 1917 – que nacieron, de los hechos concretos de una capital sitiada, los consejos de obreros y soldados que Marx, un advenedizo en cuestiones prácticas, recomendó desde entonces como la forma posible de un gobierno comunista. Por entonces fue que se llevaron a cabo por primera vez las matanzas en masa de adversarios; matanzas que le costaron a Francia más vidas que toda la guerra contra Alemania. Durante aquellos acontecimientos no gobernó en realidad la clase obrera sino la gentuza reacia al trabajo: desertores, delincuentes y proxenetes, literatos y periodistas, y entre ellos, como siempre, muchos extranjeros, polacos, judíos, italianos e incluso alemanes. Pero fue una forma específicamente francesa de revolución. De Marx no se habló en absoluto, y sí de Proudhon, de Fourier y de los jacobinos de 1792. Una tenue alianza de las grandes ciudades – esto es: de sus clases más bajas – debía someter y regir al campo y a las ciudades menores; una idea típica del anarquismo románico. Algo similar había intentado ya en 1411 el carnicero Caboche con el populacho de París, militarmente organizado. Y fue copiado en San Petersburgo en 1917 con un populacho «occidental» de la misma especie y con los mismos lemas. Pero el costado «asiático» de esta revolución rusa, que por entonces apenas apareció y que todavía hoy no ha conseguido superar las formas comunistas occidentales del régimen soviético, tiene su expresión más temprana en el alzamiento de Pugachev (1772-75), que se apoderó de toda la región superior del Volga y amenazó temporalmente a Moscú y con ello al zarismo. Los campesinos impulsados por un entusiasmo religioso, [25] y junto a ellos tribus enteras de cosacos, degollaron a cuantos representantes de la Rusia «europea» de Pedro el Grande cayeron en sus manos: a los oficiales, a los funcionarios y, sobre todo, a los nuevos nobles. Lo mismo habrían hecho con los representantes de la burocracia soviética, y los descendientes de aquellos campesinos lo harían hoy con mucho gusto y quizás hasta lo harán realmente mañana. El odio contra esta dirigencia que piensa en términos de sistemas extranjeros, un odio contra el cual el Moscú actual consigue defenderse cada vez menos, es muy antiguo y se remonta hasta las rebeliones de los *streltsi* contra Pedro el Grande. [26] Los demócratas y los socialistas de Occidente no pueden concebirlo ni sentirlo en absoluto. Aquí es donde aparece la oposición entre el verdadero bolchevismo – latente en el fondo de todos los pueblos «blancos» y del que forman parte la propia democracia el propio socialismo – y el odio que se acumula en todas las poblaciones «de color» del mundo contra la civilización blanca en su totalidad, incluyendo a sus corrientes revolucionarias.

Pero ¿cuál es desde 1770 y sobre todo desde 1848 la actitud de la «sociedad» de la civilización europea occidental – que en la Inglaterra actual se autodenomina preferentemente clase media, y burguesía en el continente pues también ha olvidado a los campesinos [27] – ante el hecho de esta revolución progresiva desde abajo que desprecia y se burla desde hace ya mucho tiempo de su estadio previo liberal y de las libertades exigidas por el iluminismo político – la libertad de Prensa, de asociación y de reunión y la del sufragio universal – después de haber aprovechado sus posibilidades de desintegración al máximo? Es un capítulo vergonzoso el que aquí le queda por relatar al futuro historiador. Construida sobre los hechos ancestralmente humanos del señorío, el estamento y la propiedad, ha tolerado, «comprendido», festejado y apoyado el ataque nihilista contra ellos. La gran moda del siglo pasado fue este suicidio intelectual.

Hay que afirmarlo una y otra vez: esta sociedad, en la que precisamente ahora se cumple el tránsito desde la cultura a la civilización, está enferma; enferma en sus instintos y por eso también en su espíritu. No se defiende. Halla gusto en su escarnio y en su descomposición. Se descompone cada vez más desde mediados del siglo XVIII en círculos liberales y luego, contradictoriamente y en desesperado rechazo, en círculos conservadores. Por un lado, hay un escaso número de hombres que, merced a un seguro instinto de la realidad política, ve lo que sucede y la dirección que se ha tomado. Estos hombres intentan impedir, mitigar y desviar. Son personalidades similares a los del círculo de los Escipiones en Roma cuyas opiniones le sirvieron de base a Polibio para su obra histórica: Burke, Pitt, Wellington y Disraeli en Inglaterra; Metternich y Hegel y después Bismarck en Alemania; Tocqueville en Francia. Intentaron defender los poderes conservadores de la antigua cultura: el Estado; la monarquía, el ejército, la conciencia de pertenencia a un estamento, la propiedad y a la clase campesina, incluso en lo que tenían de objetables. Por eso son difamados hoy como «reaccionarios»; una palabra que fue inventada por los liberales y hoy les es aplicada a ellos por sus discípulos marxistas desde que intentan impedir las últimas consecuencias de sus actos. En esto consiste el tan ensalzado progreso. Del el otro lado se encuentra casi todo aquello que posee inteligencia urbana o, por lo menos, la admira como signo de superioridad actual y como poder futuro, un futuro que hoy ya es pasado.

En este círculo, el periodismo es elevado a la categoría de expresión dominante de la época. Es el *esprit* crítico del siglo XVIII, aguado y rebajado para uso de los intelectualmente mediocres; y no debe olvidarse que el *krinein* griego significa separar, dividir y descomponer. El drama, la lírica, la filosofía y hasta las ciencias naturales y la historia [28] se convierten en artículos de fondo y folletos exageradamente tendenciosos contra todo lo que es conservador y alguna vez inspiró respeto. El partido político se convierte en el sustituto liberal del estamento y del Estado; la revolución, bajo la forma de luchas electorales periódicas con todos los medios del dinero, del «ingenio» e incluso la violencia física según el modelo de los Gracos, es elevada a la categoría de proceso constitucional; y el gobierno, como sentido y misión de la existencia del Estado, resulta, o bien combatido y agraviado, o bien rebajado a la categoría de un negocio partidario. Pero la ceguera y la cobardía del liberalismo va aun más allá. Se le brinda

tolerancia a los poderes de la escoria de las grandes ciudades; pero no se exige la misma tolerancia de parte de ellos. En medio de un sentimentalismo repugnante, los nihilistas rusos y los anarquistas españoles son admirados por la «buena» sociedad de Europa occidental; se los festeja y se los pasea de un salón elegante en otro. En París y en Londres y sobre todo en Suiza se protege cuidadosamente no sólo su existencia, sino su actividad subterránea. En la Prensa liberal retumban las maldiciones contra las cárceles en las que se consumen los mártires de la libertad y no se oye ni una sola palabra en favor de los innumerables defensores del orden del Estado, incluso simples soldados y policías, que fueron destrozados por las explosiones de los atentados, o asesinados, o dejados inválidos, en el cumplimiento de su deber,<sup>[29]</sup>

El concepto de proletariado, creado por teóricos socialistas con bien meditada intención, ha sido aceptado por la burguesía. En realidad, no tiene nada que ver con los mil tipos de arduo y especializado trabajo que existen; desde la pesca hasta la imprenta y desde el leñador hasta el maquinista de una locomotora. El término es despreciado por los obreros laboriosos y capacitados que lo consideran un insulto. Fue creado tan sólo para incorporar los trabajadores al populacho de las grandes ciudades con el fin de subvertir el orden social. Recién el liberalismo, al utilizarlo como un concepto establecido, lo convirtió en el foco central del pensamiento político. Bajo la denominación de «naturalismo» nacieron una literatura y una pintura deplorables que elevaron la bazofia a la categoría de atractivo estético mientras el pensamiento y el sentimiento vulgar de hombres vulgares ascendía a la categoría de cosmovisión. Por «pueblo» no se entendió ya la nación toda, sino aquella parte de la masa urbana que se rebelaba contra esa comunidad. El proletario apareció como héroe sobre el escenario de una burguesía cada vez más estúpida y, con él, la prostituta, el vago, el agitador y el delincuente. Desde entonces se considera moderno y superior el mirar al mundo desde abajo, desde la perspectiva de los tugurios y los callejones de dudosa fama. Fue en aquél entonces y en los círculos liberales de Europa occidental y no en la Rusia de 1918 que nació el «culto al proletario». Una fantasía de graves consecuencias, mitad mentira y mitad estupidez, comenzó a apoderarse del cerebro de la gente culta y semiculta. «El trabajador» ha pasado a ser el hombre propiamente dicho, el verdadero pueblo, el sentido y el objetivo de la historia, la política y la preocupación pública. Se olvida que todos los hombres trabajan y, sobre todo, que hay quienes producen un trabajo mayor y más importante: el inventor, el ingeniero, el organizador. Nadie se atreve ya a acentuar la jerarquía, la calidad de una producción, como criterio de su valor. Sólo el trabajo medido por horas se considera ya como tal. Y «el trabajador» es, simultáneamente, el pobre y el desgraciado, el desheredado, el hambriento y el explotado. Sólo a él se le aplican las palabras «trabajo» y «miseria». Nadie piensa ya en los campesinos de las regiones poco fértiles, en sus malas cosechas, en los peligros del granizo y las heladas, en la preocupación por la venta de sus productos, ni en la vida miserable de los artesanos pobres de las grandes zonas industriales, ni en las tragedias de los pequeños comerciantes, los pescadores, los inventores y los médicos, en todos los que tienen que luchar entre peligros y angustias por cada bocado del pan cotidiano y sucumben de a millares sin que nadie lo advierta. Sólo «el

trabajador» halla compasión. Sólo él es auxiliado, protegido y asegurado. Más aún: se lo eleva a la categoría de santo, de ídolo de la época. El mundo gira en torno de él. Es el centro de la economía y el hijo predilecto de la política. Todos existen para él; la mayoría de la nación tiene que servirlo. Está permitido burlarse del campesino bruto y estúpido; del empleado haragán y del tendero tramposo – para no hablar del juez, del oficial y del empresario, los destinatarios preferidos de los chistes de mal gusto – pero nadie se atrevería a volcar el mismo sarcasmo «el trabajador». Todos los demás son haraganes; sólo él no lo es. Todos son egoístas, menos él. La burguesía entera balancea el incensario ante este fantasma; todos, por mucho que rindan en su actividad personal, tienen que permanecer de rodillas ante él. Su existencia está por encima de toda crítica. Fue la burguesía la que impuso plenamente esta manera de ver las cosas y los «representantes del pueblo», como hábiles mercaderes que son, viven de esta leyenda. Se la han contado tantas veces a los trabajadores asalariados que éstos han terminado por creérsela y por sentirse realmente maltratados y miserables, con lo que perdieron todo criterio para valorar su producción y su importancia. Frente a las tendencias de la demagogia, el liberalismo constituye la forma en que la sociedad enferma se suicida. Con estas perspectivas, se rinde y se abandona a sí misma. Después de haber ayudado intelectualmente a forjar las armas de su adversario, la lucha de clases que se libra contra ella, en forma encarnizada y sin cuartel, la encuentra dispuesta a la capitulación política. En el futuro, sólo el elemento conservador, por débil que haya sido en el siglo XIX, puede impedir y habrá de impedir el final.

## 14. Tipología del demagogo

¿Quién es el que en las grandes ciudades y en las grandes zonas industriales ha sublevado a esta masa de asalariados? ¿Quién la ha organizado, la ha provisto de consignas y la ha lanzado a la lucha de clases contra la mayoría de la nación por medio de una cínica propaganda? No ha sido el trabajador laborioso y experto; el »Straubinger« (vagabundo), como se lo denomina con total desprecio en la correspondencia entre Marx y Engels. En una carta a Marx, fechada el 9 de mayo de 1851 Engels habla del populacho democrático, rojo y comunista. En otra, del 11 de diciembre del mismo año, le escribe: «¿Para qué sirve esa gentuza si olvida cómo andar a los golpes?» El obrero no es más que un medio para los fines privados de los revolucionarios profesionales. Tiene que pelear para satisfacer el hambre de poder y el odio que sienten hacia los poderes conservadores y [\[30\]](#). Si se les reconociera sólo a trabajadores auténticos el derecho de representar a los trabajadores, los escaños de la izquierda de todos los parlamentos se quedarían casi vacíos. Entre los autores de los programas teóricos y los líderes de la acción revolucionaria no hay uno solo que haya trabajado realmente y durante años en una fábrica.[\[31\]](#) La bohemia política de Europa occidental, en la cual se desarrolló

el bolchevismo desde mediados del siglo XIX, se compone de los mismos elementos que aquella en la cual se ha desarrollado el liberalismo revolucionario desde 1770. Sea a favor del «capitalismo» como en París en la revolución de Febrero del 1848, o en contra como en los combates de Junio, y signifiquen la «igualdad y fraternidad» las de la clase media como en 1789, o las de las clases más bajas como en 1793 y en 1918 – en realidad, los fines de los promotores de estos movimientos y sus motivos últimos han sido siempre exactamente los mismos; y no otra cosa sucede hoy en España y mañana quizá en los Estados Unidos. Los pandilleros de los alzamientos liberales y bolcheviques surgen del populacho intelectual dirigido por los fracasados de todas las profesiones académicas, por los incapaces y por los que sufren de alguna discapacidad psíquica. La «dictadura del proletariado» – esto es: la propia dictadura de estas personas con la ayuda del proletariado – es su venganza contra los satisfechos y los bien constituidos; es el último recurso que tienen para satisfacer su enfermiza vanidad y su vulgar avidez de poder, surgidas ambas de la inseguridad de su autoestima; es la última expresión de instintos corruptos y descarrilados.

Entre todos estos juristas, periodistas, maestros de escuela, artistas y técnicos suele pasar inadvertido un tipo, el más fatal de todos: el sacerdote degradado. Es que se olvida la honda diferencia que existe entre religión e Iglesia. Religión es la relación personal con los poderes del mundo circundante, tal como se expresa en la concepción del universo, las costumbres piadosas y la conducta austera. Una Iglesia es la organización del sacerdocio que lucha por su poder terrenal. Coloca bajo su poder las formas de la vida religiosa y con ellas a los hombres que las profesan. Por eso es la enemiga innata de todos los demás poderes: el Estado, la clase y la nación. Durante las Guerras Médicas, la clase sacerdotal de Delfos agitó al pueblo a favor de Jerjes y en contra de la defensa nacional. Ciro pudo conquistar Babilonia y destronar al último rey caldeo Naboned porque los sacerdotes de Marduk estaban en connivencia con él. La historia antigua de Egipto y la de China están llenas de ejemplos de este tipo y en Occidente sólo hubo tregua – a veces – entre la monarquía y la Iglesia, el trono y el altar, la nobleza y los sacerdotes, cuando su alianza contra terceros prometía una mayor ventaja. «Mi reino no es de este mundo» es el principio más profundo de toda religión; y toda Iglesia lo traiciona. Pero, por el hecho mismo de su existencia, toda Iglesia sucumbe a las condiciones de la vida histórica: piensa en términos de política de poder y de materialismo económico; hace la guerra diplomática y militar, y comparte con otros poderes las consecuencias de la juventud y la vejez, el apogeo y la decadencia. Y sobre todo, no es honrada en relación con la política y la tradición conservadoras del Estado y de la sociedad, ni puede serlo como Iglesia. Todas las sectas jóvenes son, en última instancia, enemigas del Estado y de la propiedad; contrarias a la jerarquía social tienen el prejuicio de la igualdad [\[32\]](#). Y la política de las Iglesias envejecidas, por más conservadoras que sean en cuanto a si mismas, está siempre tentada de hacerse liberal, demócrata y socialista en lo que al Estado y a la sociedad se refiere, esto es, de actuar en forma niveladora y destructora ni bien se inicia la lucha entre la tradición y la plebe.

Todos los sacerdotes son hombres y con ello el destino de la Iglesia se hace dependiente del material humano del que en rápida sucesión se compone. Ni la más rigurosa selección – que, por regla, es excelente – puede impedir que, en épocas de decadencia social y demolición revolucionaria de todas las formas antiguas, se vuelvan frecuentes y hasta dominantes los instintos vulgares y el pensamiento vulgar. En todas las épocas de esta clase existe una plebe sacerdotal que arrastra la dignidad y la fe de la Iglesia por el suelo sucio de los intereses políticos partidarios, se alía con los poderes revolucionarios y, con la fraseología sentimental del amor al prójimo y el amparo a los pobres, ayuda al submundo a desencadenar la destrucción del orden social – un orden al que también la Iglesia se halla irrevocable y fatalmente ligada. Una religión es lo que es el alma de los creyentes. Una Iglesia vale tanto como el material sacerdotal que la compone.

Al principio de la Revolución Francesa – junto al enjambre de abates corruptos que desde muchos años atrás venían ya ridiculizando de palabra y por escrito a la monarquía, a la autoridad y a las jerarquías – hallamos al fraile renegado Fouché y al obispo apóstata Talleyrand, ambos regicidas y ladrones de millones, duques napoleónicos y traidores a su patria. A partir de 1815 el sacerdote cristiano se va haciendo demócrata, socialista y hombre de partido con una frecuencia cada vez mayor. Como instituciones, el luteranismo, que apenas es una Iglesia, y el puritanismo, que no lo es en absoluto, no han hecho política destructora. El pastor individual se metió en «el pueblo» o en el partido obrero a título personal, habló en las reuniones electorales y en los parlamentos, escribió sobre cuestiones «sociales» y terminó siendo demagogo y marxista. En cambio, el sacerdote católico, que tenía vínculos institucionales más fuertes, arrastró tras de sí a la Iglesia por ese camino. La Iglesia quedó enredada en la agitación de los partidos; primero como medio eficaz y, por último, como víctima de esta política. En Francia, ya bajo Napoleón III existió un movimiento obrero católico con tendencias social-sindicalistas. En Alemania, ese movimiento apareció después de 1870, ante el temor de que los sindicatos rojos conquistaran solos el poder sobre las masas de las regiones industriales. Y poco tiempo después pactó con ellos. Todos los partidos obreros tienen una confusa conciencia de pertenecer al mismo conjunto; por mucho que las camarillas de dirigentes se odian entre sí.

Ha pasado ya mucho tiempo desde la época en que León XIII con su visión política mundial hizo escuela y el clero alemán era regido por un verdadero príncipe de la Iglesia como el cardenal Kopp. Por aquél entonces la Iglesia tenía conciencia de ser un poder conservador y sabía muy bien que su destino estaba ligado al de los restantes poderes conservadores, al de la autoridad del Estado, la monarquía, el orden social y la propiedad; que en la lucha de clases no tenía más remedio que estar a la «derecha» contra los poderes liberales y socialistas, y que precisamente de ello dependía toda su posibilidad de sobrevivir a la época revolucionaria y conservar su condición de potencia. Esto ha cambiado en forma rápida. La disciplina espiritual se ha relajado. Los elementos plebeyos de la clase sacerdotal tiranizan con su actividad a la Iglesia, incluyendo a sus más altas autoridades, y éstas tienen que callar para no delatar su impotencia ante el

mundo. La diplomacia de la Iglesia, que en el pasado supo actuar con suprema distinción y altura, juzgando tácticamente las cosas por décadas enteras, le ha dado lugar en gran medida a los vulgares métodos de la política cotidiana, a la agitación democrática partidista desde abajo, a sus trucos indignos y a sus argumentos falaces. En la Iglesia ya se piensa y se habla al nivel del submundo de las grandes ciudades. La tradicional aspiración al poder mundano ha quedado reducida a una mezquina ambición de victorias electorales y a las alianzas con otros partidos populacheros para conseguir ventajas materiales. La plebe en el estamento sacerdotal, severamente disciplinada en otros tiempos, impera hoy con su pensar proletario sobre aquella parte valiosa del clero que considera más importante el alma de los hombres que su voto y que toma más en serio las cuestiones metafísicas que a una intervención demagógica en la vida económica. Hace algunas décadas no se habrían cometido errores tácticos como los recientes en España, donde se creyeron que sería posible separar los destinos del trono y el altar. Pero desde el final de la guerra mundial y sobre todo en Alemania, la Iglesia, que es un viejo poder con viejas tradiciones inflexibles y como tal tiene que pagar muy caro su descenso a la calle con la pérdida de respeto por parte de sus fieles, ha caído en la lucha de clases y en la connivencia con el marxismo por culpa de la agitación de sus adeptos inferiores. Hay en Alemania un bolchevismo católico más peligroso que el anticristiano porque se oculta detrás de la máscara de una religión.

Ahora bien; de hecho, todos los sistemas comunistas del Occidente han brotado del pensamiento cristiano-teológico: la Utopía de Tomás Moro, la Ciudad del Sol del dominico Campanella, las teorías de Karlstadt y Tomás Münzer, discípulos de Lutero, y el socialismo de Estado de Fichte. Todos los ideales futuristas soñados y redactados por Fourier, Saint-Simón, Owen, Marx y cientos de otros, tienen su origen, sin que sus autores lo supieran, ni mucho menos lo quisieran, en una indignación clerical-moral y en conceptos escolásticos que operaron subrepticamente en el pensamiento económico y en el seno de la opinión pública sobre las cuestiones sociales. ¡Cuánto del derecho natural y del concepto del Estado de Tomás de Aquino hay todavía en Adam Smith y por lo tanto – con signo contrario – en el Manifiesto comunista! La teología cristiana es la abuela del bolchevismo. Cualquier especulación abstracta sobre conceptos económicos, ajena a toda experiencia económica real, conduce, cuando es llevada a término en forma valiente y honrada, a conclusiones racionalistas contra el Estado y la propiedad. Sólo la falta de visión ahorra a estos escolásticos materialistas el advertir que al final de su cadena de razonamientos está otra vez el principio: el comunismo llevado a la práctica es burocracia autoritaria. Para imponer el ideal hace falta la dictadura, el régimen del terror, el poder armado; la desigualdad de amos y esclavos, la diferencia entre los que mandan y los que obedecen; en una palabra, el sistema de Moscú. Pero hay dos tipos de comunismo: uno, creyente, fiel por fanatismo doctrinario o sentimentalismo afeminado, que, de espaldas al mundo y hostil a él, condena la riqueza de los depravados felices y a veces también la pobreza de los honrados desgraciados. Este comunismo termina, o bien en nebulosas utopías, o bien se refugia en el ascetismo, el convento, la bohemia o el vagabundeo, desde dónde predica la futilidad de toda aspiración

económica. El otro, «mundano», orientado hacia la política real, quiere, por envidia o venganza, hacer que sus adeptos destruyan la sociedad porque la misma les señala – habida cuenta de sus personalidades y sus talentos – un puesto inferior. O bien pretende arrastrar en pos de sí a las masas por medio de un programa cualquiera para satisfacer su voluntad de poder. Pero incluso en esto existe cierta preferencia por ocultarse bajo el manto de una religión.

También el marxismo es una religión, no en la intención de su creador pero sí en lo que sus discípulos revolucionarios han hecho de él. Tiene sus santos, sus apóstoles, sus mártires, sus Padres de la Iglesia, su Biblia y su misión. Tiene dogmas, inquisición, una ortodoxia y una escolástica y, sobre todo, una moral peculiar – o más bien dos: una para los fieles y otra para los infieles – como cualquier Iglesia. Y el hecho que su doctrina sea enteramente materialista, ¿qué diferencia supone? ¿Acaso lo son menos los sacerdotes que intervienen como agitadores en cuestiones económicas? ¿Qué son los sindicatos cristianos? Bolchevismo cristiano y no otra cosa. Desde el principio de la era racionalista, o sea desde 1750, hay materialismo con y sin terminología cristiana. En cuanto alguien mezcla los términos de pobreza, hambre, miseria, trabajo y salario – con el énfasis encubierto puesto sobre las palabras rico y pobre; justo e injusto – y después se declara en favor de las demandas socioeconómicas proletarias, vale decir: de las demandas de dinero; ése alguien es materialista. Y entonces, por necesidad intrínseca, el altar mayor es substituido por la secretaría del partido, la urna de las limosnas es reemplazada por la urna electoral y el empleado del sindicato se convierte en sucesor de San Francisco.

Este materialismo de las grandes ciudades es una forma de juzgar y de actuar en la práctica; la «fe» que acompaña esta forma puede ser cualquiera. Este materialismo urbano es una manera de considerar «económicamente» tanto a la vida pública como a la propia y de entender por economía, no la vocación profesional ni un contenido de la vida, sino el método de conquistar con poco esfuerzo la mayor cantidad posible de dinero y de placer: *Panem et circenses*. La mayoría de las personas no tiene conciencia de hasta qué punto es y piensa de modo materialista. Se puede ser materialista a pesar de rezar y confesar fervorosamente y tener constantemente en la boca el nombre de Dios; [\[33\]](#) incluso a pesar de ser sacerdote por vocación y convicción. La moral cristiana, como toda moral, es templanza y no otra cosa. Quien así no lo siente es materialista. «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» quiere decir no sentir como una desventura el difícil sentido de la vida y no intentar eludirlo haciendo política partidista. Pero claro, la sentencia no es aprovechable por la propaganda electoral proletaria. El materialismo prefiere comer el pan que otros han ganado con el sudor de su frente; el que elaboró el campesino, el artesano, el inventor o el empresario. Sin embargo, el famoso ojo de aguja, por el cual pasa algún que otro camello, no es estrecho tan sólo para el «rico», sino también para aquél que mediante huelgas, sabotajes y elecciones extorsiona aumentos de salario con disminución del trabajo; y también para quien dirige esta actividad en beneficio de su poder. Es la moral utilitarista de quienes tienen alma de esclavos. Esclavos no sólo por su posición en la vida – en este sentido lo somos todos por el destino

determinado por nuestro nacimiento en un tiempo y en un lugar determinados – sino por su manera vulgar de ver el mundo desde abajo. Lo importante es si se envidia al rico o se es indiferente ante la fortuna de los demás; si la riqueza se estima o se odia y se quiere derribar a quien por sus virtudes personales y con su trabajo se ha elevado a una jerarquía superior, como el aprendiz de cerrajero que termina siendo inventor y dueño de una fábrica. Pero este materialismo, para el que toda sobriedad es incomprensible y ridícula, no es más que egoísmo, ya sea individual o de clase. Es el egoísmo parasitario de los inferiores que consideran que la vida económica de los demás y la de la comunidad son un objeto del cual se debe sacar un *panem et circenses*; es decir: el mayor goce posible con el menor esfuerzo posible. Para este egoísmo, la superioridad personal, el esfuerzo, el éxito, la alegría por la producción, son algo malo y constituyen un pecado y una traición. Es la moral de la lucha de clases, que sintetiza todo esto bajo el término de «capitalismo» – una palabra a la que desde un principio se le dio un sentido moral – y considera al odio del proletario como un objetivo porque, por el otro lado, intenta fundir en un mismo frente político al asalariado y al submundo de las grandes ciudades.

Sólo «el obrero» puede y debe ser egoísta, y no el campesino o el artesano. Sólo él tiene derechos en vez de deberes. Los demás sólo tienen deberes y ningún, derecho. «El obrero» es la clase privilegiada a la que las demás tienen que servir con su trabajo. La vida económica de las naciones existe para él y ha de ser organizada considerando tan sólo su bienestar, aunque la economía sucumba con ello. Esta es la cosmovisión que desarrolló la clase de los representantes del pueblo salidos de la escoria universitaria, desde el literato y el profesor hasta el sacerdote, concepción con la que ha desmoralizado a las clases inferiores de la sociedad para movilizarlas en beneficio de su odio y de su hambre de poder. Por eso, frente a Marx, los socialistas de pensamiento distinguido y conservador como Lassalle, partidario de la monarquía, y como Georges Sorel, que consideraba la defensa de la patria, la familia y la propiedad como la misión más noble del proletariado y de quien Mussolini ha dicho que le debe más que a Nietzsche, resultan incómodos y nunca se los cita con sus verdaderas opiniones.

Entre las muchas especies del socialismo teórico o comunismo, ha triunfado, naturalmente, la más ordinaria y la menos honrada en cuanto a sus últimas intenciones; aquella que más brutalmente respondía al propósito de procurarles a los revolucionarios profesionales el poder sobre las masas. Que la denominemos marxismo, o no, es irrelevante. Como que es igualmente irrelevante la teoría que le suministra las consignas revolucionarias a la propaganda, o las concepciones no revolucionarias detrás de las que se esconde. Lo que importa es sólo el pensamiento práctico y la voluntad práctica. El que es vulgar y piensa, siente y obra en forma vulgar, no se hará diferente vistiéndose con los hábitos del sacerdote o agitando banderas nacionales. Hoy, el que en cualquier parte del mundo funda o dirige sindicatos o partidos obreros, sucumbe pronto y casi por necesidad a la ideología marxista la que, bajo el concepto genérico de capitalismo, calumnia y hostiga todo lo que sea liderazgo político o económico, orden social, autoridad o propiedad. Hoy, quien quiera ser dirigente encontrará inmediatamente

en sus seguidores la concepción de la vida económica como lucha de clases, convertida ya en algo tradicional, y pasará a depender de esta concepción si quiere seguir siendo dirigente. El egoísmo proletario es, con sus fines y sus medios, la forma en que la revolución mundial «blanca» se cumple desde hace casi un siglo, y poco importa que se la denomine social o socialista y que sus caudillos acentúen su condición de cristianos o no quieran serlo.

El auge de las teorías formuladas para mejorar al mundo cubre el primer siglo del racionalismo ascendente, desde el Contrato Social (1762) hasta el Manifiesto Comunista (1848). Por entonces se creía, como Sócrates y los sofistas, en la omnipotencia de la razón humana; en su capacidad para dominar el destino y los instintos y en su poder para ordenar y dirigir la vida histórica. Hasta en el sistema de Linneo entró por aquél entonces el hombre como *homo sapiens*. Se olvidó a la bestia que hay en el hombre y que en 1792 les hizo recordar a todos enfáticamente que existía. Nunca se estuvo más lejos del escepticismo que poseen el auténtico conocedor de la historia y los verdaderos sabios de todas las épocas quienes sabían que «el hombre es malo desde la juventud». Existió la esperanza de poder organizar a los pueblos, a los fines de su definitiva felicidad, por medio de programas doctrinarios. Al menos, los lectores de tales utopías materialistas lo creyeron así. Hasta qué punto lo creyeron sus autores es ya otra cuestión.

Pero aquello terminó después de 1848. Si el sistema de Marx ha llegado a ser el más eficaz, lo ha sido también por ser el último. Quien hoy se pone a diseñar programas políticos o económicos para salvar a la «humanidad» resulta anticuado y aburrido. Y comienza a resultar ridículo. Pero el efecto agitador que tales teorías ejercen sobre los imbéciles – cuya proporción Lenin estimaba en un 95% de todos los hombres – es todavía muy fuerte (incluso crece en Inglaterra y en América), con la excepción de Moscú, en dónde se finge creer en ellas sólo por conveniencia política.

A estas teorías pertenecen en última instancia la Economía política clásica de 1770 y la igualmente antigua concepción materialista – es decir: «económica» – de la historia, siendo que ambas derivan el destino de milenios enteros de los conceptos de mercado, precio y mercancía. Están intrínsecamente emparentadas, son idénticas en múltiples aspectos e inducen necesariamente a soñar con un Tercer Reich, al que aspiró la creencia en el progreso del Siglo XIX como, en cierto modo, el final de la historia. Fue el disfraz materialista de la idea del Tercer Reich imaginado por grandes cristianos góticos como Joaquín de Floris. Este imperio debía fundar sobre la tierra la felicidad definitiva; el país de Jauja de todos los pobres y los miserables a quienes se los equiparaba cada vez más insistentemente con «el trabajador». Había de traer el fin de todas las preocupaciones, el *dolce far niente* y la paz perpetua; y la lucha de clases, con la abolición de la propiedad, con el «quiebre de la servidumbre del interés», el socialismo de Estado y aniquilación de todos los Señores y de todos los ricos habían de allanarle el camino. Era el victorioso egoísmo de clase, calificado de «bien de la Humanidad» y elevado moralmente hasta el cielo.

El ideal de la lucha de clases surge por vez primera en el famoso escrito propagandístico del abate Sieyès – otro sacerdote católico – de 1789, sobre el *Tiers État* que debía poner a las dos clases superiores a su mismo nivel. Evolucionó luego consecuentemente desde esta temprana formulación revolucionaria liberal hasta la posterior forma bolchevique de 1848, que desplazó la lucha del terreno político al económico, no para beneficiar a la economía sino para lograr el fin Político mediante su destrucción. Cuando a esto los ideólogos «burgueses» lo interpretan como una transición del idealismo al materialismo, no están viendo, más allá de las frases hechas, la profundidad de los objetivos últimos que, tanto en un caso como en el otro, son los mismos. Todas las teorías sobre la lucha de clases han sido diseñadas para movilizar a las masas urbanas. Se tuvo que crear primero la «clase» con la cual se podría combatir. El objetivo fue establecido en 1848, cuando ya se tenía una primera experiencia en materia de revoluciones; y se concretó en la dictadura del proletariado. De la misma forma hubiera podido concretarse en aquel momento en la dictadura de la burguesía pues el liberalismo no pretende ser otra cosa. Tal es el sentido último de las constituciones, las repúblicas y el parlamentarismo. No obstante, en realidad siempre se apuntó a la dictadura de los demagogos quienes, con la ayuda de masas metódicamente desmoralizadas, quieren, en parte destruir las naciones por venganza, y en parte someterlas como esclavas por hambre de poder.

Todo ideal procede de alguien que lo necesita. El ideal liberal de la lucha de clases, igual que el bolchevique, fue creado por personas que, o bien fracasaron en su aspiración a elevarse a un estamento social superior, o bien se encontraron en un estamento cuyas exigencias éticas superaban sus posibilidades. Marx es un burgués fracasado – de allí su odio contra la burguesía. Y lo mismo puede decirse de todos los demás juristas, literatos, profesores y sacerdotes: habían elegido una profesión para la que no tenían vocación. Ésta es la premisa psíquica del revolucionario profesional.

El ideal de la lucha de clases es la famosa revuelta: no es la construcción de algo nuevo sino la destrucción de lo existente. Es un objetivo sin porvenir. Es la voluntad de la nada. Los programas utópicos no tienen otra razón de ser que el sobornar a las masas. Lo único que se toma en serio es la finalidad de ese soborno: la creación de la clase como elemento de combate por medio de la desmoralización metódica. Nada aglutina más ni mejor que el odio. Pero en esto se debería hablar más bien de envidia de clases que de odio de clases. En el odio late calladamente el reconocimiento del mérito del adversario. La envidia es la mirada oblicua desde abajo hacia algo superior que permanece incomprendido e inasequible y que, precisamente por ello, se quiere rebajar, ensuciar y despreciar para hacerlo igual a uno mismo. Por eso forma parte de la expresión de deseos referida al futuro proletario, no sólo la felicidad de la mayoría y la paz perpetua [\[34\]](#) entendidas como una placentera inactividad – *panem et circences*, otra vez – para poder gozar de esa inactividad sin preocupaciones ni responsabilidades, sino y ante todo, con un estilo auténticamente revolucionario, esa expresión de deseos incluye también la desgracia de «los pocos», de los otrora poderosos, distinguidos y ricos cuya realidad deslumbra. Toda revolución lo demuestra. A los lacayos de

ayer no les basta con sentarse a la mesa de quien fue su Señor; para que su placer sea completo el Señor tiene que convertirse en su sirviente.

El objetivo de la lucha de clases que alrededor de 1789 fueron «los tiranos» – los reyes, los nobles y los curas – pasó a ser «el capitalismo» hacia 1850, como consecuencia del desplazamiento de la lucha política al terreno económico. Sería vana la tentativa de definir esta consigna de «el capitalismo», pues no es más que una consigna. No proviene en absoluto de la experiencia económica concreta sino que se expresa con una intención moral, por no decir casi cristiana. Se supone que debe designar la quintaesencia de lo económicamente malo, al gran pecado de superioridad, al diablo disfrazado de éxito económico. Ha llegado a ser, hasta en ciertos círculos burgueses, una mala palabra aplicable a todo lo que no se puede soportar, a todo lo que tiene jerarquía; tanto al empresario y al comerciante exitosos como al juez, al oficial y al profesor; incluso al campesino. Abarca todo lo que no sea «el obrero» o «el dirigente obrero»; a todos los que no han fracasado por falta de talento. Reúne a todos los fuertes y los sanos considerados bajo la óptica de todos los disconformes, de toda la plebe espiritual.

«El capitalismo» no es, en absoluto, una forma de la economía ni un método «burgués» de hacer dinero. Es una manera de ver las cosas. Hay economistas que lo han detectado en la época de Carlomagno y en las aldeas primitivas. Desde 1770 la Economía Política considera la vida económica – que en realidad es sólo un aspecto de la existencia de los pueblos – desde el punto de vista del mercader inglés. La nación inglesa estuvo realmente a punto de monopolizar el comercio mundial. De aquí su fama de pueblo de mercaderes, de masa de *shopkeepers*. Pero el comerciante no es más que un intermediario. Da por sentada la existencia de la vida económica en cuanto intenta hacer de su propia actividad el centro de gravedad de la misma, haciendo depender de él a todos los demás como productores y consumidores. Adam Smith ha descrito esta situación de privilegio. Esta es su «ciencia». Por eso la Economía Política parte hasta el día de hoy del concepto del precio y, en lugar de vida económica y hombres activos, sólo ve mercaderías y mercados. Por eso, a partir de allí y sobre todo en la teoría socialista, se considera al trabajo como mercancía y al salario como precio. En este sistema no encuentran cabida ni el trabajo conductor del empresario y el inventor, ni el trabajo del campesino. Se ven tan sólo mercaderías manufacturadas más avena o cerdos. Y al poco tiempo los campesinos y los artesanos resultan olvidados por completo y al dividir a los hombres en clases se piensa tan sólo, como Marx, en los asalariados y en los demás como «explotadores».

De esta manera surge la división artificial de la «Humanidad» en productores y consumidores, la que, en las manos de los teóricos de la lucha de clases, se convierte en la péfida oposición de capitalistas y proletarios, burguesía y trabajadores, explotadores y explotados. Pero del comerciante, del verdadero «capitalista», no se dice nada. El dueño de fábrica y el propietario agrícola son el enemigo visible porque reciben el trabajo asalariado y pagan el salario. Esto no tiene sentido, pero es eficaz. La estupidez de una teoría no fue jamás obstáculo

para su eficacia. Al autor de un sistema lo que le importa es la crítica; a los adeptos siempre lo contrario.

El «capitalismo» y el «socialismo» tienen la misma edad, son íntimamente afines, han surgido de la misma manera de ver las cosas y se hallan lastrados con las mismas tendencias. El socialismo no es más que el capitalismo de la clase inferior. La teoría librecambista manchesteriana de Cobdens y el sistema comunista de Marx nacieron ambos alrededor de 1840 y en Inglaterra. Marx incluso recibió al capitalismo librecambista con optimismo.<sup>[35]</sup>

El «capitalismo de abajo» quiere vender la mercadería «trabajo asalariado» lo más cara posible y entregar lo menos posible, sin tener en cuenta la capacidad adquisitiva del comprador. De aquí el odio de los partidos socialistas contra el trabajo a destajo y el de calidad, y su aspiración a suprimir en lo posible la diferencia «aristocrática» de salario entre los obreros especializados y los que no lo son. Por medio de la huelga – la primera huelga general se desarrolló en Inglaterra en 1841 – busca elevar el precio del trabajo manual y, con la expropiación de las fábricas y las minas, llegar finalmente a que la burocracia de los dirigentes obreros ocupando el Estado sea la que fije este precio libremente. Éste es el secreto sentido de la estatización. El «capitalismo de abajo» califica de robo a la propiedad que los talentosos y superiores han adquirido con su trabajo para poder apropiársela sin trabajo y por la sola mayoría de los puños. Así nació la teoría de la lucha de clases, formulada económicamente, en sintonía con el estado de ánimo de los trabajadores, y pensada en sentido político de acuerdo con los intereses de los dirigentes obreros. Fue un objetivo atemporal. Los espíritus inferiores no pueden ver más allá del mañana, hacia lejanos tiempos futuros y obrar previendo los mismos. La lucha de clases debía producir la destrucción y nada más. Debía apartar del camino los poderes de la tradición, tanto los de la tradición política como los de la económica, para procurar a los poderes del submundo la anhelada venganza y la soberanía. Sobre lo que tendría que venir luego de la victoria, cuando la lucha de clases ya perteneciera a un lejano pasado, estos círculos no han dedicado jamás un sólo pensamiento.

De este modo, desde 1840 comienza por dos frentes un ataque destructor contra la verdadera, infinitamente compleja, vida económica de los pueblos blancos: el gremio de los comerciantes de dinero y los especuladores, la alta finanza, se sumó a ella con ayuda de la acción, del crédito y los consejos de administración haciendo depender de sus propósitos y sus intereses al trabajo rector del empresariado profesional que abarcaba a muchos antiguos trabajadores manuales que habían progresado a fuerza de trabajo y de ingenio. El verdadero dirigente de la economía descendió hasta ser esclavo del financista. Ahora trabaja por la prosperidad de una fábrica que, quizás simultáneamente, está siendo arruinada por una especulación bursátil que ignora. Y desde abajo, el sindicato de los dirigentes obreros destruye lenta y seguramente el organismo de la economía. El arma teórica de los unos es la académica Economía Política «liberal», que forma la opinión pública sobre las cuestiones económicas y se mezcla, aconsejando y decidiendo, en la legislación. La de los otros es el Manifiesto Comunista, con

cuyos postulados se interviene igualmente, desde la izquierda, en la legislación de todos los parlamentos. Y ambas representan el principio de la «Internacional», que es puramente nihilista y negativo: se dirige contra los límites que establecen las formas históricas – toda forma, toda figura es delimitación – de la nación, del Estado, de las economías nacionales, siendo que la «economía mundial» es tan sólo su suma. Esas formas históricas le cierran el camino tanto a los propósitos de la alta finanza como a los de los revolucionarios profesionales. Por eso resultan negadas y se dice que deben ser destruidas. Pero, para la actualidad, ambas teorías ya son obsoletas. Lo que podía ser dicho ya se ha dicho hace rato y desde 1918 ambas se han desenmascarado tanto a través de sus predicciones – tanto relación con Nueva York como con Moscú – que ya sólo se las cita sin creer en ellas. La revolución mundial comenzó a su sombra. Hoy ha llegado ya quizá a la cumbre; pero aún está lejos de su fin. Mientras tanto, adopta formas que se han liberado ya de todo palabrerío teórico.

## **15. La revolución blanca actualmente triunfante: La crisis económica mundial desde 1840, deseada por los líderes del proletariado.**

Y ahora ya nos es posible, por fin, describir los «éxitos» que la revolución mundial ha logrado en la actualidad. Pues la revolución ha llegado a la meta. Ya no amenaza; está triunfante, ha vencido. Y si sus partidarios lo niegan – ya sea ante los demás o, consternados, ante su propia conciencia – en ello tan sólo se repite la eterna fatalidad de la historia humana que, con cruel claridad, le muestra al combatiente que ha conquistado su objetivo que éste es muy distinto de lo que él esperaba y que la mayoría de las veces ni siquiera valió la pena.

Este éxito es tremendo. Y es tan terrible para todos los pueblos «blancos» que nadie ve, o se atreve a ver, todo lo que abarca. Ni sus promotores tienen el valor de reconocerlo, ni los restos de la antigua sociedad conservados en la burguesía tienen el valor de señalar a aquéllos como los que lo han promovido. El camino desde el liberalismo hasta el bolchevismo transcurrió primero en la lucha contra los poderes políticos. Estos poderes yacen hoy destruidos, carcomidos y desmoronados. Ha quedado demostrado otra vez, al igual que en la Roma de los Gracos, que la masa de las pequeñas alimañas humanas puede destruir en poco tiempo todo lo que los escasos grandes y fuertes animales de presa – los estadistas y los conquistadores – han creado a lo largo de siglos enteros. Las viejas y respetables formas del Estado yacen en ruinas. Han sido sustituidas por un parlamentarismo sin forma que no es sino el montón de escombros de lo que alguna vez fue autoridad, arte de gobierno y sabiduría política. Sobre estos escombros, los partidos, las hordas de negociantes de la política se disputan el

botín. La soberanía hereditaria ha sido sustituida por elecciones que proveen de negociados a legiones constantemente renovadas de hombres de calidad inferior.

Y entre estos partidos, en todas partes son los partidos obreros y sus sindicatos – persiguiendo fines políticos con medios económicos y fines económicos con medios políticos – los que le dan la pauta a todos los demás con sus programas y sus métodos de agitación. Todos cortejan a la masa de las grandes ciudades y la instigan con las mismas esperanzas insensatas y con las mismas acusaciones exasperantes. Apenas si queda alguno que se atreva a declarar que quiere representar a otras partes de la nación, distintas de «el obrero». Ya sea por cobardía o por cálculo electoral, al « obrero» se lo califica, casi sin excepción, de clase privilegiada. En todas las naciones se ha conseguido desmoralizarlo, hacer de él el ser más exigente, más descontento y, por lo tanto, más desgraciado. Se ha logrado fundirlo con el populacho callejero en una unidad de opinión, en una «clase», y extraer de él el tipo psíquico del proletario que con su sola existencia garantiza el éxito revolucionario, que desprecia la laboriosidad y el rendimiento como una traición a la «causa», y cuya máxima ambición es llegar a ser conductor de masas y sustrato de la revolución.

No hace ninguna diferencia que estos frentes de la lucha de clases hayan tomado la apariencia de partidos burocráticos o de sindicatos obreros como los marxistas, católicos y nacionales en Alemania y sus análogos en Inglaterra; o que tengan la forma romántica de clubes anarquistas y socialistas, como en Barcelona y en Chicago; o que existan, como antes en Rusia y ahora en América, como movimientos subterráneos para agruparse en forma visible sólo en el momento de la acción. Se componen todos de grupos de demagogos profesionales dominantes y de seguidores sin voluntad propia que sólo tienen que servir a un fin que apenas entienden y sacrificarse por él. Los gobiernos se han convertido desde hace mucho tiempo en los órganos ejecutivos de estos grupos, ya sea porque los dirigentes de masas poseen un poder parlamentario propio, o bien porque los adversarios, hipnotizados por la ideología clasista, carecen del coraje para pensar y actuar por sí mismos.

Los mismos grupos rigen también la economía; con medios políticos y para un objetivo político. Y este objetivo nunca ha sido perdido de vista: siempre fue la lucha de clases contra los poderes y las formas orgánicas de la vida económica, a las que se le daba el nombre de «capitalismo». Desde 1848, el objetivo final fue su destrucción y este objetivo ha sido ya alcanzado. La catástrofe de la economía, embelesadamente anunciada desde hace casi un siglo, ha llegado. La crisis económica mundial de los años actuales y de muchos otros que vendrán no es, como el todo el mundo cree, la consecuencia pasajera de la guerra, la revolución, la inflación y el pago de las deudas. Ha sido querida. Es, en todos sus rasgos esenciales, el resultado de una labor llevada a cabo por los dirigentes del proletariado con plena conciencia de sus fines. Las raíces de la crisis calan mucho más hondo de lo que se imagina y sus efectos sólo podrán ser superados por medio de largas y duras batallas contra todo lo que hoy es popular, y en gran parte no podrán ser superados en absoluto. Pero la condición previa para ello es el

coraje de ver lo que sucede y me temo que no existe mucho de eso. En ninguna otra época ha sido mayor la cobardía ante la opinión pública de los parlamentos, los partidos, los oradores y los escritores de todo el mundo. Están todos de rodillas ante el «pueblo», la masa, el proletariado, o como quiera que se llame a lo que en forma ciega e ignorante le ha servido de arma a los líderes de la revolución mundial. Hoy, ante el reproche de ser «anti-obrero», cualquier político se pone pálido.

Pero, ¿quién es el que realmente ha ganado la guerra? De seguro que ningún Estado; ni Francia, ni Inglaterra, ni América. Ni tampoco el obrero blanco. En gran parte la ha pagado, primero con su sangre en los campos de batalla y luego con sus condiciones de vida durante la crisis económica. Ha sido la principal víctima de sus dirigentes. Fue arruinado en aras de sus objetivos. El que ganó la guerra fue el dirigente obrero. Lo que ha conquistado la hegemonía y gobierna a la civilización occidental es eso que en todos los países se conoce con el nombre de partido obrero o sindicato y que, en realidad, es el gremio de los funcionarios partidarios, la burocracia de la revolución. Este gremio ha llevado al «proletariado» de huelga en huelga, de disturbio callejero en disturbio callejero, y por su parte ha progresado de una decisión parlamentaria devastadora a otra, lograda ya sea por su propio poder o por el miedo de la burguesía vencida. Desde 1916 y cada vez en mayor medida, todos los gobiernos del mundo han pasado a depender de estas personas y han tenido que ejecutar sus órdenes si no querían ser derribados. Han tenido que tolerar o ejecutar por sí mismos las más brutales intervenciones en la estructura y en la lógica de la vida económica – desarrolladas todas en favor del trabajo de más baja categoría, del trabajo manual limitado a la mera ejecución – mediante desmedidos aumentos de salarios, reducciones de la jornada laboral, y a través de leyes fiscales devastadoras dirigidas contra el producto de la función directiva, contra antiguos patrimonios familiares, contra los profesionales y contra los agricultores. Se ha llevado a cabo la expoliación de la sociedad para pagar a los mercenarios de la lucha de clases. El centro de gravedad natural del organismo económico, el pensamiento económico de los expertos, ha sido substituido por otro artificial, carente de objetividad y sujeto a la política partidista. Se ha perdido el equilibrio y el edificio se ha desmoronado. Pero éste era, desde hace décadas, el objetivo manifiesto del bolchevismo occidental. La catástrofe económica ha sido, pues, un éxito táctico; por poco que la previeran o la hayan querido los obreros. Es cierto que este derrocamiento del «capitalismo», este «juicio final» a la burguesía, anticipadamente descrito desde 1848 y eufóricamente ensalzado por Bebel, debía tener por consecuencia inmediata la anhelada dictadura del proletariado, es decir: la de sus creadores y dirigentes.

¿Pero acaso no ha sucedido así en realidad? Dejando de lado a Moscú, ¿qué otra cosa fue la república sindical en Alemania? ¿No es acaso el socialismo económico, burocráticamente administrado, el ideal imperante en los partidos obreros nacionales de Alemania, de Inglaterra e incluso de Italia? ¿No yacen acaso sobre las ruinas de la economía mundial los talentos económicos creadores, los sostenedores de la vida económica privada, como víctimas de esta dictadura? El director económico, el experto conocedor de la vida económica, ha

sido desplazado por el jefe de partido que no entiende nada de economía pero tanto más de propaganda demagógica. Este jerarca partidario impera en forma burocrática sobre la legislación económica que ha sustituido a la libre decisión del economista pensante. Lo hace como director de innumerables comisiones, jurados, conferencias y secretarías ministeriales, o como sea que se llamen las formas de su dictadura; incluso en el Ministerio de Corporaciones fascista. Quiere el socialismo económico de Estado, la exclusión de la iniciativa privada. En el fondo, todo ello no es más que algo igual a comunismo. Aunque con el empresario caiga también el obrero, el caso es que el «dirigente obrero» profesional tiene por fin en sus manos el ansiado poder y puede llevar a cabo la venganza del submundo contra los hombres que, por el destino de una cuna que les otorgó talentos y superioridad, estaban llamados a ver las cosas desde arriba y a dirigir las.

Sé muy bien que la mayoría rehusará espantada reconocer este derrumbe irreparable de todo lo que muchos siglos han construido como algo deliberado, como el resultado de una labor consciente de su objetivo. Pero así es y puede ser demostrado. Dicha labor comenzó cuando los revolucionarios profesionales de la generación de Marx comprendieron que en el noroeste de Europa la industria ligada al carbón estaba en vías de llegar a ser la parte más importante de la vida económica. La mera existencia de las naciones en crecimiento masivo dependía de la prosperidad de esta industria. Así sucedía ya en Inglaterra, se esperaba que sucediese en Alemania y aquellos doctrinarios que veían el mundo a través del esquema de burguesía y proletariado supusieron como algo evidente que así tendría que suceder en todas partes. ¿Pero qué pasaba en España e Italia donde no había carbón, incluso en Francia, para no hablar de Rusia?<sup>[36]</sup> Es sorprendente lo limitado que era y siguió siendo el horizonte de estos teólogos de la lucha de clases y qué poco se ha advertido esto hasta ahora. ¿Han incluido acaso alguna vez el África, el Asia y la América Latina en los ámbitos de su crítica económica y de sus profecías? ¿Han dedicado una sola idea a los obreros de color de las colonias tropicales? ¿Tenían conciencia de esas omisiones y de su necesidad? Hablaban del porvenir de la «Humanidad», y en vez de abarcar con su mirada el planeta entero clavaban sus ojos en un par de países de Europa, cuyo Estado y cuya sociedad querían destruir.

Pero en ellos vieron que podían alcanzar su objetivo si destruían la capacidad vital de la industria; y así, el ataque metódico contra ella empezó con el intento de hacerle imposible el trabajo organizado. Así sucedió, procediéndose por de pronto y en contraposición al trabajo director de los empresarios, los inventores y los ingenieros <sup>[37]</sup>, a reducir la duración de la jornada laboral en las fábricas y al principio sólo en ellas. En el siglo XVIII la jornada, de acuerdo con las costumbres laborales de los campesinos y de los artesanos nórdicos, era de más de doce horas, sin estar legalmente reglamentada. A principios del siglo XIX se la limitó en Inglaterra a doce horas y alrededor de 1850 se redujo en dos horas más por el «*bill* de las diez horas», ardientemente combatido incluso por los mismos obreros. <sup>[38]</sup> Una vez definitivamente asegurado, este *bill* fue celebrado en los círculos revolucionarios como una conquista de la clase obrera y – con razón – como un

«amordazamiento de la industria». Se creyó que se le había asestado un golpe mortal. A partir de allí, las asociaciones obreras de todos los países impulsaron insistentemente una mayor reducción de la jornada de trabajo y su extensión a todos los asalariados. A finales del siglo XIX la jornada ya era de nueve horas y al término de la guerra mundial quedó fijada en sólo ocho. Hoy, que nos acercamos ya a la mitad del siglo XX, la exigencia revolucionaria mínima ha pasado a ser la semana de cuarenta horas. Y como al mismo tiempo se exige cada vez más estrictamente el descanso dominical, resulta que el individuo ya sólo suministra la mitad del quantum primitivo, posible y natural de su «mercancía-trabajo». Y de este modo el obrero, que según la doctrina de la religión marxista es el único que trabaja, ha pasado a ser – en gran parte contra su voluntad – el que trabaja menos. ¿Qué otra profesión admitiría un rendimiento tan bajo?

Esta reducción no fue sino el empleo de la huelga como medio de combate pero en forma lenta y velada. Su sentido lo adquirió recién por el hecho de que el precio de esta «mercadería», el salario semanal, no sólo no fue reducido sino constantemente aumentado. Ahora bien, el «valor», el verdadero beneficio del trabajo ejecutor, no es una magnitud independiente. Resulta de la totalidad orgánica del trabajo industrial, en el cual la idea que ha de ser ejecutada, el trabajo de la dirección y la regulación del proceso, la adquisición de materias primas, la venta de los productos, el análisis de costos y beneficios, la planificación de nuevas instalaciones o equipos, y la consideración de nuevas posibilidades son mucho más decisivas. El beneficio total depende de la categoría y del rendimiento de las cabezas, no de las manos. Si no hay beneficio o el producto es invendible, el trabajo ejecutor no habrá tenido valor alguno y en realidad no puede ser pagado en absoluto. Eso es lo que les sucede al campesino y al artesano. Pero la actividad de los sindicatos ha logrado extraer de la unidad del organismo económico el jornal del obrero manual. Ahora es establecido por el jefe de partido, no calculado por el director de la empresa económica, y cuando éste no lo acepta, ni puede aceptarlo, le es impuesto por medio de la huelga, el sabotaje y la presión sobre los gobiernos parlamentarios. Desde hace un siglo ha sido aumentado en varias veces el beneficio del trabajo campesino y artesano. Todo el que actúa económicamente depende, en cuanto a sus beneficios, de la situación económica; sólo el obrero no. Exige un salario inorgánicamente fijado y conquistado por la acción de la política partidaria, aunque su monto sólo pueda ser mantenido a costa de la ruina de los establecimientos, de la improductividad del conjunto y de malvender los productos – hasta que las empresas sucumben. Y entonces es cuando se oye el alarido de triunfo proveniente de las filas de los «dirigentes obreros» que se regocijan por la desgracia ajena. Han logrado una nueva victoria en su camino hacia el «objetivo final».

Hoy que el surgimiento de la teoría de la lucha de clases data ya casi de un siglo y nadie cree realmente en ella, es dudoso que sus dirigentes tengan aún conciencia de la finalidad con la que en su momento esta actividad destructora promovida e iniciada. Pero hay entre ellos una tradición y un método, antiguos ya, según los cuales tienen que actuar sin tregua por la reducción del trabajo y la elevación del salario. El lograrlo es prueba de su capacidad ante el partido. Y si hoy se ha

olvidado el sentido dogmático primitivo y falta la conciencia limpia de los creyentes, quedan no obstante todavía las consecuencias que ahora se achacan a otras «causas», logrando así un nuevo medio de agitación, el establecimiento de una nueva deuda para con los obreros; deuda que le endosan al capitalismo.

Hubo un tiempo en que la teoría de la «plusvalía» logró tener poder sobre el pensamiento no desarrollado de la masa. Según la misma, todo el beneficio de la producción industrial era igual al valor del trabajo manual ejecutor y tenía que ser distribuido entre sus ejecutantes. Lo que el director de empresa sustraía de él para la conservación de las instalaciones, para el pago de las materias primas, para los sueldos del personal jerárquico y para los intereses – o sea la «plusvalía» – constituía un robo. Los directores, los inventores y los ingenieros no trabajaban y, en todo caso, el trabajo intelectual, que no era sino una especie de holganza, no poseía mayor valor. Fue esta misma tendencia «democrática» la que despreció y procuró destruir toda clase de calidad y sólo estimó la cantidad, incluso en el caso del trabajo manual. La diferencia «aristocrática» entre trabajadores especializados y no especializados debía ser suprimida. Todos debían percibir el mismo salario. El trabajo a destajo y el rendimiento superior al corriente fueron considerados como una traición a la «causa». También esta tendencia se ha impuesto precisamente en Alemania desde 1918. Extinguió la competencia entre los trabajadores, ahogó la ambición de hacer mejor las cosas y redujo con ello otra vez el rendimiento total. Que todo esto no fue sino nihilismo, voluntad de destrucción, lo demuestra la práctica actual de Moscú donde tan pronto como se hubo llegado «a la meta» se restableció en todos los aspectos el estado de 1840: jornadas largas, salarios bajos, una máxima diferencia – mayor aún que en América – entre el pago al trabajo especializado y al no especializado e importación de ingenieros extranjeros en reemplazo de los nacionales que fueron pasados a cuchillo porque, según la doctrina del Manifiesto Comunista, no hacían más que explotar al obrero sin rendir trabajo alguno y cuyo valor se comprendió sólo después de la masacre.

El criterio de que al obrero le corresponde el «valor total» de su trabajo, valor que se establecía como equivalente al beneficio neto total de la empresa, rigió hasta finales del siglo pasado como un resabio de la teoría mencionada. Con ello al menos se reconocía un límite natural a las demandas de aumento de salarios. Pero al lado y por encima de esto se desarrolló, aproximadamente desde 1870 el método totalmente a-teórico de la extorsión salarial por medio de la presión política de las organizaciones obreras. En esto, no se trató ya de los límites puestos por la vida económica a esta extorsión en favor de una clase sino tan sólo de los límites del poder revolucionario político y parlamentario. Al lado del gobierno constitucional – en casi todas las naciones «blancas» de principios de siglo, y más nítidamente que en ninguna otra en Alemania a partir de 1918 – existió un gobierno accesorio, ilegal pero poderoso, formado por asociaciones obreras de toda clase. Uno de los principales objetivos de este gobierno paralelo fue el de cebar a sus electores con salarios y comprar de los poderes «burgueses» el derecho a ello dándoles el permiso de gobernar. El «estado de ánimo de los obreros», manejado por los jefes partidarios, llegó a ser decisivo en todo cuanto

los gobiernos parlamentarios se atrevían a decidir. Así nació el fenómeno de los salarios políticos, para los cuales ya no había límites económicos ni naturales. Los salarios tarifados, que el Estado estaba obligado a proteger, fueron fijados por el partido, no calculados por la economía, y la soberanía de las asociaciones obreras en esta cuestión salarial se convirtió en un derecho que ningún partido ni gobierno burgués se atrevió a tocar; ni siquiera a poner en duda. El salario político superó muy pronto al «valor total del trabajo». Este salario político, más que la competencia y la superproducción, ha obligado, en legítima defensa y por instinto de conservación, a la industria de las naciones "blancas" a un desarrollo cuyo resultado ha sido la catástrofe de la economía mundial que hoy está a la vista. El bolchevismo salarial, operando con huelgas, sabotajes, elecciones y crisis de gobierno, ha extraído tanta sangre de la vida económica de las naciones – y no sólo de la de Alemania – que la economía ha tenido que intentar compensar esas pérdidas a un ritmo febril y por todos los medios imaginables.<sup>[39]</sup>

Hay que saber todo lo que forma parte del concepto de salario político para apreciar la presión de esta dictadura salarial sobre la vida económica total de los pueblos. Abarca, superando ampliamente el pago en dinero, la atención integral de la existencia del «trabajador», una preocupación de la cual se lo ha liberado para cargársela a «los demás». «El obrero» ha pasado a ser un pensionista de la sociedad, de la nación. Todo hombre, como todo animal, tiene que defenderse del imprevisible destino, o bien deberá soportarlo. Cada uno atiende a su persona, cada cual tiene la plena responsabilidad por sí mismo, debe afrontar todos los peligros por propia decisión, por sí y por sus objetivos. Nadie piensa en descargar, a costa de otros, al campesino, de las consecuencias de las malas cosechas, las pestes del ganado, los incendios y las crisis de consumo; ni a los artesanos, a los médicos, a los ingenieros, a los comerciantes y a los profesores de los peligros de la ruina económica ni de la invalidez para el ejercicio de su profesión a causa de falta de capacidad, las enfermedades o los accidentes. Cada uno debe hacer frente a todo ello a su costa o soportar las consecuencias y pedir limosna o sucumbir del modo que mejor le cuadre. Así es la vida. La manía de los seguros – contra la vejez, los accidentes, las enfermedades y la desocupación, esto es, contra el destino en todas las manifestaciones imaginables; un indicio de vitalidad declinante – de alguna forma se ha anidado, partiendo de Alemania, en el pensamiento de todos los pueblos blancos. Cualquiera que es víctima de una desgracia grita por socorro a los demás sin querer ayudarse a sí mismo. Pero hay una diferencia que demuestra la victoria del pensamiento marxista sobre los instintos individualistas, originalmente germánicos, del placer por la responsabilidad, la lucha personal contra el destino, por el *amor fati*. En general, todo individuo procura eludir o afrontar lo imprevisto con su propia decisión y su propio esfuerzo; sólo al «obrero» le es ahorrada también esa decisión. Sólo él puede confiar en que otros pensarán y actuarán por él. La acción corruptora de esta liberación de las grandes preocupaciones, tal como se la observa en los niños de familias muy ricas, <sup>[40]</sup> se ha apoderado precisamente en Alemania de toda la colectividad obrera: ni bien aparece alguna necesidad, se pide socorro al Estado, al partido, a la sociedad; siempre a «los demás». Se ha desaprendido la facultad de tomar decisiones por uno mismo y de vivir bajo la presión de problemas reales.

Pero esto significa un nuevo gravamen sobre el trabajo de orden superior de una nación en beneficio del inferior. Pues también el seguro de toda clase contra el destino, la edificación de viviendas para obreros – a nadie se le ha ocurrido pedirlos para los campesinos – la construcción de campos de deportes, sanatorios y bibliotecas; el otorgamiento de alimentos a precios rebajados, los viajes y las diversiones; también esta parte del salario político es pagada directamente por medio de impuestos por «los demás» en beneficio de los obreros. Ésta es precisamente una parte muy esencial del salario político en la que por lo general no se piensa. Mientras tanto, la riqueza nacional, en cuyo monto expresado en cifras se confía, es una ficción económica. Se la calcula – como capital – a partir del beneficio de las empresas económicas, o la cotización de las acciones, que dependen del interés y baja cuando el valor de las industrias en actividad se hace dudoso por el monto de la carga salarial. Pero una fábrica que se ve así obligada parar no tiene ya más valor que el precio de venta de sus instalaciones como material usado. Bajo la dictadura de las asociaciones obreras, desde el 1° de enero de 1925 hasta principios de 1929, o sea durante cuatro años, la economía alemana ha sufrido un incremento de gravamen por elevación de salarios, impuestos y gastos sociales que ascendió a 18.225 millones de marcos. Esto representó la transferencia unilateral de un tercio de los ingresos totales de la nación. Un año después esta cantidad superaba ampliamente los 20.000 millones. Frente a esto, ¡qué significan los 2.000 millones de las reparaciones de guerra! Las mismas pusieron en peligro la situación financiera y la moneda del Reich. Pero su presión sobre la economía no fue siquiera comparable a los efectos del bolchevismo salarial. Fue la expropiación de toda la economía en beneficio de una clase.

## **16. La victoria del trabajo masivo inferior sobre el de dirección**

Hay trabajo de jerarquía superior y trabajo de jerarquía inferior. Esto no puede negarse ni modificarse; es la expresión del hecho que existe una cultura. Cuanto más se ha desarrollado una cultura y cuanto más potente es su fuerza estructuradora, tanto mayor se hace la diferencia entre la actividad dirigente y la subordinada en todos los órdenes: en lo político, en lo económico o en lo artístico. Pues la cultura es vida estructurada, espiritualizada, forma en maduración y perfeccionamiento, cuyo dominio requiere una jerarquía de personalidad cada vez más alta. Hay trabajos para los cuales se necesita una vocación íntima y otros que hay que realizar porque no se sabe hacer otra cosa para vivir. Hay trabajos para los cuales sólo muy pocas personas de alto nivel están capacitadas y otros cuyo valor reside sólo en su duración, en su cantidad. Tanto para unos como para otros se nace. Es el destino. Es algo que no puede modificarse ni por igualitarización racionalista ni por un romántico igualitarismo sentimental.

El volumen total de trabajo que exige la cultura occidental, y que le equivale, resulta mayor con cada siglo que pasa. En la época de la Reforma ya era varias veces mayor que el de la época de las Cruzadas y creció enormemente durante el siglo XVIII, correlativamente al dinamismo del trabajo directivo creador que hizo necesario, con una amplitud cada vez mayor, el trabajo masivo inferior. Por eso el revolucionario proletario que ve la cultura desde abajo, y no la comprende porque no la tiene, quiere destruirla a fin de evitar el trabajo de calidad y hasta el trabajo en general. No habiendo hombres cultos – el revolucionario los considera un lujo superfluo – habrá menos trabajo y, sobre todo, existirá únicamente el trabajo inferior que cualquiera puede realizar. En un periódico socialista leí una vez que, después de acabar con los millonarios del dinero, habría que acabar con los millonarios del cerebro. El trabajo realmente creador irrita. Se odia su superioridad y se envidian sus éxitos, consistan éstos en riqueza o en poder. La mujer que lava los pisos es para los agitadores profesionales más importante que el médico que dirige el hospital; el peón de campo es más importante que el director de una empresa agroganadera que cultiva nuevas especies de trigo y cría nuevas razas de ganado, y el maquinista es más que el inventor de la máquina. Se ha cumplido, para usar una expresión de Nietzsche, una inversión de los valores económicos y como a los ojos de la masa todo valor se refleja en dinero, en la remuneración, el trabajo masivo inferior debe ser mejor pagado que el superior de las personalidades dirigentes. Y eso es lo que de hecho se consigue.

Esto tuvo consecuencias que nadie ha comprendido realmente todavía. Este obrero «blanco», adulado y mimado por los dirigentes de los partidos obreros en competencia con la cobardía de los burgueses, se ha convertido en un animal de lujo. Prescindamos de la estúpida comparación con los millonarios que «la pasan mejor». Lo que aquí importa no es la gente que vive en palacios y tiene servidumbre. Compárese la vida privada de un obrero de la industria moderna con la de un pequeño agricultor. Alrededor de 1840 la vida de ambos era aproximadamente la misma. Hoy el primero trabaja mucho menos que el segundo; pero la forma en que el labrador vive, come y se viste, tanto en Pomerania como en Yorkshire o Kansas, es tan mísero comparado con lo que un metalúrgico desde el Ruhr hasta Pennsylvania gasta en mantenerse y sobre todo en diversiones, que el obrero se declararí inmediatamente en huelga ante la sola sospecha de tener algún día que volver a llevar esa existencia para llevar a costas el doble de trabajo, la constante preocupación por las malas cosechas, las crisis del mercado y las deudas. Lo que en las grandes ciudades del norte es considerado como el mínimo de subsistencia y como «miseria», se calificaría de derroche en cualquier aldea situada a una hora de camino de ellas; y dejemos de lado el estilo de vida de la región del comunismo agrario de la Europa meridional, donde impera aún la falta de pretensiones de los pueblos de color. Pero este lujo de la colectividad obrera, consecuencia de los salarios políticos, es un hecho. ¿Y quién lo paga? El trabajo realizado no. Su producto ni por lejos vale tanto. Para costearlo tienen que trabajar otros, todo el resto de la nación. Hay tontos – si Ford piensa seriamente lo que ha dicho y escrito, entonces es uno de ellos – que creen que el incremento del «poder adquisitivo» del obrero mantiene a la economía en un alto nivel. ¿Acaso lo hicieron así las masas desocupadas de Roma desde la época de los Gracos? Se

habla de mercado interno sin reflexionar sobre lo que éste es en realidad. Póngase a prueba este nuevo dogma de las asociaciones obreras «blancas» y retribúyase a los obreros no ya con dinero, sino con los productos de su propio trabajo, con locomotoras, productos químicos y adoquines, de cuya venta tuvieran que ocuparse ellos mismos.

No sabrían qué hacer con ellos. Les espantaría ver lo poco que valen tales cosas. Y además, se demostraría que para gastar el dinero con gran estilo hace falta el mismo grado de cultura, la misma espiritualización del buen gusto, que el que se precisa para ganar dinero con una actividad de orden superior. Hay lujo distinguido y lujo ordinario; esto no se puede cambiar. Es la diferencia que hay entre una ópera de Mozart y una canción de opereta. Sucede que los salarios de lujo no se corresponden con una refinada aspiración de lujo. Sólo el poder adquisitivo de la alta sociedad hace posible una industria de alta calidad. Las clases bajas alimentan sólo una industria hedonista, el *circenses*, hoy al igual que en la antigua Roma. Pero este lujo vulgar de las grandes ciudades – poco trabajo, mucho dinero y más diversiones – ejerció una acción funesta sobre los hombres del campo que trabajaban duro y vivían con sobriedad. Se enteraron de necesidades con las que sus antepasados no hubieran siquiera soñado. Es difícil ser sobrio cuando se tiene a la vista lo opuesto. Así comenzó la fuga del campo; primero los peones y las mozas, luego los hijos de los labradores y, por último, familias enteras que no sabían si podrían – y en todo caso no sabían cómo hacer para – conservar la herencia paterna frente a esta distorsión de la vida económica. En todas las culturas y en este estadio ha sucedido lo mismo. No es cierto que, desde la época de Aníbal, los latifundios despoblaron a Italia. Lo que la despobló fue el *panem et circenses* de la megalópolis, y sólo el agro desierto y depreciado dio origen a la economía latifundista con esclavos. De otro modo el agro se habría convertido en un desierto. La despoblación de las aldeas comenzó en 1840 en Inglaterra, en 1880 en Alemania y en 1920 en el Oeste central de los Estados Unidos. El labrador se cansó de trabajar sin remuneración mientras la ciudad le prometía remuneración sin trabajo. Huyó, pues, del campo y se hizo «proletario».

El obrero mismo fue inocente en todo esto. No siente su modo de vivir como un lujo en absoluto, sino muy al contrario. Se siente miserable y descontento como todo privilegiado sin mérito propio. Lo que ayer era la meta de deseos extravagantes ha pasado a ser hoy algo sobreentendido y mañana parecerá miseria que pide socorro a gritos. El dirigente obrero ha corrompido al obrero al elegirlo como pretoriano de la lucha de clases. Por la época del Manifiesto Comunista el obrero debía ser psíquicamente convertido en proletario para que sirviera de pretoriano; hoy, para el mismo objetivo, se lo alimenta con la esperanza de dejar de ser proletario algún día. Pero tanto antes como ahora, el inmerecido nivel de los salarios políticos ha conducido a que cada vez sea mayor el nivel de lo que se considera indispensable.

Pero este salario que ha llegado a ser una magnitud independiente y paralela a la economía ¿puede seguir siendo pagado en absoluto? ¿Con qué? ¿Por quién? Mirándolo de cerca se observa que la idea del beneficio de la economía ha

cambiado inadvertidamente bajo la presión de las extorsiones salariales. Sólo una vida económica sana puede ser productiva. Hay un beneficio natural, no forzado, en tanto que el salario del trabajo de ejecución dependa de él como función del mismo. Pero si pasa a ser una magnitud independiente – es decir: política – se convierte en una sangría constante que ningún cuerpo vivo soporta. Se inicia así un estilo y un cálculo artificiales y enfermizos de la actividad económica; una carrera entre la venta que tiene que mantenerse a la cabeza si el conjunto no ha de sucumbir desangrado, y los salarios conjuntamente con los impuestos y los gastos sociales, que son salarios indirectos. El ritmo febril del incremento de la producción es en gran parte consecuencia de esta secreta herida de la vida económica. El estímulo de mayores necesidades se difunde con todos los medios de la publicidad; la exportación hacia los pueblos de color resulta extendida e impuesta por todos los medios imaginables. La intensidad del imperialismo económico de los grandes Estados industriales, que se asegura y procura conservar zonas de comercio con medios militares, está determinada también por el instinto de conservación de los directivos empresarios que responde a la presión de los salarios políticos impuestos por los partidos obreros. En cuanto la industria logra, o parece lograr, algún respiro en cualquier lugar del mundo «blanco», los sindicatos presentan demandas de salarios para garantizarle a sus afiliados ganancias que ni siquiera existen. Cuando Alemania suspendió los pagos por reparaciones de guerra se proclamó en el acto que aquellos «ahorros» tenían que beneficiar a la colectividad obrera. La consecuencia natural de los salarios de lujo fue un encarecimiento de la producción – o sea una pérdida de valor del dinero – y también en esto se intervino políticamente, rebajando o manteniendo por ley los precios de venta para asegurar el poder adquisitivo de los salarios. Por el mismo motivo se suprimieron en Inglaterra alrededor de 1850 los derechos de importación del trigo – lo cual no fue más que un aumento indirecto de los salarios – con lo cual se sacrificó al labrador en beneficio del obrero, algo que se hizo o se intentó después en todos lados, en parte con el absurdo argumento económico, esgrimido por los banqueros y otros «expertos» similares, de que era necesario dividir al mundo en países agrícolas y países industriales a fin de conseguir una organización adecuada de la «economía mundial». La pregunta de qué pasaría entonces con los agricultores de los países industriales no se la hizo nadie. No fueron más que víctimas de la política obrera y los verdaderos enemigos del monopolio de los intereses obreros. Todas las organizaciones obreras son enemigas del campesino, ya sea que lo confiesen, o no. Por la misma razón se fijó bajo presión parlamentaria el precio del carbón y del hierro, sin tener en cuenta el costo de la producción que incluía precisamente a los salarios. Y se impusieron precios preferenciales de toda clase en beneficio de los obreros; precios que luego tuvieron que ser compensados con un aumento de los precios normales para «los demás». El que con ello la venta mermara o se hiciese imposible fue algo que se consideró como un asunto privado de la clase patronal; y cuanto más declinó la posición de la misma, más victoriosos se sintieron los sindicatos.

Una de las consecuencias de los fenómenos producidos por la lucha de clases fue que la economía productiva necesitó cada vez más «crédito» y «capital»; esto es: valores monetarios supuestos que sólo existen mientras se cree en su existencia y

que, ante la menor duda, se disuelven en la nada a través de un colapso bursátil. Esto no fue más que una tentativa desesperada de sustituir valores auténticos destruidos por valores fantasmas. Comenzó así el auge de una nueva, ladina, clase de Bancos que financiaban a las empresas y de este modo se apropiaban de ellas. No se limitaron a ofrecer crédito, sino que lo crearon artificialmente como capital financiero fantasmagórico, errante y sin patria. A ritmo acelerado, los patrimonios familiares fueron transformados en sociedades anónimas. Se los convirtió en bienes negociables para llenar, con el dinero así logrado, los huecos producidos por el giro de gastos e ingresos. Las deudas de la economía productiva – al fin y al cabo, las acciones no son más que una deuda – crecieron en forma monstruosa y cuando sus intereses, más los salarios, comenzaron a alcanzar una magnitud peligrosa para estos últimos, surgió el último medio de la lucha de clases: la demanda de la expropiación de las empresas por el Estado. Con ello, los salarios quedaron definitivamente sustraídos al cálculo económico y se convirtieron en sueldos estatales libremente fijados según el criterio de los partidos obreros gobernantes y para los cuales el bolchevismo impositivo extraería los medios del resto de la nación.

Las últimas, decisivas, consecuencias de esta locura de los salarios de lujo afloran rápidamente a partir de 1910. La despoblación creciente del agro condujo a masas cada vez mayores al ámbito del *panem et circenses* urbano y sedujo a la industria a ampliar cada vez más sus instalaciones porque se creyó que no había aún ningún motivo para preocuparse por la salida de los productos. De 1900 a 1914 inmigraron en los Estados Unidos quince millones de campesinos de la Europa meridional y oriental, mientras que la población campesina europea comenzaba ya a decrecer. En el Norte de Europa se produjo una emigración interna de igual magnitud. En la región minera de Briey trabajaban en 1914 más polacos e italianos que franceses. Y en este desarrollo irrumpió la fatalidad, Provino de un lado que los dirigentes de la lucha de clases no habían tomado en cuenta porque ni siquiera habían advertido su existencia.

Marx había admirado y odiado a la economía industrial de las naciones «blancas» del Norte como obra maestra de la «burguesía». Su visión se limitaba a Inglaterra, Francia y Alemania, y este horizonte provincial siguió siendo para sus sucesores la premisa ortodoxa de todas sus reflexiones tácticas. Pero el mundo era más grande y diferente; y era más que una zona que recibía en silencio y sin resistencia la exportación del pequeño Norte europeo. Las masas obreras blancas no vivían de la industria en general, sino del monopolio industrial de las grandes potencias norteamericanas. Sólo sobre la base de este hecho habían podido ser pagados los salarios políticos sin producir una catástrofe instantánea. Pero, por encima de la lucha de clases entre la colectividad obrera y la sociedad dentro de los pueblos blancos, se desató una lucha de razas de una magnitud muy diferente que ningún dirigente obrero había sospechado y que tampoco hoy comprende ni se atreve a comprender en toda su implacable fatalidad. La competencia de los obreros blancos entre sí quedó suprimida por las organizaciones obreras y por los salarios tarifados. La creciente diferencia entre el nivel de vida del obrero industrial y el del campesino, creciente desde 1840, quedó neutralizada por el hecho de que las

decisiones económico-políticas – aduanas, impuestos, leyes – resultaban tomadas desde el lado obrero y contra la agricultura. Pero en este punto el nivel de vida de los hombres de color entró a competir con los salarios de lujo de los obreros blancos.

Los salarios «de color» son una magnitud de otro orden y de otro origen que los «blancos». Fueron impuestos, no exigidos, y se mantuvieron bajos hasta por la fuerza de las armas cuando fue preciso. A esto no se lo ha llamado reacción ni violación de los derechos del proletariado, sino política colonial y, por lo menos el obrero inglés, que aprendió a pensar en términos imperialistas, estuvo completamente de acuerdo. En su demanda del «producto integro» como salario obrero Marx intentó ocultar una cosa que, de haber obrado con mayor honradez, habría tenido que advertir y tomar en cuenta: en el producto de las industrias nórdicas está incluido el costo de las materias primas tropicales – algodón, goma, metales – y éstas incluyen los salarios bajos de los obreros de color. La alta remuneración del trabajo blanco se basó también sobre la baja remuneración del trabajo de color.

Lo proclamado por la Rusia soviética en su lucha contra la economía «blanca» para destruir su capacidad de vida con el *dumping* – es decir: volviendo a situar el nivel de vida y la jornada laboral de sus propios obreros en las condiciones de 1840 – imponiéndolo de ser necesario con la muerte por hambre (como en Moscú en 1923) o con la artillería, es un método que ya estaba en vías de evolución en todo el mundo y sin coerción alguna. Y se dirigía con terribles efectos, menos contra el nivel de la industria que contra la existencia del obrero blanco. ¿No lo comprendieron los soviets por su ceguera doctrinaria? ¿O se debió eso ya a la voluntad destructora de la naciente conciencia racial asiática que quiere aniquilar a los pueblos de la cultura occidental?

En las minas sudafricanas trabajan juntos blancos y cafres. Los blancos trabajan ocho horas por un jornal de dos chelines la hora; los cafres doce horas por un jornal de un chelín por día. Esta grotesca proporción se mantiene debido a que las asociaciones obreras blancas prohíben las tentativas de organización de los obreros de color e impiden, ejerciendo presión sobre los partidos políticos, el despido de todos los obreros blancos que estaría, sin embargo, dentro de la naturaleza de las cosas. Pero esto es tan sólo un ejemplo de la relación general entre el trabajo blanco y el de color en todo el mundo. La industria japonesa, con sus salarios bajos, está acabando con la competencia blanca en el Asia meridional y oriental, y se anuncia ya en el mercado europeo y americano. En Londres aparecen productos textiles de la India. Y entretanto sucede algo tremendo. Todavía alrededor de 1880 sólo en Europa del Norte y en Norteamérica había yacimientos carboníferos en explotación. Hoy los hay en todas las partes del mundo. El monopolio del carbón de los obreros blancos ha terminado. Además de esto, la industria se ha libertado en gran medida de su dependencia del carbón con el empleo de la energía hidráulica, el petróleo y la transmisión de energía eléctrica. Puede migrar y en todas partes lo hace precisamente fuera del alcance de la dictadura de los sindicatos blancos yéndose a países con salarios bajos. La

dispersión de la industria occidental está en plena marcha desde 1900. Las hilanderías de la India han sido creadas como filiales de las fábricas inglesas para «acercarse al consumidor». Tal fue, en efecto, la intención primitiva; pero los salarios de lujo de Europa occidental han producido un efecto totalmente distinto. La industria de los Estados Unidos emigra cada vez más decididamente de Chicago y Nueva York hacia las regiones negras del Sur, y seguramente no se detendrá en la frontera de Méjico. En China, Java, África del Sur y Sudamérica ya hay zonas industriales en rápido crecimiento. La huida de los procesos altamente desarrollados hacia las regiones de color está en marcha y los salarios de lujo blancos comienzan a ser mera teoría porque el trabajo que ofrecen ya no se necesita.

## **17. Hacia 1900 la economía blanca ya estaba socavada.**

Ya en 1900 el peligro era tremendo. El edificio de la economía «blanca» ya estaba socavado. Bajo la presión de los salarios políticos, la reducción de la jornada laboral, la saturación de los mercados de exportación extranjeros y la creación de regiones industriales extranjeras independientes de los partidos obreros blancos, el edificio amenazaba con venirse abajo ante la primera conmoción mundial. Sólo la inverosímil paz, imperante desde 1870 y conservada en el mundo «blanco» por el miedo de los estadistas a tener que tomar decisiones imprevisibles, mantenía el engaño general en cuanto a la catástrofe que se aproximaba con siniestra rapidez. Sus sombríos signos anticipadores no fueron ni advertidos ni considerados. Un optimismo fatal, chato y casi criminal – la fe en el progreso indefinido expresado en cifras – dominó a los dirigentes obreros y empresarios, para no hablar de los políticos. Fue una fe apoyada por la enfermiza inflación del capital financiero ficticio que todo el mundo tomaba por verdadera propiedad, por valores monetarios indestructibles. Pero ya en 1910 se alzaron algunas voces aisladas señalando que el mundo comenzaba a saturarse de productos industriales, incluyendo a los de la gran agricultura industrializada. Aquí y allá se propusieron convenios internacionales sobre una adecuación voluntaria de la producción a la contingencia. Pero a todo esto se lo llevó el viento. Nadie creía en peligros serios. Nadie quería creer en ellos. Y además, las propuestas estaban erradamente fundamentadas por economistas de visión unilateral que consideraban sólo a la economía como una magnitud independiente y no tomaban en cuenta la política, mucho más poderosa, de la revolución mundial en acecho que había impulsado a la economía hacia formas y direcciones equivocadas. Las causas eran demasiado profundas como para que una mera reflexión sobre los problemas coyunturales pudiera siquiera rozarlas. Y además, ya era demasiado tarde. El autoengaño gozó todavía de un breve plazo con la preparación de la guerra mundial que ocupó numerosos brazos, o bien se los sustrajo a la producción, convirtiéndolos en

soldados de los ejércitos permanentes y en obreros utilizados para la producción de material militar.

Después vino la gran guerra y con ella – no producida por ella sino tan sólo ya no detenida por ella – vino la ruina económica del mundo blanco. Hubiera llegado de cualquier modo, aunque más lentamente y en formas menos aterradoras. Esta guerra, sin embargo, fue conducida desde un principio por Inglaterra, la patria del socialismo obrero práctico, para aniquilar económicamente a Alemania y excluirla para siempre de la competencia del mercado mundial. Alemania era la más joven de las grandes potencias y la unidad económica que con mayor rapidez se estaba desarrollando; con formas superiores además. Cuanto más desaparecía en el caos de los acontecimientos el pensamiento político del estadista y cuanto más exclusivamente dominaban el terreno las tendencias militares y groseramente económicas, más claramente surgió por doquier la sombría esperanza de salvar, mediante la ruina de Alemania primero, la de Rusia después, y luego la de las distintas potencias de la Entente, la propia situación industrial y financiera y, con ello, a los obreros propios. Pero esto no fue en absoluto el verdadero comienzo de la catástrofe que se produjo a continuación. Ésta surgió más bien del hecho de que, desde 1916 y en todas las naciones blancas, participaran o no en la guerra, se impuso la dictadura de los obreros frente al régimen del Estado. Esta dictadura, fuese abierta u oculta, ejercida en muy distintos grados y formas pero con la misma tendencia revolucionaria, derrocó o dominó a todos los gobiernos. Agitó en todos los ejércitos y flotas. Fue – y con razón – más temida que la guerra misma. Y cuando la guerra terminó, elevó los salarios del trabajo masivo inferior a una altura grotesca e impuso al mismo tiempo la jornada de ocho horas. Cuando los trabajadores volvieron a casa después de la guerra, en todo el mundo y a pesar de las enormes pérdidas humanas, surgió la conocida escasez de viviendas porque el proletariado victorioso ahora quiso vivir al estilo de la burguesía y lo logró. Esto simbolizó la deplorable caída de todos los antiguos poderes del estamento y la jerarquía. A través de este fenómeno se comprendió por primera vez la inflación general de las finanzas del Estado y de los créditos de la economía como lo que realmente era: una de las formas más eficaces del bolchevismo por medio de la cual los estratos rectores de la sociedad fueron expropiados, arruinados, proletarizados y, a consecuencia de ello, excluidos de la política principal. Desde entonces al mundo lo domina el pensamiento menor y de corto alcance del hombre vulgar que súbitamente se ha vuelto poderoso. ¡Ésa fue la victoria! El aniquilamiento se ha cumplido, el porvenir carece casi de esperanza; pero la venganza contra la sociedad ha quedado saciada. Con todo, ahora se ven las cosas tal como son. La lógica implacable de la historia se venga de los vengadores: del pensamiento vulgar, de los envidiosos, de los soñadores, de los fanáticos, que han sido ciegos ante los grandes y fríos hechos de la realidad.

Treinta millones de obreros blancos están hoy sin trabajo, a pesar de las grandes pérdidas de la guerra y sin contar a otros millones que están ocupados sólo en forma parcial. Esto no es consecuencia de la guerra, pues la mitad de ellos viven en países que, o bien no participaron de ella, o bien lo hicieron sólo parcialmente; ni lo es tampoco de las deudas de guerra o de maniobras financieras fracasadas,

como lo demuestran otros países. La desocupación es, en todas partes, exactamente proporcional al nivel de los salarios políticos. Pesa sobre los distintos países en proporción al número de obreros blancos. En los Estados Unidos quedan desocupados primero los angloamericanos, luego los inmigrantes de Europa oriental y meridional y por último y por lejos, los negros cuyo trabajo ya no se necesita. Lo mismo sucede en la América Latina y en África del Sur. En Francia el número de desocupados es menor sobre todo porque los diputados socialistas conocen la diferencia entre la teoría y la práctica y se venden lo más rápido que pueden a la alta finanza imperante en lugar de extorsionarla con salarios para sus electores. Pero en Rusia, Japón, China e India no hay escasez de trabajo porque no hay salarios de lujo.

La industria busca refugio en los países de color, y en los países blancos ya sólo se pagan bien los inventos y los métodos que ahorran trabajo manual porque atenúan la presión de los salarios. Desde hace décadas el último recurso para soportar dicha presión ha consistido en incrementar la producción con igual número de obreros por medio de perfeccionamientos técnicos. Ahora, la falta de consumo la ha hecho insoportable. Antes eran los salarios de Birmingham, Essen y Pittsburg los que servían de medida de referencia en el mundo entero; ahora son los salarios de los obreros de color de Java, Rodesia y Perú los que dan la pauta. A ello se agrega el achatamiento forzoso de la sociedad distinguida de los pueblos blancos y su riqueza heredada, su buen gusto lentamente formado y sus necesidades de lujo auténtico que los demás imitaban. El bolchevismo de los impuestos sobre la herencia y la renta – dictado por la envidia y que en Inglaterra comenzó ya antes de la guerra – junto con las inflaciones que destruyeron fortunas enteras, todo ello ha realizado un trabajo a fondo. Pero aquel lujo auténtico había creado y sostenido el trabajo de alta calidad; había promovido y alimentado industrias enteras de gran calidad. Había seducido a las clases medias y las había educado a tener, ellas también, aspiraciones más refinadas. Cuanto mayor es este lujo, más floreciente será la economía. Así lo comprendió ya Napoleón, que no se dedicó a teorías sobre economía política y por eso entendió mejor la vida económica. Desde su corte se reanimó la economía destruida por los jacobinos, porque se formó de nuevo una alta sociedad, según el modelo inglés obviamente, ya que la del *ancien régime* había sido masacrada o arruinada y sólo quedaban de ella restos mutilados y marchitos. Cuando la plebe destruye la riqueza acumulada en los estratos dirigentes; cuando esa riqueza se hace sospechosa, condenada, y representa un peligro para sus propietarios, la voluntad nórdica de adquirir la propiedad y de obtener poder por medio de ella cesa de crear riqueza. La ambición – espiritual – aplicada a lo económico se extingue. La lucha ya no vale la pena. El individuo se sienta en su rincón, renuncia y ahorra. Y con el «ahorro», que es siempre un ahorro del trabajo de otros, termina necesariamente toda economía de gran envergadura. Todo esto actúa en forma conjunta. El trabajo asalariado blanco de categoría inferior carece de todo valor; la masa obrera de las zonas carboníferas nórdicas se ha hecho superflua. Ésa fue la primera gran derrota de los pueblos blancos frente a la masa de los pueblos de color de todo el mundo, a la cual pertenecen los rusos, los españoles del Sur y los italianos del Sur, los pueblos del Islam al igual que los negros de la América

anglosajona y los indios de la América española. Ésa fue la primera señal amenazadora de que el dominio blanco del mundo se encuentra ante la posibilidad de sucumbir al poder de los pueblos de color como consecuencia de la lucha de clases que se libra a sus espaldas.

Y, sin embargo, nadie se atreve a ver los verdaderos fundamentos y abismos de esta catástrofe. El mundo blanco está gobernado por alcornos – si es que está gobernado en absoluto, cosa que puede ponerse en duda. Alrededor de la cama en que yace postrada la economía blanca se agrupan ridículas autoridades que no ven más allá del año próximo y que, esgrimiendo opiniones «capitalistas» y «socialistas», estrechamente económicas y hace rato anticuadas, se disputan medios mezquinos. Y, por último, la cobardía enceguece. Nadie habla de las consecuencias de esta revolución mundial que ya lleva más de un siglo y que, desde las profundidades de las megalópolis blancas, ha destruido la vida económica, y no sólo a ella. Nadie las ve; nadie se atreve a verlas.

«El obrero» es, hoy como ayer, el ídolo de todo el mundo, y el «dirigente obrero» está a salvo de toda crítica en cuanto a la tendencia que representa. Por ruidosamente que se hable contra el marxismo, éste resuena en cada palabra. Sus enemigos más estridentes están poseídos por él y no se dan cuenta. Y casi todos somos, en algún rincón del corazón, «socialistas» o «comunistas». De allí viene la reticencia general a admitir el hecho de la lucha de clases imperante y a sacar las debidas conclusiones. En lugar de combatir sin concesiones las causas de la catástrofe, en la medida en que es posible en absoluto hacerlo todavía, se intenta suprimir las consecuencias, los síntomas; y ni siquiera suprimirlos, sino velarlos, ocultarlos y negarlos. Ahora, en lugar de comenzar revisando el nivel revolucionario de los salarios, tenemos como nueva demanda revolucionaria la semana de cuarenta horas; un paso más por la senda marxista, otra reducción de la productividad de los trabajadores manteniendo el nivel de sus ingresos; es decir: un nuevo encarecimiento del trabajo blanco pues que los salarios políticos no deben caer es algo que se da por sobreentendido. Nadie se atreve a decirles a las masas obreras que su victoria ha sido su peor derrota; que los dirigentes obreros y los partidos obreros las han llevado a ella para saciar su propia hambre de popularidad, de poder y de puestos privilegiados, y que ni piensan en liberar a sus víctimas para luego desaparecer de escena. Pero, mientras tanto, los obreros «de color» trabajan barato y mucho, hasta el límite de su capacidad de trabajo, en Rusia bajo el látigo pero en otras partes ya con la silenciosa conciencia del poder que con ello adquieren sobre los odiados blancos, los Señores actuales – ¿o ya deberíamos decir Señores de ayer?

Ahí está la frase hecha de la «supresión» de la desocupación y de la «creación de trabajo» – de un trabajo superfluo y sin objeto puesto que bajo estas condiciones ya no existe el necesario, productivo y útil – y nadie dice que el costo de esta producción sin salida, de estas aldeas de Potemkin levantadas en un desierto económico, tendrá que ser sufragado otra vez por los restos de la clase campesina sana y de la sociedad urbana a través del bolchevismo fiscal, incluyendo la creación de medios de pago ficticios. Ahí está el *dumping*

instrumentado arruinando metódicamente la moneda y con el cual un país determinado intenta salvar la venta de sus productos a costa de socavar la venta de lo que producen los demás países; lo cual, en el fondo, es un cálculo falso, chabacano, de los verdaderos salarios y del costo de producción con el que se engaña al comprador y que, de nuevo, tiene que ser soportado por la propiedad del resto de la nación que paga los costos con una merma de su valor. Pero la caída de la libra – un tremendo sacrificio para el orgullo inglés – no ha disminuido ni en uno sólo el número de los desocupados. Existe sólo una clase de *dumping* naturalmente basado en la vida económica y que tiene, por lo tanto, el éxito asegurado: es el realizado por medio de salarios más baratos y con mayor rendimiento laboral. Sobre él se apoya tanto la tendencia destructora de la exportación rusa como la superioridad concreta de las áreas productoras «de color», como el Japón, ya sea que se dediquen a la industria o a la agricultura y ya sea que destruyan la producción blanca por medio de su exportación o bien entorpeciendo la importación con un autoabastecimiento más barato.

Y al final aparece el último, desesperado, recurso de las economías nacionales mortalmente enfermas: la autarquía – o sea cual fuere término grandilocuente utilizado para describir este comportamiento propio de un animal moribundo pero que implica la incomunicación económica recíproca por caminos políticos, con tarifas aduaneras hostiles, prohibición de importaciones, boicot, inconvertibilidad de divisas y todo cuanto se ha inventado o se inventará para establecer un estado de sitio que casi constituye ya una verdadera guerra y que podrá incitar un día a las potencias militarmente más fuertes a exigir, amenazando con sus tanques y sus escuadrillas de bombarderos, la apertura de las puertas y la capitulación económica. Es que hay que repetirlo una y otra vez: la economía no es un reino independiente; está indisolublemente ligada a la gran política; no es concebible sin una vigorosa política exterior y con ello depende en último término del poderío militar del país en el cual vive o muere.

Pero ¿qué sentido tiene la defensa de una fortaleza sitiada cuando el enemigo se encuentra dentro de ella y con él ya está instalada la traición bajo la forma de la lucha de clases, lo cual hace dudar de qué y a quién se está defendiendo? Aquí es donde yacen los verdaderos y graves problemas de la época. Las grandes cuestiones existen para que las mentes importantes se rompan la cabeza pensando en ellas. Pero cuando se puede observar cómo estas mentes resultan rebajadas y engañadas en todo el mundo para que pequeñas personas con sus pequeñas ideas y sus pequeños recursos puedan hacerse los importantes; cuando la «culpa» de la catástrofe económica se busca en la guerra y en las deudas de guerra, en la inflación y en las dificultades monetarias; cuando el «regreso de la prosperidad» y el «fin de la desocupación» resultan ser las palabras utilizadas, sin vergüenza alguna, para marcar el cierre de una tremenda época de la historia mundial; cuando todo esto sucede, uno llega a desesperar del futuro. Vivimos en una de las épocas más extraordinarias de toda la historia y nadie lo ve, nadie lo comprende. Estamos asistiendo a una erupción volcánica sin igual. Se ha hecho de noche, la tierra tiembla, ríos de lava invaden los todos pueblos – ¡y todo lo que se hace es avisar a los bomberos! Pero en esto reside la diferencia que hay entre

el populacho que ha llegado a dominar y los escasos hombres que «son de raza». Son las grandes individualidades las que hacen la historia. Lo que surge «en masa no puede ser más que su objeto.

## 18. La lucha de clases no ha terminado

Esta revolución mundial no ha terminado. Durará más allá de la mitad y acaso más allá del final del siglo actual. Avanza incesantemente hacia sus últimas opciones, con la fatalidad histórica de ese gran destino que ninguna civilización anterior pudo eludir, y somete a todos los pueblos blancos actuales a su implacable necesidad. Los que predicán su fin, o creen haberla vencido, no la ha comprendido en absoluto. Sus décadas más terribles apenas si han comenzado. Cada una de las personalidades directivas de la época de la revolución de los Gracos – tanto Escipión como su adversario Aníbal y tanto Sila como Mario – y todo gran acontecimiento – el ocaso de Cartago, las guerras de España, el alzamiento de los aliados itálicos, los levantamientos de los esclavos desde Sicilia hasta el Asia Menor – son tan sólo formas en que marcha hacia su culminación esta profunda crisis interior de la sociedad; es decir: esta crisis de la arquitectura orgánica de las naciones cultas. Sucedió lo mismo en el Egipto de la época de los hicsos, en la China de los «Estados Combatientes» y en todas partes durante los períodos «correspondientes» de la historia, por poco que sepamos de ellos. En esto todos nosotros somos, sin excepción alguna, esclavos de la «voluntad» de la historia; órganos colaboradores, ejecutores, de un acontecer orgánico.

En este formidable duelo entre grandes tendencias que tiene lugar en el mundo blanco a través de guerras, revoluciones, personalidades fuertes plenas de éxito y de tragedia, con creaciones poderosas pero no obstante efímeras, la ofensiva todavía proviene hoy de abajo, de la masa urbana; en cambio la defensa, endeble todavía y sin la serena conciencia de su necesidad, proviene de arriba. El fin se hará visible recién cuando esa relación se invierta; algo que no tardará en suceder.

En épocas como ésta hay dos partidos naturales, dos frentes de la lucha de clases, dos poderes y orientaciones interiores; llámense como se llamen, son sólo dos, independientemente del número de organizaciones partidarias que existan y de si existen en absoluto. Lo demuestra la bolchevización progresiva de las masas en los Estados Unidos: es el estilo ruso en su pensamiento, en sus esperanzas y en sus deseos. Éste es un «partido». Todavía no hay un centro de resistencia contra él en ése país que carece de ayer y acaso de mañana. El brillante episodio del imperio del dólar y de su estructura social, iniciado con la Guerra de Secesión de 1865, parece estar llegando a su fin. ¿Será Chicago la Moscú del nuevo mundo? En Inglaterra, la Oxford Union Society, el mayor club de estudiantes de la

universidad más distinguida de la nación, ha tomado por aplastante mayoría el siguiente acuerdo: *Esta casa no luchará, en ningún caso, ni por el rey ni por la patria*. Esto implica el fin del criterio que hasta entonces rigió a todas las estructuras partidarias. No es imposible que las potencias anglosajonas estén en vías de disolución. ¿Y el continente europeo occidental? El país más libre de este bolchevismo blanco es – Rusia, ya que en él no existe ningún «partido» sino una horda que gobierna al modo asiático bajo ese nombre. Tampoco existe ya allí la creencia en ningún programa; sólo hay miedo a la muerte, ya sea por retiro de las cartillas de racionamiento o del pasaporte, ya sea por envío a un campo de trabajos forzados, o bien por un balazo o en la horca.

En vano la cobardía de estamentos enteros se esfuerza por patrocinar la formación de un «centro» conciliador contra las tendencias radicales de «derecha» e «izquierda». La época misma es radical. No tolera compromisos. El hecho de la actual hegemonía de la izquierda y la incipiente voluntad de crear un movimiento de derecha – que de momento sólo encuentra puntos de apoyo en círculos muy reducidos, en algunos ejércitos e incluso en la Alta Cámara inglesa, entre otros lugares – son hechos que no pueden ser desterrados ni negados. Por eso es que ha desaparecido en Inglaterra el partido liberal y desaparecerá en su forma actual, su heredero, el partido laborista. Por eso desaparecieron en Alemania los partidos de centro sin ofrecer resistencia. La voluntad de constituirse en centro es el deseo senil de la tranquilidad a toda costa, de hacer de toda nación una Suiza; es una de abdicación histórica con la que se cree haber escapado de los golpes de la historia. La oposición entre la jerarquía social y la masa urbana, entre la tradición y el bolchevismo, entre las condiciones superiores de unos pocos y el trabajo manual inferior de la masa, o como quiera llamársele, está presente. No hay un tercer término.

Pero también es un error creer en la posibilidad de un partido único. Los partidos son formas liberal-demócratas de oposición. Presuponen la existencia de un partido opositor. Un partido es tan imposible en el Estado como lo es un Estado en un mundo sin Estados. La frontera política – ya sea de la nación o de la convicción – siempre separa a dos poderes. Constituye una enfermedad infantil de todas las revoluciones el creer en una unidad victoriosa mientras el problema de la época, del cual han nacido, exige la discrepancia. Las grandes crisis de la historia no se resuelven así. Necesitan madurar para resolverse en nuevas crisis y en nuevas luchas. El «Estado totalitario», un lema italiano que ha llegado a ser una consigna internacional de moda, ya fue realizado por los jacobinos en los dos años del Terror. Pero ni bien aniquilaron a los poderes caídos del *ancien régime* y fundaron la dictadura, los propios jacobinos se dividieron en girondinos y montañeses y los primeros ocuparon el puesto vacante. Sus jefes cayeron víctimas de la izquierda; pero sus sucesores hicieron lo mismo con ésta. Luego, con el Termidor, comenzó la espera por el general victorioso. Se puede destruir un partido como organización y burocracia de asalariados; pero no como movimiento, como poder espiritual e intelectual. La lucha, necesaria por naturaleza, se desplaza así y queda a cargo del otro partido. Allí es dónde se formarán nuevos frentes para continuarla. La lucha podrá ser negada y encubierta, pero existirá. Esto es válido

respecto del fascismo y de todos los numerosos movimientos surgidos según su modelo, y de los que todavía surgirán, quizás en América. Aquí es dónde a todo individuo se le plantea una elección inevitable. Cada cual tiene que saber si está a la «derecha» o a la «izquierda», y debe saberlo en forma decidida porque, de otro modo, decidirá por él la marcha de la historia que es más fuerte que todas las teorías y que cualquier quimera ideológica. La conciliación es hoy tan imposible como en la época de los Gracos.

El bolchevismo occidental no ha muerto en ningún lado – excepto en Rusia. Cuando se aniquilan sus organizaciones combativas sobrevive bajo nuevas formas: como el ala izquierda del partido que cree haberlo vencido; como opinión sobre cuya existencia en el pensamiento propio pueden engañarse tanto individuos aislados como masas enteras; como movimiento que un buen día surge de pronto con formas organizadas.

¿Qué quiere decir «izquierda»? Las consignas del siglo pasado, tales como socialismo, marxismo y comunismo, ya son anticuadas y no significan nada. Se usan para no tener que justificar el lugar dónde alguien está realmente parado. Pero la época exige claridad. «Izquierda» es todo lo que sea partido; «izquierda» es todo aquello que cree en partidos pues se trata de una forma liberal de lucha contra la sociedad más elevada, de la lucha de clases desde 1770; es del afán por mayorías, por la participación de «todos»; es la cantidad en lugar de la calidad, la manada en vez del mando. Pero el cesarismo genuino de todas las culturas cercanas a su fin se apoya sobre pequeñas y fuertes minorías.<sup>[41]</sup> Izquierda es lo que tiene un programa, pues así es como se manifiesta la convicción intelectual racional-romántica de que se puede dominar la realidad con abstracciones. Izquierda es la agitación ruidosa en las calles pavimentadas y en las asambleas populares; es el arte de trastornar la masa urbana con palabras fuertes y razones mediocres. En la época de los Gracos la prosa latina desarrolló aquel estilo retórico que hallamos en Cicerón y que no sirve más que para una retórica sofisticada. Izquierda es, en especial, la exaltación de las masas como fundamento del poder propio; es la voluntad de nivelar lo sobresaliente hacia abajo, de equiparar al obrero manual con el pueblo mientras se dirigen de reojo miradas despectivas hacia el campesinado y la burguesía.

Un partido no es tan sólo una forma que se va volviendo vieja. Se basa, además, sobre la también anticuada ideología de masas. Ve las cosas desde abajo y corre detrás del pensamiento de la mayoría. «Izquierda» es, por último y sobre todo, la falta de respeto por la propiedad, aunque ninguna raza tiene un instinto tan fuerte por la propiedad como la germánica precisamente porque ha sido la más voluntariosa de todas las razas históricas. La voluntad de poseer una propiedad constituye el sentido nórdico de la vida. Domina y moldea toda nuestra historia, desde las campañas conquistadoras de reyes cuasi-mitológicos hasta la forma de la familia actual que muere cuando se extingue la idea de propiedad. Quien no posee el instinto para esto, no es «de raza».

El gran peligro de mediados de este siglo reside en que se continúe con lo que se quisiera combatir. Ésta es una época de soluciones intermedias y de transiciones, pero mientras éstas sean posibles no habrá terminado la revolución. El cesarismo del porvenir no persuadirá; vencerá con las armas. La revolución habrá sido superada recién cuando esto se haya hecho evidente, cuando la mayoría sea percibida como un inconveniente, cuando se la desprecie, cuando la masa, el partido en todo sentido, cuando todos los programas y todas las ideologías sean consideradas desde arriba. También en el fascismo se dan los dos frentes de la época de los Gracos – la izquierda de la masa urbana inferior y la derecha de la nación articulada desde el campesino hasta los estamentos directores de la sociedad – pero esta oposición está reprimida por la energía napoleónica de un solo individuo. La contraposición está reprimida pero no suprimida, ni puede serlo.<sup>[42]</sup> Volverá a emerger en graves luchas entre diadocos en el momento en que la mano de hierro deje el timón. También el fascismo es una transición. Se ha desarrollado partiendo de la masa urbana, como partido de masas con ruidosa agitación y discursos ante audiencias masivas. No es ajeno al socialismo obrero. Pero una dictadura continuará siendo forma intermedia mientras abrigue ambiciones «sociales», mientras afirme que existe por el «obrero», mientras corteje la calle y sea popular. El cesarismo del porvenir luchará sólo por el poder, por un imperio y contra todo tipo de partidos.

Todo movimiento ideológico cree en lo definitivo de sus logros. Rechaza la idea de que «después de él» prosiga la historia. Le faltan el escepticismo y el desprecio cesáreo por los hombres, el saber profundo acerca de la transitoriedad de todos los fenómenos. El pensamiento creador de Mussolini fue grande y tuvo efectos internacionales. Se ha visto en él una forma posible de combatir al bolchevismo. Pero esta forma ha nacido de la imitación del enemigo y está, por ello, llena de peligros. Conlleva el peligro de la revolución desde abajo hecha y promovida por hombres inferiores; el de la milicia armada del partido – que en la Roma de César estuvo representada por las bandas de Clodio y de Milón –; el de la tendencia a subordinar al trabajo ejecutor el trabajo intelectual y económico de los directores, porque no se lo comprende; el peligro de menospreciar la propiedad de los demás, a confundir la nación con la masa; en una palabra: conlleva el peligro de la ideología socialista del siglo pasado.

Todo eso pertenece al pasado. Lo que anticipa el futuro no es la existencia del fascismo como partido, sino tan sólo y únicamente la figura de su creador. Aunque fue dirigente obrero, Mussolini no es un jefe de partido sino el Señor de su país. Probablemente Lenin, su modelo, lo hubiera llegado a ser también de haber vivido más; poseía ya la superior desconsideración hacia su partido y el valor para comenzar a retirarse de toda ideología. Mussolini es ante todo estadista; frío, escéptico, realista y diplomático. Gobierna realmente solo. Posee la capacidad la más rara en un soberano absoluto: la de verlo todo. El mismo Napoleón quedó aislado por quienes lo rodeaban. Las victorias más difíciles y más necesarias que un dictador debe conquistar no son las que logra sobre sus enemigos, sino las que obtiene sobre sus propios partidarios, sobre los pretorianos, sobre los «Ras», como los llamaban en Italia. Con ellas se demuestra quién es un soberano nato.

Quien no lo sabe hacer, no lo puede o no lo arriesga, termina nadando como un corcho sobre las olas; estará arriba pero, no obstante, carecerá de poder. El cesarismo perfecto es dictadura; pero no la dictadura de un partido, sino la de un hombre contra todos los partidos y, sobre todo, contra el partido propio. Todo movimiento revolucionario alcanza la victoria con una vanguardia de pretorianos, que luego ya no son útiles y sólo resultan peligrosos. El verdadero soberano se revela en la forma en que los despide, sin miramientos y de un modo ingrato, atento sólo a su objetivo para el cual tiene que encontrar los hombres adecuados y sabe encontrarlos. Lo contrario es lo que muestra la Revolución Francesa en sus comienzos: nadie tiene el poder y todos quieren tenerlo. Todos mandan y nadie obedece.

Mussolini es un hombre señorial como los *condottiere* del Renacimiento, que posee toda la astucia meridional de la raza y por ello calcula así el teatro de su movimiento de un modo exactamente adecuado al carácter de Italia – la patria de la ópera – sin entusiasmarse nunca él mismo con esa teatralidad; algo de lo cual Napoleón no estuvo del todo exento y que causó la perdición de, por ejemplo, a Rieni. Cuando Mussolini invoca el modelo prusiano tiene razón: es más afín a Federico el Grande, e incluso al padre de éste, que a Napoleón; para no citar ejemplos de menor envergadura.

Y aquí hay que pronunciar, por fin, la palabra decisiva sobre el «prusianismo» y el «socialismo». Los comparé en 1919 señalando que el uno era una idea viva y el otro el lema predominante de todo un siglo y – me animaría a decir que por supuesto – no fui comprendido. Hoy ya no se sabe leer. Este gran arte, existente todavía en la época de Goethe, se ha extinguido. Se le echa un vistazo «en masa» a lo impreso y, por regla, el lector desmoraliza al libro. Yo había demostrado allí que, en la colectividad obrera con la que Bebel forjó un poderoso ejército, en su disciplina y su fidelidad, en su camaradería y en su disposición a los sacrificios más extremos, pervivía aquel antiguo estilo prusiano que se reveló por primera vez en las batallas de la guerra de los Siete Años. Lo que importaba era el «socialista» individual como carácter; importaban sus imperativos morales, no el socialismo metido a mazazos en su cerebro, mezcla para nada prusiana de ideología estúpida y vulgar codicia. Y demostré que la tradición de este tipo del «estar en forma» para una misión se remonta hasta la orden de los caballeros teutónicos que en los siglos góticos – al igual que hoy – fue la guarda fronteriza de la cultura fáustica contra el Asia. Esta actitud ética, inconsciente como todo auténtico estilo de vida y que por ello mismo sólo puede ser despertado y formado mediante el ejemplo vivo y no con discursos y escritos, surgió magníficamente en agosto de 1914 – el ejército había educado a Alemania – y fue traicionado por los partidos políticos en 1918 cuando el Estado se extinguió. Después, la voluntad disciplinada resurgió en el movimiento nacional; no en sus programas y partidos, sino en la actitud moral de los mejores individuos y es posible que, partiendo de esta base, el pueblo alemán sea lenta y persistentemente educado para las tareas de su difícil futuro; y es necesario que así sea si no hemos de sucumbir en las luchas que vienen.

Pero a las cabezas huecas les resulta imposible salir del pensamiento marxista del siglo pasado. No entienden, en todo el mundo, al socialismo como una forma moral de vida, sino como socialismo económico, como socialismo obrero, como ideología de masas con fines materialistas. El socialismo programático de todo tipo es pensamiento desde abajo, basado sobre instintos vulgares, es la apoteosis del sentimiento de rebaño que hoy se esconde en todas partes detrás de la frase hecha de «superación del individualismo» y es la antítesis del sentir prusiano que ha experimentado con jefes ejemplares la necesidad de una abnegación disciplinada y posee, con ello, la libertad interior del cumplimiento del deber, de la autodisciplina y del autodomínio en aras de un gran objetivo.

En cambio, el socialismo obrero en cualquiera de sus formas es – y así lo he demostrado ya – de origen exclusivamente inglés y nació alrededor de 1840, simultáneamente con el predominio de las acciones de Bolsa como forma triunfante del capital financiero sin patria. Ambas cosas son expresiones del manchesterismo librecambista. Este bolchevismo «blanco» es un capitalismo de abajo, un capitalismo de salarios, así como el capital financiero especulador es, por su método, socialismo de arriba, desde la Bolsa. Ambos brotan de la misma raíz espiritual, del pensar en términos de dinero, del comerciar con dinero sobre el pavimento de las megalópolis; y que esto se haga en términos de niveles de salarios o en términos de diferencias de cotización es una cuestión secundaria. Entre el liberalismo económico y el socialismo no hay ninguna contradicción. El mercado de trabajo es la Bolsa del proletariado organizado. Los sindicatos son *trusts* para imponer salarios con la misma tendencia y los mismos métodos que los *trusts* del tipo angloamericano que operan en petróleo, en acero o en las banca, y cuyo socialismo financiero se infiltra en las empresas individuales dirigidas en forma personal y profesional, sometiéndolas, absorbiéndolas y dominándolas hasta la expropiación por parte de la economía planificada. Todavía no se ha tomado en cuenta con la atención debida la característica devastadora y expropiadora de los paquetes de acciones, de las participaciones, y del mero «tener» divorciado del trabajo responsable del empresario que no sabe ya en absoluto a quién pertenecen su empresa. La economía productiva no es, en última instancia, más que el objeto sin voluntad de maniobras bursátiles. La Bolsa, hasta entonces mero medio auxiliar de la economía, acaparó la función decisoria sobre la vida económica recién con la hegemonía de la acción. Estos socialistas financieros y magnates de los *trusts*, como Morgan y Kreuger, se corresponden por completo con los dirigentes de masas de los partidos obreros y con los comisarios económicos rusos: poseen la misma personalidad de mercaderes con un el mismo criterio de nuevos ricos. Los poderes conservadores del Estado, el ejército, la propiedad, el campesino tanto como el empresario, resultan combatidos desde los dos lados, hoy al igual que en la época de los Gracos.

Pero el estilo prusiano no exige sólo la primacía de la gran política sobre la economía, su sujeción a una disciplina por parte de un Estado fuerte, lo cual presupone la libre iniciativa del espíritu empresario privado y es lo opuesto a la organización partidaria y programática, a la sobre-organización hasta lograr la supresión de la idea de propiedad que, precisamente en los pueblos germánicos,

significa libre voluntad económica y señorío sobre lo propio.<sup>[43]</sup> El «disciplinar» implica la educación de un caballo de raza por parte de un experto jinete; no significa meter a presión el cuerpo económico viviente en un corsé de planes económicos o transformarlo en una máquina de monótono traquetear. Prusiano es la ordenamiento aristocrático de la vida según la jerarquía de la función. Prusiana es, sobre todo, la primacía incondicional de la política exterior, el primado de la dirección exitosa del Estado en un mundo de Estados, sobre la política interior cuya única función es mantener en forma a la nación para aquella tarea y se convierte en disparate y en delito cuando persigue independientemente fines ideológicos propios. En esto reside la debilidad de la mayoría de las revoluciones cuyos dirigentes ascendieron por demagogia, no aprendieron nada y, por consiguiente, no supieron encontrar el camino que conduce desde el pensamiento partidario al pensamiento del estadista, como Danton y Robespierre. Mirabeau y Lenin murieron demasiado pronto; Mussolini ha tenido éxito. Pero el futuro pertenece a los grandes hombres fácticos después que, desde Rousseau, se pavonearon sobre el escenario de la historia mundial los reformadores del mundo y desaparecieron sin dejar huella duradera.

Prusiano es, por último, un carácter que se autodisciplina, como el que poseyó Federico el Grande definiéndolo como el del primer servidor de su Estado. Un servidor como ése no es un lacayo; pero cuando Bebel afirmaba que el pueblo alemán tenía alma de lacayo tenía razón en cuanto a la mayoría. Su propio partido lo demostró en 1918. Entre nosotros, los lacayos del éxito son más numerosos que en otras partes, aunque en todos los tiempos y en todos los pueblos el rebaño humano ha estado lleno de ellos. Es indiferente que el bizantinismo celebre sus orgías ante la bolsa del dinero, ante el éxito político, un título o tan sólo ante el sombrero de Gessler.<sup>[44]</sup> Cuando Carlos II desembarcó en Inglaterra de pronto ya no hubo republicanos. Ser servidor del Estado es una virtud aristocrática de la que sólo muy pocos son capaces. Si esto es «socialista», entonces es un socialismo orgulloso y exclusivo, propio de hombres de raza; propio de los elegidos por la vida. El prusianismo es algo muy distinguido y se dirige contra toda clase de mayoría y de imperio de la plebe; sobre todo, también contra los atributos de la masa. Moltke, el gran educador de los oficiales alemanes, máximo ejemplo del prusianismo auténtico del Siglo XIX, fue así. El conde Schlieffen resumió su personalidad en la siguiente consigna: «Hablar poco, hacer mucho, ser más que aparentar.»

De esta idea de la existencia prusiana partirá la superación definitiva de la revolución mundial. No existe ninguna otra posibilidad. Ya en 1919 dije que no es prusiano cualquiera que haya nacido en Prusia; este tipo puede existir en cualquier parte del mundo «blanco», y existe realmente por más excepcional que sea. En todas partes esta idea constituye el fundamento de la forma provisoria de los movimientos nacionales – ya que éstos no son nada definitivo – y se plantea el interrogante de hasta qué grado es posible desligarla de los elementos rápidamente declinantes, populares y democrático-partidistas del nacionalismo liberal y socialista que por ahora la dominan. Estuvo presente en el silencioso sentimiento nacional de los ingleses de alrededor de 1900 que hoy se ha vuelto

inseguro; también en el chauvinismo petulante y vacuo de los franceses que afloró ruidosamente con el affaire Dreyfus. En Inglaterra estuvo adherida al culto a la flota y en Francia al culto al ejército. América no posee nada semejante – el americanismo al cien por cien es una frase hecha – y lo necesita si ha de sobrevivir en absoluto, como nación, a la anunciada catástrofe entre el comunismo agazapado y la alta finanza ya enquistada. La idea prusiana se dirige tanto contra el liberalismo financiero como contra el socialismo proletario. Todo tipo de masa y de mayoría, todo lo que es «izquierda» le resulta sospechoso. Ante todo, apunta contra el debilitamiento del Estado y contra el abuso degradante del mismo en favor de intereses económicos. Es conservadora y de «derecha»; brota de los poderes esenciales de la vida en la medida en que esos poderes existen todavía en los pueblos nórdicos. Poderes constituidos por el instinto de poder y propiedad, por la propiedad como poder, por la herencia, [\[45\]](#) por la fecundidad y la familia – pues todo esto está interrelacionado – por las diferencias de rango y por la articulación social cuyo enemigo mortal fue, es y será el racionalismo desde 1750 a 1950. El nacionalismo actual, con la mentalidad monárquica que en él se esconde, es una transición. Es un estadio previo al cesarismo que se viene, por más lejano que éste parezca estar. En él se agita ya la repugnancia por todo partidismo liberal y socialista, por toda clase de popularidad que siempre compromete a su objetivo; por todo lo que surge en masa y quiere irrumpir en el diálogo. Esta tendencia, por muy oculta que se encuentre aún bajo otras de mayor «actualidad», tiene a su favor el porvenir – y a los dirigentes del porvenir. Todos los conductores realmente grandes de la historia se dirigen hacia la derecha, por grande que sea la profundidad de la que se han elevado; en ello se reconoce al Señor y al soberano nato. Esto es válido respecto de Cromwell y de Mirabeau, al igual que de Napoleón. Cuanto más madura la época, más promisorio se hace este camino. Escipión el Viejo sucumbió al conflicto entre las tradiciones de su origen, que le prohibían la dictadura sin leyes, y la situación política, que le procuró, sin él quererla, la salvación de Roma del peligro cartaginés, y murió en el extranjero. Por entonces comenzó el movimiento revolucionario a socavar las formas saturadas de tradición, por lo que Escipión el joven ocupó una posición todavía débil frente a los Gracos mientras que Sila ya tuvo una posición muy fuerte frente a Mario, hasta que por fin César, que comenzó como catilinario, ya no encontró resistencia en partidaria. Es que los pompeyanos no constituían un partido, sino el séquito de un individuo. La revolución mundial, por fuerte que haya sido en su comienzo, no termina en la victoria o la derrota, sino en la resignación de las masas que fueron arreadas hacia adelante. Sus ideales dejan de ser controvertidos; se hacen tediosos. Al final, terminan en que ya nadie se molesta por ellos. El que habla del fin de la «burguesía» se identifica con ello todavía como proletario. No tiene ya nada que ver con el futuro. Una sociedad «no burguesa» sólo puede ser mantenida por el terror, y sólo por un par de años, al cabo de los cuales todo el mundo está harto de ella; para no hablar de que, en el ínterin, los dirigentes obreros se convierten en nuevos burgueses. Y esto no es lo que prefiere el buen gusto de los auténticos jefes.

El socialismo de toda especie está hoy tan anticuado como las formas liberales de las que partió, al igual que todo lo referente a partidos y programas. El siglo del

culto al obrero – 1840 a 1940 – llega irrevocablemente a su fin. El que hoy le canta «al obrero» no ha comprendido la época. El trabajador manual se reintegra al todo de la nación, no ya como su niño mimado, sino como la clase más baja de la sociedad urbana. Las antítesis elaboradas por la lucha de clases vuelven a ser diferencias permanentes de arriba y abajo, y todos se conforman con ello. Es la resignación de la época imperial romana, en la que ya no hubo problemas económicos de este orden. Pero, ¡cuántas cosas pueden ser todavía destruidas y arrasadas durante los últimos tiempos de la anarquía socialista mundial! Tantas que en algunos pueblos blancos ya no habrá material con el cual un César pueda construir su creación, su ejército – pues en el futuro los ejércitos relevarán a los partidos – y su Estado.

En eso que en todas las naciones blancas que participaron en la guerra se llama con bastante imprecisión «la juventud» o la «generación del frente» ¿existe acaso todavía un fundamento firme para tales hombres y para las tareas que demanda el futuro? En lo que más se percibe la profunda conmoción causada por la gran guerra, que arrancó a todo el mundo de la cómoda ilusión de que la seguridad y el progreso constituían el sentido de la historia, es en el caos espiritual que dejó tras de sí. El hecho de que no se tenga la menor conciencia de este caos y se crea que se está gestando un nuevo orden, demuestra más que nada su existencia. Los hombres nacidos alrededor de 1890 no han visto un conductor realmente grande. Las figuras de Bismarck y de Moltke, para no hablar de otros países, se han desvanecido ya en la niebla de una literatura histórica. Podrían haber representado un criterio para medir la auténtica grandeza, pero no sin un presente vivo, y la guerra no ha exhibido un solo monarca importante, ni un estadista sobresaliente, ni un estratega victorioso en los puestos decisivos. Todos los monumentos y todos los nombres de calle no sirven de nada contra esto. La consecuencia de ello fue una falta absoluta de sentimiento de autoridad; falta con la que millones de personas de ambos bandos volvieron a sus casas desde las trincheras. Esta falta se reveló en la irrestricta crítica juvenil a todo lo existente, tanto hombres como cosas, sin haber existido antes de ello ni el más mínimo rastro de autocritica. Todos se reían del pasado sin sospechar su poder subsistente. Quedó en evidencia, sobre todo, en la forma en que por todas partes se clamó por una dictadura, según el paladar de cada cual, sin conocer ni reconocer a un dictador; con lo cual se elegía y se idolatraba a uno hoy y se lo desechaba mañana: Primo de Rivera, d'Annunzio, Ludendorff. Quedó en evidencia también en la forma en que se discutió el liderazgo considerándolo un problema en lugar de aceptarlo como un hecho una vez que ocurriera. El diletantismo político llevó la batuta. Cada uno le prescribió a su dictador lo que éste debía querer. Cada uno exigió disciplina de los demás porque él mismo era incapaz de autodisciplina. Debido a que se había olvidado lo que es un conductor de Estado se cayó en la histeria de los programas y los ideales, y todo el mundo se entregó, en escritos y discursos, a fantásticos sueños sobre lo que indiscutiblemente debía ser transformado, pues se partió del supuesto que lo posible quedaba sobreentendido. La falta de respeto por la historia nunca fue mayor que durante estos años. No se supo, ni se quiso, ver que la historia tiene su propia lógica contra la que se estrellan todos los programas. Pero Bismarck llegó a la meta

porque comprendió la marcha de la historia de su siglo y se intercaló en ella. La suya fue la gran política en términos del arte de lo posible.

De esta «juventud» de todos los países «blancos» que pretendía «ponerle fin» desde abajo a una revolución mundial de dos siglos, porque no la comprendía, y justamente por medio de la forma bolchevique de la que tanto llevaba en si misma, se alzó en Alemania, en Inglaterra, en España, en todas partes, el clamor típicamente revolucionario contra el «individualismo». Todos eran pequeños individualistas, muy pequeños, sin talento ni profundidad; pero precisamente por ello estaban poseídos por la imperiosa necesidad de tener razón; y por eso odiaron la superioridad de los más grandes, a los que, por lo menos, no les faltaba un hálito de escepticismo respecto de sí mismos. Todos los revolucionarios carecen de sentido del humor y esta es la causa principal de su fracaso. El fanatismo se define por obstinación mezquina y falta de humor. Estos «jóvenes» no tomaron conciencia en absoluto de que el liderazgo, la autoridad, el respeto y el «socialismo» se excluyen recíprocamente. Este anti-individualismo es la moda teórica del momento entre los intelectuales forzados de todas las naciones blancas, como ayer lo fue un individualismo que no era muy diferente. Por miserable que sea esta especie de intelecto, es el único que tienen. Es la literatura de las grandes ciudades, y no es nada nueva por cierto, pues ya los jacobinos usaron de ella hasta la saciedad en sus discursos. La falta de inteligencia no constituye aún la superación del racionalismo.

¿En qué consiste, pues, el «socialismo» de estos héroes que salen al campo de batalla contra la libertad de la personalidad? Es el colectivismo asiático impersonal del Oriente, el espíritu de la gran llanura, vinculado con la *levée en masse* occidental de 1792. ¿Qué es lo que se rebela realmente? Los insignificantes cuyo único poder es el número. En esto hay mucho de esclavismo subterráneo, de restos de razas prehistóricas y de su pensamiento primitivo, y también de envidiar al ruso cuya voluntad no desarrollada lo libra de la tortura de los inferiores de querer algo y no saber qué, de tener que querer y no atreverse a ello. Quien no tiene el coraje de ser martillo se conforma con el papel del yunque. Lo cual no carece de cómodas ventajas. El impulso a quedar libre de la propia voluntad, a sumergirse en la mayoría pasiva, la felicidad de un alma de lacayo de no tener las preocupaciones del Señor; todo esto se disfraza aquí con palabras altisonantes. ¡Es el romanticismo de los insignificantes! ¡La apoteosis del sentimiento del rebaño! ¡Es el último recurso para idealizar el propio miedo a la responsabilidad! Este odio al individualismo por cobardía y vergüenza es la caricatura de los grandes místicos de los siglos XIV y XV y de su «abandono del yo», como consta en la «Teología Alemana». En aquella época eran almas fuertes las que vivenciaron la tremenda, auténticamente germánica, soledad del Yo en el mundo y extrajeron de su sufrimiento el ansia ardiente de disolverse en lo que llamaron Dios, el Todo, u otro concepto, y que no era sino su propio Yo. El Yo vigoroso e inflexible fue su perdición. Toda tentativa de traspasar sus límites les enseñaba tan sólo que no los tenía. Hoy la cosa es más simple: uno se hace «socialista» y habla contra el Yo de los demás.

En la actualidad el Yo propio no causa conflictos íntimos. Se ha cumplido la nivelación de los cerebros. Todos se congregan «en masa», quieren «en masa» y piensan «en masa». El que no piensa como todos y lo hace por su cuenta es percibido como adversario.<sup>[46]</sup> El yo pasivo, estúpido y enfermo de todo género de inhibiciones se «sumerge» ahora en la masa en lugar de hacerlo en la divinidad: también eso es «redención». Es algo casi místico. Es algo que ya se sabía en 1792. Es la necesidad de la plebe de concurrir y participar. Pero el estilo prusiano consiste en una abstención por libre decisión propia; es un Yo fuerte el que se inclina ante un gran deber y una gran misión, se traduce en un acto de autodominio y, en este sentido, representa el máximo individualismo del que la actualidad es capaz.

La «raza» celto-germánica es la de la voluntad más fuerte que jamás haya visto el mundo. Pero este «yo quiero» – ¡Yo quiero! – que llena por completo el alma fáustica, que constituye el último sentido de su existencia y que domina toda manifestación de la cultura fáustica en el pensamiento, la acción y la conducta, hizo consciente la perfecta soledad del Yo en el espacio infinito. En última instancia, voluntad y soledad son la misma cosa. De ahí el silencio de Moltke y, por el otro lado, la necesidad del más blando y femenino Goethe de confesarse una y otra vez ante un entorno de su elección; necesidad que impregna todas sus obras. Tenía el anhelo de escuchar un eco proveniente del Universo; era el sufrimiento de un alma delicada que padece el monólogo de su existencia. De la soledad uno puede estar orgulloso, o bien puede sufrir por ella; lo que no puede es escapar de ella. El hombre religioso de «verdades eternas» – como Lutero – ansía el indulto y la redención de este destino; quiere conquistar, obtener por empecinamiento ambas cosas por sí mismo. En cambio, el hombre político del Norte desarrolla a partir de esa soledad un gigantesco desafío a la realidad: «Confías más en tu espada que en Thor», dice una saga islandesa. Si existe un individualismo en el mundo, es esta porfía del individuo ante el mundo entero, esta conciencia de poseer una voluntad inflexible, esta alegría por tener el poder de la última decisión y este amor por el destino, incluso en el mismo instante en que uno se estrella contra él. Y lo prusiano es el subordinarse por libre voluntad. El valor del sacrificio está en que sea difícil. Quien no tiene un Yo para sacrificar no debería hablar de la lealtad de un subordinado porque no hará sino correr detrás de alguien sobre quien ha descargado la responsabilidad. Si hay algo hoy que debería producir asombro, ésa es la estrechez del ideal socialista con el que se pretende redimir al mundo. No es una liberación de los poderes del pasado; es la continuación de sus peores tendencias. Es cobardía frente a la vida.

La lealtad auténtica – auténticamente prusiana – es lo que más necesita el mundo en esta época de grandes catástrofes. Uno sólo se apoya en algo que ofrece resistencia. En la comprensión de este hecho se reconoce al verdadero jefe. Quien proviene de la masa tiene que saber mejor que nadie que la masa, las mayorías y los partidos, no acompañan. Sólo pretenden ventajas. Y dejan en la estacada al que va delante en cuanto éste les pide sacrificios. Aquel que piensa y siente a partir de la masa no le legará a la historia más que su fama de demagogo. Aquí es dónde se separan los caminos hacia la izquierda y la derecha. El

demagogo vive en la masa, siempre entre sus iguales. El hombre nacido para gobernar puede utilizarlos, pero los desprecia. Su más difícil lucha no la libra contra el enemigo sino contra el enjambre de sus demasiado devotos amigos.

Por la forma futura del poder serán los ejércitos y no los partidos políticos; ejércitos de abnegación desinteresada como Napoleón no los tuvo ya después de Wagram. Podía confiar en sus viejos soldados, pero no en los oficiales superiores, y el valor de un ejército se mide ante todo por el de su oficialidad. No se vio en él al conductor sino al eterno dador. En cuanto los sacrificios exigidos superaron los beneficios el gran ejército se acabó. Ya es hora de que el mundo «blanco», y Alemania en primer lugar, tomen conciencia de estos hechos. Porque detrás de las guerras mundiales y de la todavía inacabada revolución mundial proletaria emerge el mayor de todos los peligros, el del color, y para enfrentarlo hará falta todo lo que de «raza» queda todavía en los pueblos blancos. Sobre todo Alemania no es una isla como pretenden los ideólogos políticos que la toman por objeto para realizar en ella sus programas. Es tan sólo una pequeña mancha en un mundo en ebullición, aunque en una posición decisiva. Pero sólo ella posee en sí el prusianismo como hecho. Con ese tesoro de existencia ejemplar puede llegar a ser la educadora del mundo «blanco»; quizá su salvadora.

## **La Revolución Mundial de Color**

### **19. Las dos revoluciones: lucha de clases y lucha de razas**

La civilización occidental de este siglo está amenazada no ya por una, sino por dos revoluciones mundiales de primera magnitud. Ninguna de ambas ha sido aún estimada en su verdadero alcance, profundidad y efectos. Una de ellas viene de abajo y la otra desde afuera: lucha de clases y lucha de razas. A la primera ya la hemos dejado atrás en gran parte, aunque sus batallas decisivas – acaso en la zona angloamericana – estén aún, probablemente, por librarse. La segunda empezó decididamente recién con la guerra mundial y va adquiriendo tendencia y silueta con gran rapidez. En las próximas décadas ambas combatirán lado a lado, quizá como aliadas, y ésta será la crisis más grave que los pueblos blancos – de acuerdo o en desacuerdo – tendrán que atravesar en común si todavía quieren tener un futuro.

También la «revolución desde afuera» se ha alzado contra todas y cada una de las culturas anteriores. Ha surgido siempre del odio reconcentrado que la

superioridad inatacable de un grupo de naciones cultas – basada en formas y medios políticos, militares, económicos e intelectuales que han llegado a la altura de la maduración – provocó a su alrededor entre los «salvajes» o «bárbaros», entre los explotados carentes de derechos. Este estilo colonial no le ha faltado a ninguna alta cultura. Pero ese odio no impidió el secreto desprecio por el estilo de vida extraño que fue conociéndose paulatinamente, que fue develado bajo una mirada burlona y, finalmente, terminó circunscripta en cuanto a los límites de su influencia. Los colonizados vieron que había muchas cosas que podían ser imitadas y otras que podían ser convertidas en inocuas, o bien que no poseían la fuerza que al principio se les habían atribuido en medio de la parálisis y el espanto.<sup>[47]</sup> Presenciaron las guerras y las revoluciones que surgieron en el interior del mundo de estos pueblos de Señores y, a través de su utilización inevitable, fueron iniciados en los secretos de las armas,<sup>[48]</sup> la economía y la diplomacia. Al final, terminaron dudando de la superioridad real de los extranjeros y, en cuanto sintieron decaer su decisión de dominar, empezaron a pensar en la posibilidad de atacarlos y vencerlos. Así sucedió en la China del siglo III AC, cuando los pueblos bárbaros del norte y oeste del Hoangho y al sur del Yangtsekiang fueron arrastrados a la lucha de las grandes potencias. Lo mismo pasó en el mundo árabe de la época de los abasidas cuando las estirpes turco-mongoles pasaron de mercenarios a Señores y sucedió, sobre todo, en la antigüedad grecorromana donde podemos ver con toda precisión acontecimientos absolutamente semejantes a aquellos hacia los que avanzamos de modo irrevocable.

Los ataques de los bárbaros contra el mundo antiguo comienzan el año 300 AC con las expediciones celtas contra Italia, donde en la batalla decisiva de Sentium (295 AC) hubo tribus galas que apoyaron a los etruscos y a los samnitas contra Roma. Todavía Aníbal se sirvió de ellas con éxito. Alrededor del año 280 AC otros celtas conquistaron Macedonia y el norte de Grecia donde, a consecuencia de las luchas políticas internas, todo poder estatal había cesado de existir. Estos celtas pudieron ser detenidos sólo ante Delfos. En Tracia y en Asia Menor fundaron reinos bárbaros sobre una población helenizada y en parte helénica. Algo más tarde comienza también en Oriente, en el desmoronado imperio de Alejandro Magno, la reacción bárbara, con innumerables alzamientos contra la cultura helénica, que se ve forzada a ceder el terreno paso a paso, hasta que hacia el año 100 AC Mitrídates, aliado con «salvajes» de la Rusia meridional (escitas y bastarnos) y contando con el avance cada vez más vigoroso de los partos de Ostiran contra Siria, pudo ya tener la esperanza de destruir al Estado romano, inmerso en el caos de las luchas de clases. Pudo ser detenido recién en Grecia. Atenas y otras ciudades se le habían unido, y también algunas tribus celtas asentadas todavía en Macedonia. En los ejércitos romanos reinaba una revolución manifiesta. Las distintas partes combatían unas contra otras y los jefes se asesinaban unos a otros, incluso ante el enemigo (Fimbria). Por entonces, el ejército romano dejó de ser un ejército nacional y se transformó en el séquito personal de ciertos individuos. Las tropas que Aníbal condujo en el año 218 AC contra Roma no fueron cartaginesas en realidad sino compuestas predominantemente por gentes de las tribus salvajes del Atlas y del sur de España contra las cuales Roma tuvo que librar luego, desde el año 146 AC en adelante,

terribles e interminables luchas. Las pérdidas sufridas en estas guerras fueron las que condujeron al alzamiento de los campesinos romanos en las revueltas de la época de los Gracos y con quienes más tarde el romano Sertorio intentó fundar un Estado contra Roma. En 113 AC se inició el ataque celto-germánico de los cimbros y los teutones, que sólo luego del aniquilamiento de ejércitos romanos enteros pudo ser rechazado por Mario, el caudillo de la revolución, a su retorno de la campaña victoriosa contra Yugurta, quien había alzado en armas el África septentrional contra Roma e impedido, durante años enteros, toda acción en su contra sobornando a los políticos romanos. Hacia el año 60 AC comenzó un segundo movimiento celto-germánico (suevos, helvecios) contrarrestado por César con la conquista de las Galias, mientras Craso caía simultáneamente peleando contra los partos victoriosos. Pero en este punto terminó la resistencia por medio de la expansión. El plan de César de reconquistar el imperio de Alejandro y suprimir así el peligro parto no llegó a realizarse. Tiberio tuvo que retraer la frontera hasta Germania, después de no haber podido sustituir las tropas exterminadas durante la batalla del bosque de Teutoburgo y luego de la primera gran rebelión de las legiones fronterizas que ocurrió luego de la muerte de Augusto. Desde entonces reinó un sistema defensivo. Pero el ejército fue llenándose cada vez más de elementos bárbaros. Se convirtió en un poder independiente. Germanos, ilirios, africanos y árabes tomaron el liderazgo mientras los hombres del Imperio se hundían en la inercia de una «paz eterna» y cuando comenzaron, por el norte y el este, los grandes ataques, no fue tan sólo la población civil la que concertó acuerdos con los invasores y aceptó voluntariamente una relación de acatamiento a ellos. Fue el pacifismo tardío de una civilización cansada.

Pero de todos modos, durante siglos enteros fue posible mantener una defensa metódica contra estas circunstancias, porque el *orbis terrarum* del Imperio romano era un dominio cerrado, con fronteras que podían ser defendidas. Mucho más grave es la situación actual del *imperium* de los pueblos blancos que abarca toda la superficie de la tierra e incluye a los pueblos «de color». La humanidad blanca, llevada por su indómito impulso hacia la lejanía infinita, se ha dispersado por todas partes, por Norteamérica y Sudamérica, por el África del Sur, por Australia y por innumerables puntos de apoyo intermedios. El peligro amarillo, cobrizo, negro y rojo acecha dentro de la esfera de poder de los blancos, penetra en los conflictos bélicos y revolucionarios que se producen entre las potencias blancas, participa en ellos y amenaza con tomar finalmente en sus manos el poder de decisión.

¿Qué es lo que pertenece al mundo «de color»? No sólo África, los indios – junto con negros y mulatos – de toda la América, los pueblos islámicos, China y la India hasta Java, sino sobre todo Japón y Rusia, que ha vuelto a ser una gran potencia asiática «mongol». Cuando los japoneses vencieron a Rusia, brilló una esperanza sobre todo el Asia: un joven Estado asiático, usando medios occidentales, había puesto de rodillas a la mayor potencia de Occidente destruyendo así el halo de imbatibilidad que rodeaba a «Europa». Esto actuó como una señal para la India, para Turquía, e incluso para el Cabo y el Sahara. Así que era posible hacerle pagar a los pueblos blancos los sufrimientos y las humillaciones de todo un siglo.

Desde entonces, la profunda astucia de los hombres asiáticos está pensando en medios que son inaccesibles y superiores al pensamiento europeo occidental. Y Rusia, después de sufrir en 1916 una segunda derrota decisiva, infligida esta vez por Occidente y contemplada con burlona satisfacción por su aliada Inglaterra, arrojó su máscara «blanca» y volvió a ser asiática con toda su alma llena de ardiente odio contra Europa. Conocedora de las debilidades internas de Europa, edificó sobre ellas nuevos y ladinos métodos de combate con los que difundió entre toda la población «de color» del mundo la idea de una resistencia en común. Junto con la victoria del socialismo obrero sobre la sociedad de los pueblos blancos, ésta fue la segunda real consecuencia de la guerra mundial, una guerra que no ha facilitado la comprensión de ninguno de los verdaderos problemas de la gran política, ni ha resuelto ninguno tampoco. Esta guerra fue una derrota de las razas blancas y la paz de 1918 fue el primer gran triunfo del mundo de color. Es todo un signo que, en la «Sociedad de las Naciones» ginebrina – que no es más que el símbolo miserable de asuntos ignominiosos – al mundo de color le esté permitido intervenir en las controversias que los Estados blancos sostienen entre sí.

El hecho de que los alemanes establecidos en el extranjero fuesen maltratados por gentes de color por orden de franceses o ingleses no fue un hecho que sorprendiese por su novedad. Este método comienza con la revolución liberal del siglo XVIII. En 1775, los ingleses reclutaron tribus enteras de indios pieles rojas que cayeron, incendiando y arrancando cabelleras, sobre los republicanos americanos. Y no debería olvidarse la forma en que los jacobinos movilizaron a los negros de Haití en favor de los «derechos humanos». Pero el hecho que hombres de color de todo el mundo fueran masivamente llevados a tierra europea para luchar en ella bajo el mando de hombres blancos y contra hombres blancos; que a estos hombres de color se les hayan enseñado los secretos y los límites de eficacia de los elementos bélicos más modernos y que fueran luego devueltos a sus hogares creyendo haber vencido a potencias blancas, todo esto ha transformado fundamentalmente la concepción de la distribución del poder sobre la tierra que estas personas tenían. Sintieron su fuerza común y la debilidad de los otros; comenzaron a despreciar a los blancos como otrora Yugurta despreció a la poderosa Roma. No fue Alemania; fue Occidente el que perdió la guerra mundial al perder el respeto de los hombres de color.

Moscú ha sido el primero en comprender el alcance de este desplazamiento del centro de gravedad político. En Europa occidental no se lo ha comprendido hasta el día de hoy. Los pueblos señoriales blancos han perdido su jerarquía anterior. Negocian hoy allí en dónde ayer mandaban, y mañana tendrán que adular para poder negociar. Han perdido la conciencia de la obviedad de su poder y ni siquiera se dan cuenta. En la «revolución desde fuera» le han cedido la capacidad de elegir el momento a América, y sobre todo al Asia cuyas fronteras son hoy el Vístula y los Cárpatos. Por primera vez desde el sitio de Viena por los turcos están otra vez obligados a ponerse a la defensiva, y tendrán que poner en manos de hombres muy grandes fuerzas muy grandes, tanto espirituales como militares, si

quieren resistir el primer tremendo ataque que no se hará esperar por mucho tiempo.

En Rusia, ambas revoluciones, la blanca y la de color, estallaron simultáneamente en 1917. La primera, amorfa y urbana, del socialismo obrero con su credo occidental en partidos y programas, hecha por literatos, proletarios universitarios y agitadores nihilistas del cuño de Bakunin conjuntamente con la escoria de las grandes ciudades; retórica y literaria de cabo a rabo; pasó a cuchillo a la sociedad de Pedro el Grande que había sido mayoritariamente de origen occidental y puso en escena un ruidoso «culto al trabajador». La tecnología de la maquinaria, tan ajena al alma rusa y tan odiada por ella, de repente pasó a ser una divinidad y a constituir el sentido de la vida. Pero por debajo, de un modo lento, tenaz, silencioso y con grandes posibilidades de futuro, comenzó la otra revolución del *mujik*,<sup>[49]</sup> la de las aldeas, es decir: el verdadero bolchevismo asiático. Su primera expresión fue la eterna avidez de tierras del campesino que arrancó del frente a los soldados para participar en el gran reparto de tierras. El socialismo obrero no tardó en advertir el peligro. Después de una alianza inicial – con el odio al campesino de todos los partidos urbanos, sean liberales o socialistas – comenzó la lucha contra este elemento conservador que ha sobrevivido siempre a lo largo de la historia a todas las construcciones políticas, sociales y económicas de las ciudades. El socialismo obrero expropió al campesino, volvió a introducir la servidumbre y la prestación personal, suprimidas por Alejandro II en 1862 y, con una administración hostil y burocrática de la agricultura (todo socialismo que pasa de la teoría a la práctica se ahoga muy pronto en la burocracia) consiguió que hoy en día los campos estén abandonados, la riqueza ganadera haya quedado reducida a una fracción de lo que fue y el hambre al estilo asiático se haya convertido en un estado permanente que sólo tolera una raza de voluntad débil nacida para una existencia de esclavos.

Pero el bolchevismo «blanco» ha entrado aquí rápidamente en vías de desaparición. Sólo hacia fuera se mantiene todavía el rostro marxista para desencadenar y dirigir en el Asia meridional, en África y en América la rebelión contra las potencias blancas. Una nuevo estrato asiático de gobernantes ha relevado al semi-occidental estrato anterior. Habita de nuevo en las mansiones y en los palacios de los alrededores de Moscú; tiene servidumbre y se atreve ya a desplegar un lujo bárbaro con el gusto de los *khanes* mongoles del siglo XIV, repletos de botín. Hay una «riqueza» de formas nuevas que puede ser parafraseada con conceptos proletarios.

La revolución volverá a la propiedad campesina, incluso a la propiedad privada en absoluto – lo cual no excluye la servidumbre – y podrá hacerlo porque el que tiene el poder es el ejército y ya no el «partido» civil. El soldado es la única persona que no pasa hambre en Rusia, y él sabe por qué y por cuánto tiempo. Este poder es inatacable desde fuera a causa de la extensión geográfica de la nación, pero significa un ataque por sí mismo. Tiene mercenarios y aliados en todo el mundo, disfrazados al igual que él. Su arma más fuerte es la nueva diplomacia revolucionaria, auténticamente asiática, que actúa en vez de negociar, y actúa

desde abajo y por detrás con la propaganda, el asesinato y la rebelión, siendo con ello muy superior a la gran diplomacia de las naciones blancas que todavía no ha perdido del todo – a pesar de los abogados y los periodistas metidos a políticos – su antiguo estilo aristocrático que proviene de El Escorial y de la cual Bismarck fue el último gran maestro.

Rusia es la dueña de Asia. Rusia es Asia. El Japón pertenece a ella sólo por la geografía. Por su «raza» está indudablemente más cerca de los malayos más orientales, de los polinesios y de algunos pueblos indios del lado occidental de América. Pero Japón es en el mar lo que Rusia es en tierra: dueño de un extenso dominio, en el que las potencias occidentales no significan ya nada. Inglaterra no es, ni lejos, dueña en el mismo grado de «su» *Empire*, ni siquiera de las colonias de color. El Japón extiende su influencia muy lejos. La tiene en el Perú y en el canal de Panamá. El pretendido parentesco de sangre entre japoneses y mejicanos ha sido acentuado y festejado ocasionalmente por ambas partes. En Méjico surgió a principios de 1914 en los círculos indios dirigentes del «Plan de San Diego», que consistía en la invasión por parte de un ejército de indios, negros y japoneses en los Estados de Tejas y Arizona. La población blanca debía ser masacrada, los Estados negros serían declarados independientes y un Méjico más grande se constituiría en Estado de pura raza india.<sup>[50]</sup> Si este plan hubiera sido llevado a cabo, la guerra mundial habría comenzado con una distribución completamente distinta de las potencias y sobre la base de otros problemas. La doctrina Monroe bajo la forma del imperialismo del dólar, con su amenaza contra América Latina, habría quedado destruida. Rusia y Japón son hoy las únicas potencias activas del mundo. Por ellas ha llegado a ser Asia el elemento decisivo del acontecer mundial. Las potencias blancas obran bajo su presión, y ni siquiera lo advierten.

Esta presión consiste en la actividad de la revolución racista de color que se sirve ya de la revolución blanca de la lucha de clases como medio. Del trasfondo de la catástrofe económica ya hemos hablado. Una vez que la revolución desde abajo, bajo la forma del socialismo obrero, abrió la brecha con los salarios políticos, la economía de color intervino, guiada por Rusia y Japón, con el arma de los salarios más bajos y está en vías de completar la destrucción. Pero a esto hay que agregar todavía la propaganda sociopolítica en gran escala, la verdadera diplomacia asiática de nuestros días. La misma ha penetrado por completo a toda la India y a toda la China, y ha conseguido en Java y en Sumatra la constitución de un frente racial contra los holandeses y la descomposición del ejército y la marina. Corteja desde el Asia oriental a la raza india, asentada desde Méjico hasta Chile, e infunde por primera vez a los negros un sentimiento comunitario orientado contra los pueblos señoriales blancos.

También aquí la revolución blanca ha venido preparando el terreno a la de color desde 1770. La literatura inglesa liberal de Mill y Spencer, cuyos razonamientos intelectuales se remontan hasta el siglo XVIII, le está suministrando la «cosmovisión» a las escuelas superiores de la India. El camino que desde este punto lleva a Marx lo encuentran ya los hindúes reformistas por sí solos. El

caudillo revolucionario chino Sun-Yat-Sen lo encontró en América. De ello ha surgido una literatura revolucionaria propia que, en cuanto a radicalismo, deja muy en la sombra a Marx y a Borodin.

El movimiento de independencia de la América española desde Bolívar (1811) es inconcebible sin la literatura revolucionaria anglo-francesa de 1770 – más el ejemplo de Napoleón – como también lo es el de Norteamérica contra Inglaterra. En su origen, ésta fue una lucha exclusivamente entre blancos; entre la aristocracia criolla terrateniente, asentada desde generaciones atrás en el país, y la burocracia española, que mantenía en pie la relación señorial colonial. Bolívar, un blanco de pura sangre como Miranda y San Martín, tenía el proyecto de fundar una monarquía que habría de ser sostenida por una oligarquía puramente blanca. Todavía Rosas, el dictador argentino – una poderosa figura de estilo «prusiano» – representó esta aristocracia contra el jacobinismo que se extendió muy pronto desde Méjico hasta el extremo Sur encontrando apoyo en los clubes masones enemigos de la Iglesia y exigiendo la igualdad general, incluso el de las razas. Con ello empezó el movimiento de los indios y los mestizos, no sólo contra España, sino contra la sangre, blanca en absoluto. Este movimiento ha progresado en forma constante y se halla hoy cerca de la meta. Ya Alejandro de Humboldt había observado en estos dominios el orgullo de un origen puramente ibérico y aún hoy pervive en las familias distinguidas de Chile la tradición de descender de antepasados visigodos o vascos.<sup>[51]</sup> Pero en la anarquía que se hizo cada vez mayor desde mediados del siglo XIX, esta aristocracia, o bien sucumbió en su mayor parte, o bien regresó a Europa. Los «caudillos», guerreros demagogos de la población de color, rigen la política. Entre ellos hay indios de pura sangre, de grandes dotes, como Juárez y Porfirio Díaz. Hoy, a excepción de la Argentina, la clase superior blanca, o la que se tiene por tal, oscila entre una cuarta y una décima parte de la población total. En algunos Estados, los médicos, los abogados e incluso los oficiales son casi exclusivamente indios y se sienten afines al proletariado mestizo de las ciudades en su odio a la propiedad blanca, hállese ésta en manos criollas, inglesas o norteamericanas. En el Perú, Bolivia y el Ecuador el aimará se usa como segunda lengua en la administración y en la enseñanza. Se dedica un culto manifiesto al supuesto comunismo de los incas, con el entusiasta apoyo de Moscú. El ideal racial de un régimen indio puro está quizá muy próximo a verse realizado.

En África es el misionero cristiano, sobre todo el metodista inglés, el que con total inocencia – con su doctrina de la igualdad de todos los hombres ante Dios y del pecado de ser rico – ara la tierra en la cual siembra y cosecha el mensajero bolchevique. Además, partiendo del norte y del este, avanzando actualmente ya hacia el Sambesi (Nyassaland), el misionero islámico sigue sus huellas con mucho mayor éxito. Donde ayer había una escuela cristiana mañana habrá una choza-mezquita. El espíritu guerrero y viril de esta religión es más comprensible para el negro que la doctrina de la piedad y la compasión, que sólo le quita todo respeto por el blanco; y sobre todo le resulta sospechoso el sacerdote cristiano porque representa a un pueblo señorial blanco contra el cual se dirige, con astuta determinación, la propaganda islámica, que es más política que dogmática. Esta

revolución integral «de color» en todo el mundo avanza con muy diversas tendencias, nacionales, económicas y sociales. Se dirige tanto contra los gobiernos blancos de los imperios coloniales (India) o los del propio país (El Cabo), como contra una clase superior blanca (Chile); contra el poder de la libra o del dólar, contra una economía extranjera en absoluto, o contra el mundo financiero propio porque hace negocios con los blancos (China), o contra la aristocracia o la monarquía propias. A esto se agregan factores religiosos: el odio al cristianismo, o a toda especie de sacerdocio y de ortodoxia, a los usos y costumbres, a la cosmovisión y a la moral. Pero en el fondo, desde la revolución de los *taipings* en China, el alzamiento cipayo en la India y el de los mejicanos contra el emperador Maximiliano, hay una sola y misma cosa: el odio a la raza blanca y la decidida voluntad de aniquilarla. No importa si civilizaciones antiquísimas y cansadas, como la india y la china, sean capaces, o no, de mantener el orden sin un régimen extranjero; lo que importa es si están en condiciones de sacudirse el yugo blanco, y éste es el caso. La cuestión de cual de los pueblos de color ha de ser el próximo Señor, si Rusia o Japón – o un gran aventurero de cualquier origen con un montón de ejércitos tras de sí – es algo que se resolverá más tarde, o no se resolverá. La antigua civilización egipcia cambió muchas veces de dueño desde el año 100 AC. Pasó por los libios, los asirios, los persas, los griegos y los romanos. No fue ya nunca capaz de gobernarse a sí misma, pero constantemente fue capaz de producir un alzamiento victorioso. Y si de los muchos otros objetivos hay sólo uno que se concretará o que puede ser concretado, eso es algo que por el momento resulta totalmente secundario. La gran cuestión histórica es la de si se conseguirá, o no, derrocar a las potencias blancas. Y sobre esto se ha formado una grave unidad de decisión que da mucho que pensar. ¿Qué posee el mundo blanco, en materia de fuerzas de resistencia espirituales y materiales, para enfrentar este peligro?

## **20. El cansancio de los pueblos blancos: esterilidad**

Muy pocas, según parece a primera vista. También sus pueblos se han cansado de la cultura. En el fuego de la alta forma y en la lucha por la perfección interior se ha consumido la sustancia espiritual. En muchos casos sólo queda ya el rescoldo y con frecuencia sólo cenizas, pero hay casos en que esto no es así. Cuanto menos ha sido un pueblo arrastrado al torbellino de la historia pasada para desempeñar un papel dirigente, tanto más ha conservado un caos que puede llegar a convertirse en forma. Y cuando la tempestad de las grandes decisiones se desata sobre él, como en 1914, las chispas ocultas se alzan de pronto en llamas. Precisamente en la raza germánica, la de más fuerte voluntad que jamás haya existido, duermen todavía grandes posibilidades.

Pero cuando aquí hablamos de raza no es en el sentido que hoy está de moda entre los antisemitas de Europa y América, esto es, en un sentido darwinista, materialista. Pureza racial es un término grotesco considerando el hecho que desde hace milenios todas las estirpes y especies se han mezclado, y que precisamente las estirpes guerreras, es decir: sanas y promisorias, han incorporado favorablemente extranjero cuando éste era «de raza», cualquiera fuese la raza a la que haya pertenecido. El que habla demasiado de raza es porque ya no tiene ninguna. Lo que importa no es la raza pura, sino la raza fuerte que un pueblo posee.

Esto se hace visible ante todo algo evidente y elemental como es la fertilidad, la proliferación de hijos que la vida histórica puede gastar sin agotarla jamás. Según la conocida frase de Federico el Grande, Dios está siempre con los batallones más fuertes, y eso es lo que se verifica justamente en este caso. Las millones de víctimas de la guerra mundial fueron, racialmente, lo mejor de los pueblos blancos; pero la raza se demuestra por la rapidez con la que pueden ser reemplazadas. Un ruso me dijo una vez: «Lo que hemos sacrificado a la revolución lo compensará la mujer rusa en diez años.» Éste es el instinto correcto. Razas como ésta son imparables. La trivial doctrina de Malthus, que ensalza la esterilidad como si fuese un progreso y que se predica hoy en todos los países blancos, demuestra tan sólo que estos intelectuales carecen de raza, para no mencionar la tontería que supone creer que las crisis económicas pueden ser suprimidas con una disminución de la población. Los «batallones fuertes», sin los cuales no hay gran política, otorgan también a la vida económica protección, fuerza y riqueza interior.

La mujer de raza no quiere ser «compañera» o «amante», sino madre; y no madre de un solo hijo como juguete y entretenimiento, sino de muchos. El instinto de las razas fuertes habla a través del orgullo por la abundancia de hijos, a través del sentimiento que la esterilidad es la maldición más dura que puede caer sobre una mujer y, a través de ella, sobre su estirpe. De este instinto proceden los celos ancestrales con los que una mujer intenta quitarle su hombre a otra para tenerlo como padre de sus hijos. Los celos ya más espiritualizados de las megalópolis, que son apenas algo más que apetito erótico y que estiman a la otra parte como medio de placer, así como la mera reflexión sobre el número de hijos deseado, o temido, delatan ya la extinción del instinto de perduración de la raza; un instinto que ya no puede ser despertado con discursos y escritos. El matrimonio ancestral – o lo que la antigua tradición popular conoce como costumbre profundamente arraigada para hacer de la procreación algo sagrado – no es para nada sentimental. El hombre quiere tener hijos capaces que en el futuro continúen y hagan crecer su nombre y sus logros más allá de su propia muerte, así como él mismo se siente heredero de la fama y de las acciones de sus antepasados. Ésta es la idea nórdica de la inmortalidad y estos pueblos jamás conocieron otra. Sobre esta idea descansa su inmenso anhelo de fama; el deseo de realizar una obra y perdurar en ella entre las generaciones futuras; de ver su nombre perpetuado en el mármol de una estatua o, al menos, de quedar honrosamente en la memoria de los descendientes. Por eso la idea de la herencia es inseparable del matrimonio germánico. Cuando decae la idea de la propiedad, el sentido de la familia se

disuelve en la nada. El que impugna la primera, ataca también a la segunda. La idea de la herencia, que está adherida a la existencia de toda propiedad agraria, a todo taller, a toda antigua firma comercial, a las profesiones heredadas de padres a hijos [52], y que ha encontrado su más alta expresión simbólica en la monarquía hereditaria, garantiza la fortaleza del instinto racial. El socialismo no sólo lo ataca; su mera existencia ya es un síntoma de la decadencia de ese instinto.

Pero la disolución de la familia blanca, una manifestación inevitable de la vida en las grandes urbes, se propaga y devora la «raza» de las naciones. El significado del hombre y la mujer, la voluntad de perdurar, se va perdiendo. Las personas ya no viven más que para sí mismas y no para el futuro de las generaciones. La nación como sociedad, originalmente un tejido orgánico de familias, amenaza con disolverse en una suma de átomos particulares de los cuales cada uno pretende extraer de su vida y de las ajenas la mayor cantidad posible de placer – de *panem et circenses*. La emancipación femenina de la época de Ibsen no quiere liberarse del hombre, sino del hijo, de la carga de los hijos, y la emancipación masculina de la misma época rechaza, a su vez, los deberes para con la familia, la nación y el Estado. Toda la literatura liberal-socialista sobre este problema gira en torno de este suicidio de la raza blanca. En todas las demás civilizaciones sucedió lo mismo.

Las consecuencias están a la vista. Las razas de color del mundo fueron hasta ahora dos veces más numerosas que las blancas. Pero alrededor de 1930 Rusia ha tenido un exceso de nacimientos de dos millones anuales y el Japón de cuatro; y la población de la India ha aumentado en 34 millones de 1921 a 1931. En África, los negros, con su enorme fecundidad, se multiplicarán más intensamente todavía ahora que la medicina europea ha «irrupido» en su área e impide la selección a través de las enfermedades. Frente a esto, en Alemania a Italia los nacimientos superan a las muertes en menos de medio millón. En Inglaterra, el país en que se recomienda públicamente la limitación del número de hijos, dicho exceso no llega al cuarto de millón. Ya los nacimientos no superan a los fallecimientos en Francia ni en la población *yankee* de antigua raigambre en los Estados Unidos. Allí, la «raza» de cuño germánico hasta ahora dominante está en vías de rápida desaparición desde hace algunos decenios. El incremento de población corresponde en su totalidad a los negros y a los europeos del Sur y del Este inmigrados desde 1900. En Francia hay departamentos que en cincuenta años han perdido un tercio de su población. En algunos, el número de nacimientos es un 50% menor que el de los fallecimientos. Algunas pequeñas ciudades y muchas aldeas están casi desiertas. Procedentes del Sur inmigran catalanes e italianos que se dedican a la agricultura, y por todas partes ya hay polacos y negros que penetran incluso en la clase media. Hay sacerdotes, oficiales y jueces negros. Estos inmigrantes, que constituyen por lejos más de una décima parte de la población total, son los que mantienen con su fecundidad aproximadamente constante el número total de «franceses». Pero en un período de tiempo ya calculable el francés auténtico dejará de ser el dueño en Francia. El incremento aparente de la población blanca en toda la tierra, por pequeño que sea en comparación con el de la población de color, se debe a un engaño pasajero: el

número de hijos es cada vez menor y sólo aumenta el número de adultos, no porque éstos sean más sino porque viven más tiempo.

Pero una raza fuerte necesita no sólo un número inagotable de nacimientos, sino también una dura selección por las dificultades de la vida: la desgracia; la enfermedad y la guerra. La medicina del siglo XIX, un auténtico producto del racionalismo, es también, desde este punto de vista, un fenómeno senil. Prolonga toda vida; ya sea que merezca, o no, ser vivida. Prolonga incluso la muerte. Sustituye el número de niños por el número de ancianos. Favorece la cosmovisión del *panem el circenses*, al medir el valor de la vida por cantidad de días y no por su contenido. Impide la selección natural e incrementa con ello la decadencia de la raza. En Inglaterra y Gales el número de enfermos mentales incurables ha pasado, en veinte años, de 4,6 al 8,6 cada 1.000 habitantes. En Alemania, el número de los disminuidos mentales se eleva a casi medio millón y supera ampliamente el millón en los Estados Unidos. Según un informe del ex-presidente Hoover, entre la población juvenil de Norteamérica hay 1.360.000 individuos que padecen defectos de dicción o audición; 1.000.000 tienen cardiopatías; 875.000 son difícilmente educables o delincuentes; 450.000 son débiles mentales; hay 300.000 inválidos y 60.000 ciegos. Pero a esto se agrega la multitud de los físicos y mentalmente anormales de toda clase; los histéricos, los psicópatas y los neurópatas, incapaces de engendrar ni dar a luz hijos sanos. Su número exacto es indeterminable, pero puede deducirse de la cantidad de médicos que viven de ellos y de la masa de libros que sobre ellos se publican. De esta descendencia se desarrolla tanto el proletariado revolucionario portador del odio de los desfavorecidos como el bolchevismo de salón de los estetas y los literatos que disfrutaban y proclaman el encanto de tales constituciones psíquicas.

Es un hecho conocido que los hombres importantes sólo muy rara vez fueron primogénitos y casi nunca hijos únicos. El matrimonio pobre en hijos menoscaba no sólo contra la cantidad sino, sobre todo, la calidad de la raza. Lo que un pueblo necesita, en tanto raza sana por sí misma, es la existencia de una selección de los hombres superiores que lo dirigen. Una selección tal como la promovían el servicio colonial inglés y el cuerpo de oficiales prusiano – y también la Iglesia católica – atendiendo implacablemente a la conducta moral y a la afirmación en situaciones difíciles y sin consideración por el dinero ni por el origen, se hace imposible cuando el material existente no supera la mediocridad en ningún aspecto. Tiene que existir una selección previa por la vida; sólo después puede haberla por el estamento. Una estirpe fuerte precisa padres fuertes. Tiene que haber aún algo del barbarismo de los tiempos ancestrales en la sangre, bajo las formas rigurosas de una antigua cultura, que en los tiempos difíciles emerge para salvar y vencer.

Este barbarismo es lo que yo llamo raza fuerte, lo eterno guerrero en ese tipo de animal de presa que es el hombre. Repito: raza que se tiene, no raza a la que se pertenece; la primera es ética, la otra zoología. Muchas veces parece no existir ya pero late, dispuesto a saltar, en el alma. Una fuerte provocación y caerá sobre el enemigo. Sólo se ha extinguido allí donde el pacifismo de las ciudades tardías aplasta las generaciones con su fango, dónde se difunde el deseo cansado de la

tranquilidad a cualquier precio, salvo el de la propia vida. Es este el auto-desarme espiritual que le sigue al físico por esterilidad.

¿Por qué el pueblo alemán es el menos desgastado del mundo blanco y, por lo tanto, aquél del que más se puede esperar? Porque su pasado político no le ha dado la oportunidad de derrochar su preciosa sangre y sus grandes talentos. Ésa es la única bendición de nuestra miserable historia desde 1500. Nos ha preservado. Nos convirtió en soñadores y en teóricos en lo referente a la gran política, ajenos al mundo y ciegos, estrechos, pendencieros y provincianos; pero eso se puede superar. No hemos tenido un defecto orgánico ni una innata carencia de capacidades, como lo demuestra la época imperial. La sangre adecuada, base también de toda clase de superioridad espiritual, existió y fue conservada. La gran historia es exigente. Consume los mejores elementos raciales. Consumió a los romanos en un par de siglos. Cuando con el descubrimiento de América comenzó de nuevo en gran escala la emigración de los pueblos nórdicos, detenida mil años antes en la Europa meridional, y continuó allende los mares, las vigorosas estirpes españolas, en su mayor parte oriundas del Norte, pasaron a la otra costa dónde podían luchar, atreverse e imperar. Hacia 1800, la aristocracia española más valiosa estaba ya allende el océano y la vida vigorosa se extinguió en la metrópoli. Del mismo modo, desde Luis XIII el estrato superior de Francia con vocación de reinar se ha desgastado en la gran política, aunque no sólo en ella – también la alta cultura se paga cara – y aún más el anglosajón en el imperio mundial inglés. Lo que en este último estrato había de estirpes superiores no envió a sus hombres a los escritorios y los pequeños empleos de la isla natal. Sus integrantes siguieron el impulso vikingo hacia una vida en peligro y, o bien perecieron por todo el mundo en innumerables aventuras y guerras; o bien se enfermaron por el clima, o bien se quedaron en aquellas lejanas tierras en las que, como en Norteamérica, formaron la base de una nueva clase señorial. El resto se hizo «conservador», lo cual en esto quiere decir estéril, cansado, lleno de odio improductivo contra todo lo nuevo e imprevisto. También Alemania ha perdido gran parte de su mejor sangre en ejércitos extranjeros y en naciones extranjeras. Pero el provincialismo de sus estados políticos disminuyó la ambición de los hombres de talento poniéndolo al servicio de cortes pequeñas, de ejércitos pequeños y administraciones pequeñas. [53] No pasaron de ser una clase media sana y fecunda. La mayor parte de la nobleza siguió siendo una clase agricultora alta. No existió un gran mundo ni una vida dispendiosa. La «raza» del pueblo dormía y esperaba la llamada de una gran época. A pesar de las devastaciones de las últimas décadas, Alemania posee un tesoro de sangre talentosa como no la tiene ninguna otra nación. Puede ser despertada y tiene que ser espiritualizada para ser eficaz en los grandes deberes del porvenir. Pero estos deberes ya existen hoy. La lucha por el planeta ha comenzado. El pacifismo del siglo liberal tiene que ser superado si queremos seguir viviendo.

¿Hasta qué punto han avanzado ya los hacia este pacifismo? El clamor contra la guerra, ¿es un gesto espiritual, o es la seria abdicación ante la historia a costa de la dignidad, el honor y la libertad? Pero la vida es guerra. ¿Puede uno despojarla de su sentido y, sin embargo, conservarla? La aspiración a una tranquilidad

pasiva, al aseguramiento contra todo lo que perturba la marcha rutinaria cotidiana, el protegerse del destino en todas sus formas parece quererlo así. Es una especie de mimetismo frente a la historia mundial, es el hacerse el muerto ante el peligro como insectos humanos; es el *happy end* de una existencia vacía de contenido sobre cuyo tedio el jazz y los bailes negroides entonan la marcha fúnebre que celebra la muerte de una gran cultura.

Pero esto no puede ser y no debe ser. La liebre puede quizás engañar al zorro. Pero el hombre no puede engañar al hombre. El hombre de color cala las intenciones del blanco cuando éste habla de «Humanidad» y de paz eterna. Olfatea la incapacidad y la falta de voluntad para defenderse. Aquí hace falta una gran tarea de educación, como la que yo he calificado de «prusiana» y a la que otros pueden llamar «socialista». ¡Qué importan las palabras! Una educación que a través del ejemplo viviente despierte la fuerza adormecida. No se trata de escuela, ni de saber, ni de ilustración, sino de un entrenamiento espiritual que haga aflorar lo que todavía existe para fortificarlo y llevarlo a un nuevo florecimiento. No podemos permitirnos el estar cansados. El peligro llama a la puerta. Los hombres de color no son pacifistas. No se aferran a una vida cuyo único valor es su larga duración. Tomarán la espada si nosotros la deponemos, Otrora temieron al blanco; ahora lo desprecian. En sus ojos está escrita la sentencia condenatoria cuando los hombres y las mujeres de la raza blanca se portan ante ellos como suelen hacerlo, ya sea en sus patrias o bien, incluso, en los países de color. Antes, nuestro poder les infundía espanto – el mismo que le infundieron a los germanos las primeras legiones romanas. Ahora que ya son un poder por sí mismos, su alma que jamás comprenderemos se alza y mira desde arriba a los blancos como a algo que pertenece al ayer.

Pero aun no hemos mencionado el mayor peligro de todos. ¿Qué sucederá si la lucha de clases y la de razas se alían un día para acabar con el mundo blanco? Ello está en la naturaleza de las cosas y ninguna de las dos revoluciones despreciará la ayuda de la otra sólo porque desprecie a sus portadores. El odio común extingue al desprecio mutuo. ¿Y qué pasará si a su cabeza se pone un aventurero blanco, de los que ya hemos conocido a algunos; un hombre cuya alma salvaje no consiguió respirar en el invernadero de la civilización y por ello intenta saciarse de peligros en empresas coloniales, entre piratas y legiones extranjeras, hasta tener de pronto un gran objetivo a la vista? Es con estas personalidades que la historia depara sus grandes sorpresas. La repugnancia que los hombres profundos y fuertes sienten por nuestras condiciones y el odio de los hombres hondamente decepcionados podría exacerbarse hasta producir un alzamiento destructivo. Tampoco esto faltó durante la época de César. De todos modos, si el proletariado blanco se desenfrena en los Estados Unidos, los negros entrarán en acción y detrás de ellos esperarán su hora los indios y los japoneses. En un caso así, la Francia negra no vacilaría tampoco en superar las escenas parisinas de 1792 y 1871. Y los dirigentes blancos de la lucha de clases, ¿acaso se sentirían incómodos si vieran abierto el camino por revueltas de color? Nunca fueron demasiado exigentes en la selección de sus medios. Nada cambiaría tampoco si Moscú callara y dejara de ejercer el mando. Ya ha hecho ya su obra y

ésta continúa por sí misma. Hemos librado a la vista de las gentes de color nuestras guerras y nuestras luchas de clases, y nos hemos rebajado y traicionado unos a otros; los hemos invitado a participar en ellas. ¿Sería acaso un milagro que, al final, ellos lo hicieran por propia iniciativa?

En este punto, la historia futura se alza muy por encima de las crisis económicas y de los ideales de política interna. Aquí son las potencias elementales de la vida misma las que entran en la lucha en la que se juega el todo por el todo. La forma previa al cesarismo se hará muy pronto más precisa, más consciente y evidente. Caerán por completo las máscaras de la era parlamentaria intermedia. Todas las tentativas de integrar en partidos políticos el contenido del futuro serán rápidamente olvidadas. Las estructuras fascistas de estas décadas se transformarán en formas nuevas, imprevisibles, y también desaparecerá el nacionalismo en su forma actual. Lo que quedará en todas partes y no sólo en Alemania será únicamente el espíritu «prusiano» como poder capaz de engendrar formas. El destino, anteriormente concentrado en formas de intenso significado y grandes tradiciones, hará historia en la figura de poderes individuales amorfos. Las legiones de César despiertan de nuevo.

En esto y quizás ya en el presente siglo, las decisiones finales esperan a su hombre. Ante ellas, los pequeños objetivos y conceptos de la política actual se hunden en la nada. Aquél cuya espada conquiste la victoria será el Señor del mundo. Allí están los dados del tremendo juego. ¿Quién se atreve a echarlos?

\* \* \* \* \*

## Notas

---

[1] )- Referencia a la conquista del poder por parte de Hitler que se produjo unos seis meses antes de que Spengler escribiese esta introducción. [N. del T.]

[2] )- Nunca hubo una Segunda Parte. (N. del T.)

[3] )- Fecha de la llegada al poder de Adolfo Hitler. (N. del T.)

[4] )- Spengler no se refiere aquí al relato de Kleist que lleva ese título sino a la “Historia de los Boxer” (*Boxergeschichte*) del mismo autor. (N. del E.)

[5] ) – Incluidos los carros de combate, utilizados tan sólo en la batalla y no para las marchas. Estos carros precedieron en un milenio a la aparición del caballo de silla; su empleo se inició en las mismas tierras y, dondequiera que surgieron, demostraron una enorme superioridad sobre la forma de combatir de hasta entonces. Su empleo data: en China, alrededor de 1500 AC.; en la India, de algo antes, y en el mundo helénico, de 1600 aproximadamente. No tardó en generalizarse su uso y desaparecieron cuando la caballería, aun cuando sólo como arma especial junto a la infantería, se convirtió en institución permanente.

[6] )- Debe tenerse en cuenta que Spengler escribió esto alrededor de 1933 y probablemente tenía en mente la más Rusia de Lenin que la de Stalin. Con todo, la URSS sólo pudo contener la invasión alemana de 1941 gracias a un muy sustancial apoyo económico de parte de los Aliados y en virtud, también, de otro factor que Spengler menciona más arriba: la enorme extensión de su territorio. “*La extensión es un poder, político y militar, jamás vencido aún.*” En cuanto a la incapacidad rusa de hacer una guerra externa, basta con pensar en la fracasada campaña soviética en Afganistán para ver que Spengler no estaba tan equivocado después de todo. La anexión de Europa Oriental luego de la Segunda Guerra Mundial no debe llamar a engaño. Esa conquista fue el resultado de un contragolpe, no de una ofensiva de conquista propia, planificada de antemano y ejecutada deliberadamente. (N. del E.)

[7] )- Es la misma raza a la que pertenecen el campesino y el burgués en Francia, y la mayoría de los españoles después que también allí el elemento nórdico se gastara en las guerras y en la emigración. Las tribus auténticamente celtas no inmigraron hasta mediados del primer milenio AC, procedentes del norte de la Europa central, y es muy dudoso que se diferenciaron de los germanos en algo más que en el idioma. En tiempos de César constituían la nobleza gala y británica que dominaba a una población sometida mucho más numerosa; al igual que después los francos, los sajones y los normandos.

[8] )- Sic. No es “Great Britain” (Gran Bretaña) sino “**Greater** Britain”: “Bretaña mayor” o bien “Bretaña más grande”. (N. del E.)

[9] )- El “*Stahlhof*” (o “Steelyard” en inglés; en ambos casos significando “patio de acero”) fue durante la Edad Media la principal base comercial de la Liga Hanseática en Londres. Se hallaba situado sobre la ribera norte del Támesis, en el lugar en que hoy se encuentra la estación de Cannon Street. Al igual que otras bases hanseáticas, constituyó un recinto amurallado separado del resto de la ciudad, con sus propios depósitos sobre el río, su propias instalaciones y viviendas. La reina Isabel, por presión de los comerciantes ingleses que debían competir con los hanseáticos, lo suprimió y rescindió sus privilegios en 1598. Jacobo I reabrió la base, pero nunca volvió a tener el peso de otrora. La mayoría de los edificios quedaron destruidos luego del Gran Incendio de Londres de 1666. (N. del E.)

[10] )- Polibio VI, 9

[11] )- Polibio VI, 57

[12] )- Personaje de la mitología griega, tenebroso y resentido, mencionado por Homero en la Ilíada . (N. del T.)

[13] )- Ocio con dignidad. La frase fue acuñada probablemente por Cicerón y el “*otium*” era entendido como la parte del día que uno dedicaba a un conjunto de actividades que permitían cultivar las aptitudes necesarias para una vida virtuosa. El resultado de cultivarse – de ese cultivar procede justamente la palabra “cultura” – era el “*vir bonus*” o “buen varón”, es decir: el ciudadano capacitado e involucrado en los asuntos públicos. (N. del T.)

[14] )- **Würze** en el original = el estado de la cerveza durante la elaboración, antes de agregarle el agua. Por extensión, algo a medio hacer o a medio camino. Equivaldría a la expresión “ni chica ni limonada” (N. del T.)

[15] )- Por supuesto que tampoco la sintió como una ventaja, algo que habrá que repetirse constantemente a algunos simplotes. La constante exaltación de la pobreza es tan sospechosa como el eterno denostar la riqueza: detrás de esa actitud se esconde el rencor y la propia incapacidad de terminar con ella.

[16] )- No sólo estos aventureros y literatos pequeñoburgueses, hijos del relojero Caron y del empleado Arouet usaron delante de sus apellidos y en forma ilícita la partícula «de» reservada a la nobleza. También «de» Robespierre lo hizo, incluso en el tiempo de la Asamblea Nacional. Todos querían pertenecer a la sociedad que destruían: un rasgo característico de todas las revoluciones de este género.

[17] )- Lo mismo sucedió luego con las obras y las novelas socialistas de los años de 1880 a 1890 y con las bolchevique posterior a 1918, que en las grandes ciudades de la Europa occidental compraban precisamente los que eran atacados por ellas.

[18] )- John Wilkes (1725/1797) periodista y político radical inglés. Introdujo en 1776 el primer proyecto para la reforma del Parlamento Británico. A medida en que fue envejeciendo, abandonó progresivamente sus posturas revolucionarias y se fue volviendo cada vez más conservador. A raíz de esta evolución, perdió su banca en 1790. A los 65 años terminó retirándose de la política y no participó en el crecimiento del radicalismo de la década de 1790 (N. del T.)

[19] )- Los norteamericanos que no tenían tendencias republicanas emigraron, más o menos voluntariamente, hacia el Canadá

[20] )- En Alemania no llegó a suceder así, porque faltó una verdadera capital con su cohorte de agitadores, libelistas y delincuentes profesionales. Los ideólogos estaban presentes. Basta recordar a Georg Forster y a otros, que primero en Maguncia y luego en París proclamaron su jacobinismo y murieron por él. En

1793, los clubes políticos según el modelo anglofrancés tuvieron que ser prohibidos por una ley imperial.

[21] )- «Sólo clama por la libertad de Prensa quien quiere abusar de ella» (Goethe).

[22] )- Los dirigentes conocidos pertenecen todos a la «burguesía». Owen, Fourier y Engels fueron «empresarios»; Marx y Lassalle, «académicos»; Danton y Robespierre fueron juristas, y Marat, médico. El resto son literatos y periodistas. Entre ellos no hay ni un solo obrero.

[23] )- Abandonado muy poco después, por cuanto no logró el efecto esperado. Realmente, en la Francia de Luis XVI, la situación del campesino era mejor que en cualquier otro lugar de Europa.

[24] )- El alzamiento estalló también en Lyon, Marsella, Toulouse, Creusot y Narbona, o sea, característicamente, en el Sur.

[25] )- «Dios ha querido servirse de mi como instrumento para castigar a Rusia», dijo Pugachev ante sus jueces.

[26] )- Los *Streltsi* constituyeron un cuerpo de elite militar ruso creado en 1550 durante el reinado de Iván IV "el Terrible". Se sublevaron rebelaron en dos ocasiones contra Pedro el Grande. La primera vez en 1682 y luego otra vez en 1696. El zar, que no se encontraba en Moscú, los castigó y hasta cortó personalmente la cabeza de algunos. (N. del T.)

[27] )- Lo mismo expresan en Francia, desde 1789, los términos de citoyen y bourgeois: la voluntad de la ciudad contra el campo.

[28] )- Recuérdese a Haeckel. La Historia romana de Mommsen es el libelo de un hombre del 48 contra «los hidalgos y los curas», con una exposición totalmente falsa de la evolución interna de Roma.

[29] )- Cuando Schopenhauer legó en su testamento una cantidad para los familiares de los soldados muertos en Berlín en 1848 – fuera de él nadie pensó en aquellas víctimas de la revolución – los literatos, dirigidos por Gutzkow prorrumpieron en un griterío contra tal afrenta. Del mismo espíritu proviene la compasión por el genocida bolchevique Trotski, cuando los gobiernos «burgueses» de Europa occidental le negaron protección oficial para que visitara un balneario.

[30] )- Friedrich Lenz (Staat und Marxismus [El Estado y el marxismo], 1921-1924), ha demostrado que sólo por estos motivos combatió Marx a los Estados de la Santa Alianza, antes de hacerse socialista en 1843, y que, para alcanzar con mayor seguridad su objetivo que era la destrucción del zarismo, aun mucho después todavía estaba dispuesto a abandonar su teoría comunista del

proletariado industrial y a sustituirla por otra, totalmente distinta, relacionada con el movimiento campesino.

[31] )- Tanto más es posible encontrar trabajadores que, gracias a su constancia y talento, han «ascendido» a empresarios. Bebel, con un odio rabioso, calificó esto de traición a la clase obrera. Según su opinión, el camino del trabajador «consciente de su objetivo» sólo va desde la secretaría del partido hasta el liderazgo de masas.

[32] )- Y a la inversa, todo movimiento revolucionario tiene la tendencia, totalmente involuntaria y con frecuencia ni siquiera advertida, a adoptar las formas del culto. El culto a la Razón durante la Revolución francesa es un conocido ejemplo. El mausoleo de Lenin es otro.

[33] )- Precisamente esta moda de los oradores y los escritores de hoy demuestra que se trata de una frase hecha, de un concepto vacío, y no de la expresión de una renovación religiosa y de una vivencia interior. Hay religiones profundas y convicciones religiosas de grandes hombres que son ateas, panteístas o politeístas, tanto en China, como en la India, en la antigüedad y hoy en Occidente. La antigua palabra germánica *god* era un sustantivo neutro plural, y lo fue hasta que la propaganda cristiana la convirtió en uno masculino singular. La manera en que se intenta descifrar el enigma impenetrable del entorno, y si se intenta o no descifrarlo, es algo que no tiene nada que ver con la jerarquía de la contemplación y la conducta religiosas. Pero aquí se confunde lo religioso con lo confesional y con la aceptación de doctrinas y preceptos determinados; y también se lo confunde con lo clerical, con la aceptación de las exigencias de la clerecía. En realidad, la profundidad de una religión depende de la personalidad de aquellos en los que vive. Sin la piedad de los laicos ni siquiera una religión netamente clerical es viable.

[34] )- La fórmula liberal *The greatest happiness of the greatest number* proviene de los materialistas ingleses del siglo XVIII entre quienes había teólogos creyentes como Paley y Butler. Ha evolucionado consecuentemente hasta la fórmula bolchevique de la soberanía de la masa proletaria. De las diferencias jerárquicas innatas entre los hombres ya no se habla. Todo se reduce a la cantidad – tanto de la felicidad como de los felices – y se ignoran las calidades.

[35] )- En 1847 expresó: «En términos generales, en la actualidad el sistema de aranceles aduaneros proteccionistas es conservador mientras que el sistema del librecambio actúa en forma destructora. Destruye las nacionalidades anteriores y agudiza la contradicción entre el proletariado y la burguesía. En una palabra, la libertad de comercio acelera la revolución social. Y sólo en este sentido revolucionario estoy de acuerdo con el librecambio» (Apéndice a *Miseria de la Filosofía*).

[36] )- En el prólogo a la segunda edición rusa del Manifiesto Comunista (1882) Marx y Engels establecen una teoría de la evolución que contradice

completamente la contenida en El Capital. Según la misma, de pronto el camino conducente al comunismo definitivo no debía ya avanzar a través del régimen burgués absoluto, sino a través de la supuesta propiedad común de los campesinos, es decir: a través del « Mir ». Y es que, como en Rusia no había burguesía ni proletariado en el sentido europeo occidental, los dos demagogos adaptaron sus «convicciones» a la masa que pretendían movilizar contra el Estado de Pedro el Grande. Pero luego, los «caudillos obreros» de Moscú, siguiendo la «verdad» occidental, emprendieron la lucha contra los campesinos a favor de una clase obrera apenas existente.

[37] )- Este trabajo intelectual no se puede limitar en absoluto a un número determinado de horas. Persigue y tiraniza a sus víctimas durante el descanso, mientras viajan y durante noches de insomnio; hace imposible una verdadera liberación de la reflexión, impide una distensión y gasta antes de tiempo precisamente a los ejemplares superiores. Ningún jornalero parece víctima del surmenage o de la locura. Entre los trabajadores intelectuales se dan innumerables casos. Sirva esto para echar luz sobre la versión demagógica del burgués comilón y haragán.

[38] )- Porque no estaban dispuestos a consentir que se les prohibiese aprovechar plenamente su capacidad de trabajo como podía hacerlo cualquier carpintero o sastre. Este sentimiento sano trasciende siempre a pesar de la agitación de todos los partidos obreros, manifestándose en el deseo de trabajar horas extraordinarias y de asumir trabajos complementarios.

[39] )- Actualmente la respuesta de las empresas es la automatización del proceso productivo que directamente prescinde del trabajador manual ejecutor de antaño (N. del T.)

[40] )- Con la cual, las pequeñas dificultades, bajo la forma de los «problemas» de la moda, de la cocina, los disgustos amorosos matrimoniales y extramatrimoniales y, sobre todo, del aburrimiento que conduce al cansancio de la vida, se exageran hasta que adquieren una importancia ridícula. Del vegetarianismo, el deporte y el gusto erótico se hace una «concepción del universo». Hay quienes se han suicidado por no haber logrado el vestido o el amante deseado, o por estar en desacuerdo con los suyos sobre el régimen alimenticio o el lugar de veraneo.

[41] ) Stalin decía que le bastaba el consenso del 10% de la población para gobernar tranquilo.

[42] )- Dejando de lado que en un país meridional, con un estilo de vida subtropical y una «raza» correspondiente, además con una industria débil y en consecuencia un proletariado poco desarrollado, no puede existir la oposición con la intensidad nórdica. En Inglaterra, por ejemplo, esta clase de fascismo no hubiera podido nacer ni afirmarse.

[43] )- La antigua palabra germánica *eigan* significa “dominio”; no tan sólo el «tener» algo, sino el disponer de él en forma irrestricta. – (Nota del Traductor: De allí proviene la palabra alemana actual *Eigentum* = propiedad.)

[44] )- Otto Gessler, dirigente del Partido Democrático Alemán – Deutsche Demokratische Partei (DDP) – fundado en 1919. (N. del T.)

[45] )- Desde la propiedad agraria heredada, el taller, la firma con su antiguo nombre hasta la monarquía hereditaria. La república es, desde 1789, nada más que una forma de oposición contra la idea de la herencia.

[46] )- Es sintomático el empleo constante del plural majestático por parte de los políticos actuales. Prácticamente ninguno de ellos se atreve ya a decir “Yo” y se escuda de modo sistemático en el “nosotros”, temiendo ser acusado de soberbio o ególatra.

[47] )- El juicio de Yugurta sobre Roma.

[48] )- Los libios y los «pueblos del mar», por los egipcios del Nuevo Imperio; los germanos, por Roma; los turcos, por los árabes; y los negros, por Francia.

[49] )- Denominación tradicional del campesino ruso (N. del T.)

[50] )- Cf. <http://www.tshaonline.org/handbook/online/articles/PP/ngp4.html> y también [http://www.vdare.com/Sailer/060129\\_sandiego.htm](http://www.vdare.com/Sailer/060129_sandiego.htm) (N. de la E.)

[51] )- Y de los árabes y judíos obligados a bautizarse, de los marranos a quienes se los reconoce por sus apellidos rigurosamente católicos como Santa Ana o Santa María.

[52] )- Por eso hay estirpes de oficiales, jueces y pastores. Éste es el fundamento de la nobleza, el patriciado y los gremios.

[53] )- Excepto en el Estado de los Habsburgos